



RETRATO HABLADO DEL VENEZOLANO

CATHERINE GARCÍA RODRÍGUEZ

RETRATO HABLADO DEL VENEZOLANO

"Retrato hablado del venezolano", es una invitación a los venezolanos a conocernos a nosotros mismos y a comprender cómo se fue gestando nuestra identidad al tiempo que se gestaba nuestra nación. Ese retrato nos mostrará, a partir de los relatos de algunos viajeros que pasaron por Venezuela en el siglo XIX, la imagen no sólo de aquel venezolano que ellos vieron, sino también de esa Venezuela que luchaba por nacer. Conocernos a nosotros mismos a través de este viaje en el tiempo implica a su vez conocer el entorno del cual emergimos y que en gran medida configuró nuestro carácter.

Imagen de portada: "Vendedor de gallinas caraqueño", Ferdinand Bellermann (1814-1889)

*A los venezolanos de todos los tiempos,
los que fueron, los que somos y los que serán;
dondequiera que estén.*

Índice

I.	El viaje real y simbólico.....	3
I.1	La naturaleza del relato de viaje.....	8
I.2	Crónicas de Indias.....	11
I.3	El Mundo Nuevo.....	13
II.	Las ideas y su tiempo	
II.1	La Venezuela en el siglo XIX.....	14
II.2	Sobre los viajeros en Venezuela.....	16
II.3	Junto a la brújula viaja el pensamiento.....	18
II.4	La Ilustración.....	20
III.	Viajeros en Venezuela	
III.1	Alejandro de Humboldt.....	25
III.1.1	Humboldt en Venezuela.....	27
III.1.2	Riquezas de los indios guaiqueríes	30
III.1.3	La Guaira es una rada.....	35
III.1.4	El camino hacia Caracas.....	37
III.1.5	Los caraqueños y la política.....	38
III.1.6	El conflicto entre los vientos.....	41
III.1.7	Los duraznos y las manzanas.....	42
III.1.8	La política y la educación.....	43
III.1.9	La Silla de Caracas.....	46
III.2	Francisco Depons	50
III.2.1	Una tierra de promisión.....	52
III.2.2	Los puertos.....	54
III.2.3	Pasaporte a las colonias.....	56
III.2.4	Sobre la educación.....	58
III.2.5	Hábitos y costumbres.....	60

V.2.6 Sobre la agricultura.....	62
III.2.7 La población.....	65
III.2.8 Las comunicaciones.....	69
III.3 Sir Robert Ker Porter.....	70
III.3.1 El Primrose saluda al puerto.....	72
III.3.2 Por el camino de La Venta.....	73
III.3.3 La ciudad.....	74
III.3.4 Los ingleses en Venezuela.....	78
III.3.5 Los agasajos.....	79
III.3.6 El cultivo de café, caña y tabaco.....	80
III.3.7 La gente.....	81
III.3.8 La cultura política.....	85
III.3.9 Bolívar en Caracas.....	87
III.3.10 El Libertador.....	90
III.3.11 Los retratos del Libertador	91
III.3.12 El escudo de armas.....	93
III.4 Ferdinand Bellermann.....	94
III.4.1 Llegada a La Guaira.....	98
III.4.2 Puerto Cabello.....	102
III.4.3 El camino hacia Caracas.....	105
III.4.4 Caracas.....	107
III.4.5 Cumaná.....	111
III.4.6 El Orinoco.....	114
III.4.7 La Colonia Tovar.....	115
III.4.8 Maracaibo.....	118
III.4.9 El camino de Los Andes.....	118
III.4.10 Mérida.....	122
III.4.11 Ascenso a la Sierra Nevada.....	124
III.4.12 El Sur de Mérida.....	126

III.4.13 Pintura etnográfica.....	129
III.4.14 Pionero del paisajismo venezolano..	130
III.5 Christian Anton Goering.....	130
III.5.1 Las costas orientales.....	132
III.5.2 Paso por el Zulia.....	134
III.5.3 Viaje por la selva.....	135
III.5.4 Ascenso a la cordillera.....	139
III.5.5 Mérida, la perla de la cordillera.....	142
III.5.6 Los amigos y ayudantes.....	144
III.5.7 Las bonitas y laboriosas merideñas.	145
III.5.8 Las excursiones.....	146
III.5.9 El regreso a Caracas.....	147
III.5.10 La Venezuela de Goering.....	149
III.6 Miguel María Lisboa.....	151
III.6.1 La Guaira.....	152
III.6.2 La ciudad de Caracas.....	154
III.6.3 Los ríos y quebradas.....	157
III.6.4 Los venezolanos.....	157
III.6.5 La cultura política.....	160
III.6.6 La educación.....	162
III.7 Karl Appun.....	163
III.7.1 La sociedad.....	164
III.7.2 La política.....	167
III.7.3 Puerto Cabello.....	169
III.7.4 Boca de Aroa.....	171
III.7.5 Naguanagua.....	172
III.7.6 Maracaibo.....	173
III.7.7 Ciudad Bolívar.....	174

III.8 Pal Rosti.....	176
III.8.1 Venezuela.....	177
III.8.2 La Guaira.....	178
III.8.3 El camino hacia Caracas.....	179
III.8.4 Caracas.....	180
III.8.5 Los venezolanos.....	184
III.8.6 La política.....	189
III.8.7 Los caminos y pueblos.....	191
IV. El cuaderno del viajero.....	194
IV.1 El itinerario.....	194
IV.2 El orden cronológico.....	196
IV.3 El orden espacial.....	199
IV.4 Las maravillas.....	201
IV.5 La forma de presentación del relato.....	202
V. Nosotros, los otros.....	205
V.1 Retrato de Venezuela.....	205
V.2 Retrato de los venezolanos.....	208
Epílogo.....	211

Prólogo

Desde que el botánico y naturalista sueco, Pehr Löfving, arribara a las costas venezolanas en 1754, para explorar nuestra flora y fauna; hasta que el antropólogo francés Clotaire Rapaille visitara el país en 1998, con la intención de identificar su código cultural; muchos extranjeros relataron desde múltiples miradas la realidad de estas tierras y su gente. Rapaille señala en su estudio que los venezolanos están obsesionados con la belleza y nos define como alegres, guapos, amigables, demagogos, populistas y corruptos. Coincide en cierto modo con quienes hace dos siglos ya definían a Venezuela como un país rico, con una naturaleza abundante en recursos, pero con una administración que impedía su florecimiento.

Fueron muchos los que elogiaron el carácter hospitalario y dadivoso del venezolano; su generosidad, que hizo de este país un refugio seguro para quienes, en todas las épocas, lo escogieron como destino de paso o permanencia. Venezuela fue el aliciente de muchos aventureros para emprender sus viajes, porque era ésta una región privilegiada, donde la naturaleza pródiga le garantizaba al ser humano todo lo que podía necesitar para su sustento.

Esos relatos configuran el primer retrato del venezolano que se dio a conocer al mundo. Es una invitación al venezolano a conocerse a sí mismo y comprender cómo se fue gestando nuestra identidad al tiempo que nacíamos al mundo como nación. Ese retrato nos mostrará entonces la imagen no sólo de aquel venezolano que vieron quienes dejaron testimonio de sus viajes por nuestro país, sino también de esa Venezuela que luchaba por nacer. Conocernos a nosotros mismos a través de este viaje en el tiempo implica a su vez conocer el entorno del cual emergimos y que en gran medida configuró nuestro carácter.

Los relatos de Alejandro de Humboldt; Francisco Depons; Robert Ker Porter; Ferdinand Bellermann; Anton Goering; Miguel Lisboa; Karl Appun y Pal Rosti; nos mostrarán cómo ellos experimentaron aquella Venezuela del siglo XIX, desde la mirada de un individuo ajeno al espacio observado. Y es que sólo desde la alteridad se puede percibir aquello que nos caracteriza; ese conjunto de rasgos distintivos

materiales y simbólicos, luminosos y oscuros, que son comunes en los habitantes de esta tierra.

Hay una sola primera impresión y lo que estos viajeros recogieron fue precisamente la primera impresión que tuvo el mundo acerca de Venezuela y de ese nuevo gentilicio llamado “venezolanos”.

Retrato hablado del venezolano

*...Pide que el camino sea largo
que sean muchas las mañanas de verano
en que llegues a puertos nunca antes vistos
no apresures nunca el viaje,
mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya
enriquecido de cuanto ganaste en el camino...*
Kavafis

I. El viaje real y simbólico

A lo largo de la historia, desde Odiseo a Francisco de Miranda, pasando por Marco Polo hasta Cristóbal Colón, nunca fue fácil emprender un viaje. Los motivos del viajero pueden ser muchos: conquista, exploración, aventura, ilustración, pero siempre implica valor, siempre conlleva dolor, siempre encierra riesgos. He ahí la osadía del viajero. No por casualidad los héroes siempre son viajeros. Todo héroe atraviesa un ciclo vital que lo arranca de la comodidad de lo doméstico, lo lleva a encontrar una misión lejos de su tierra y en el camino de su realización se convierte en guerrero, triunfa y retorna con un legado para sus compatriotas y para las futuras generaciones.

Y aunque no todo viajero sea un héroe, aquellos que dejan testimonio, crean un legado de enorme interés cultural e histórico. En cualquier caso, el viajero siempre es transformado por el viaje. Y cuando retorna a su tierra ya no es el mismo ni la ve con los mismos ojos.

Hacia el siglo V a. C., Heródoto de Halicarnaso (c 484 a. C. – c 426 a.C.), viajante e historiador, recorrió “el mundo conocido” para ver con sus propios ojos los lugares donde habían transcurrido las historias que quería narrar. Considerado el primer historiador, recorrió Siria, Palestina, Egipto, Cirene, Grecia, Epiro,

Macedonia, Tracia e Italia. Los viajes fueron para él fuente de conocimiento e información, lo que hace de su obra “Los nueve libros de la Historia” un compendio de relatos muy heterogéneos. Sobre ésta diría él mismo: “Mi deber es informar de todo lo que se dice, pero no estoy obligado a creerlo igualmente.” (Heródoto, 2014: 152).

Egeria, viajera y escritora hispanorromana, quien se desempeñaba como abadesa de un monasterio en la Gallaecia, inició cerca del año 381 un viaje a Tierra Santa que se extendió por tres años. Recorrió, entre otros lugares, la Galia Narbonensis, el Ródano, el Norte de Italia, el Mar Adriático, Constantinopla, Asia Menor, Palestina, Siria, Egipto y Mesopotamia. Su diario, conocido por el título de “Peregrinación a Tierra Santa”, describía los pormenores de ese recorrido. Es considerada la primera peregrina, pues el testimonio literario de su viaje es el más antiguo que existe realizado por una mujer (Cortés Arrese, 2008: 18). En esta tradición se inscriben los libros de Ricoldo de Montecroce o de Burchard de Monte Sión; y las relaciones de misioneros y embajadores como Giovanni da Pian del Carpine y Guillermo de Rubruk; en el siglo XIII. Pertenece al género de las relaciones de embajadores la célebre “Embajada a Tamorlán”, de Fray Alonso Páez de Santamaría, Gómez de Salazar y Ruy González de Clavijo. (Pérez Priego, 2002)

Pero es el mítico “Libro de las maravillas” del mercader y viajero Marco Polo (1254-1324), la obra modélica de los relatos de viajes y aventuras. Repertorio de curiosas descripciones de lugares y culturas desconocidas para el mundo occidental. Fue el texto que inspiró a multitud de viajeros, incluyendo al propio Colón, a dedicar gran parte de su vida a recorrer el mundo. Inspirados en el viaje de Marco Polo a los confines asiáticos, fueron muchos los aventureros que describieron la geografía, las costumbres, la vida cotidiana, los sistemas políticos, la economía y el modo de vida de infinidad de pueblos.

A partir del siglo XVIII surge el ideal del “viaje ilustrado”, el viaje con valor formativo. No en vano Jean-Jacques Rousseau afirmaba: “(...) se viaja para

instruirse en las relaciones del hombre con sus prójimos, ilustrarse sobre la vida del hombre, estudiar objetivamente los modelos de organización social y política de los países extranjeros para aprender a solucionar los problemas propios.” (Forneas, 2004: 222)

Para el siglo XVIII la expansión del colonialismo promueve los viajes a lo largo de todo el mundo; se emprenden investigaciones y expediciones científicas con el objetivo de inspeccionar las regiones menos conocidas. Las grandes potencias europeas impulsaron viajes de exploración de tierras y mares a lo largo del mundo entero. Es el tiempo de las grandes expediciones y los tratados de geografía que amplían las dimensiones del mundo conocido hasta ese entonces. Byron, Wallis, Carteret, Bougainville y Cook; inspiraron a Alejandro de Humboldt, siendo apenas un joven, a realizar viajes de exploración que lo llevaron desde Europa hasta Asia y América, vasto territorio que el barón muestra a los ojos deslumbrados del mundo occidental. Decía Bolívar que Humboldt era el “Descubridor científico de América” y que había hecho “...más bienes a la América que todos sus conquistadores juntos”. Fue un polímata, especializado en disciplinas tan diversas como la antropología, zoología, etnografía, ornitología, oceanografía, climatología o botánica.

Hasta ese momento, las crónicas eran relatos de carácter descriptivo e informativo, escritos principalmente por peregrinos, embajadores, militares, funcionarios o misioneros. Antes de Humboldt, la naturaleza de las tierras americanas había pasado desapercibida, pues desde la Conquista el interés europeo se centró en la sustracción de los grandes recursos minerales hallados en estas tierras. Humboldt realiza las primeras observaciones oceanográficas, climatéricas, astronómicas; durante su recorrido en barco. Recopiló además datos sobre el clima, los recursos naturales, la flora y la fauna de todos los territorios explorados; pero es a Venezuela a quien le dedica la mayor parte de su trabajo. En su prólogo a “Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente” Eduardo Rohl refiere:

A ningún país, visitado por él después, le consagra una descripción tan brillante de su naturaleza y escrita con tanto cariño, y con ese romántico y excepcional lenguaje (...) Los recuerdos imperecederos de este viaje, lo acompañarán venturosamente hasta sus últimos días y allá en las apartadas y solitarias regiones del Altai, recordará con añoranza el bello y sugestivo Lago de Valencia. De todos es conocido que, cuando Pablo de Rosti le mostró una vista fotográfica que le dedicara del célebre Samán de Güere, el anciano enternecido se echó a llorar y profundamente emocionado exclamó: "Ved lo que es de mí hoy, y él, ese honroso árbol. Está lo mismo que lo vi ahora sesenta años: ninguna de sus grandes ramas se ha doblado, está exactamente como lo contemplé con Bonpland, cuando jóvenes, fuertes y llenos de alegría, el primer impulso de nuestro entusiasmo juvenil embellecía nuestros estudios más serios. (De Humboldt, 1985: XXVI).

Según sus propias palabras, se había propuesto un doble fin en el viaje; deseaba que se conocieran los países que había visitado y además recoger datos que diesen luz sobre una ciencia que apenas comenzaba a bosquejarse, designada vagamente con los nombres de "Física del mundo", "Teoría de la Tierra" o "Geografía Física".

La obra de Humboldt marcó un precedente y tuvo una gran influencia en los viajes de investigación y exploración de las generaciones futuras. Fue maestro inspirador de pensadores, geógrafos, naturalistas, botánicos, zoólogos y expedicionarios que complementaron sus estudios iniciales atraídos por la naturaleza esplendorosa de este continente y particularmente de Venezuela. Entre estos pioneros se encuentran Moritz, Linden, Appun, Karsten, Sievers, Goering y Bellermand, a quien *Federico Guillermo IV pensionó para que estudiara los paisajes tropicales de Venezuela, siguiendo las huellas del sabio, y de cuyo genial pincel conservaba Humboldt en su biblioteca, un óleo de la ciudad de Caracas*. (Íbidem: XLIX)

A todos ellos debemos las primeras observaciones científicas sobre nuestra geografía, flora y fauna; también las primeras representaciones iconográficas de sus paisajes y costumbres.

Inspirado por la lectura de los viajes de Humboldt, Charles Darwin (1809-1882) se vio animado a aceptar la invitación que le hiciera llegar el capitán de la armada británica Robert Fitz Roy para embarcarse en el buque topográfico británico “H. M. S. Beagle”, con el objetivo de que recogiera especímenes de historia natural. Fitz Roy estaba muy interesado en la contribución de la navegación marítima al progreso de la ciencia británica y su misión en el Beagle era ampliar una investigación hidrográfica de las aguas sudamericanas. De este modo Darwin se dedicó a elaborar la sección de historia natural del diario de a bordo del Beagle. En 1838 esta contribución de Darwin fue publicada en el tercero de los cuatro tomos de la obra “Crónica de los viajes de inspección de los barcos de su majestad *Adventure* y *Beagle*”. El escrito, titulado “Diario y observaciones 1832-1835”, mejor conocido como “El viaje del Beagle”, incluía entre las fascinantes descripciones de sus viajes, innovadores cuestionamientos al pensamiento científico de la época, que venían a desafiar todo lo que hasta ese momento se conocía acerca de los seres vivos. Esto le dio una enorme popularidad a Darwin y despertó el interés del gran público hacia sus investigaciones. “El viaje del Beagle” fue el germen de su teoría de la evolución por selección natural, planteada posteriormente en su obra “Sobre el origen de las especies por medio de la selección natural, o la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la existencia” (1859), obra que fue traducida a decenas de lenguas y que revolucionó el mundo científico, filosófico, religioso y cultural de su tiempo; siendo considerado aún uno de los libros más importantes e influyentes que se haya escrito. (Browne, 2007)

I.1 La naturaleza del relato de viaje: Historia o ficción

Los relatos de viajeros fueron durante siglos el medio a través del cual los lectores podían evocar la aventura de viajar para conocer culturas y tierras distintas. Sin embargo, estas narraciones no han estado exentas de controversias, surgidas en torno a la veracidad de sus descripciones, debido a que no se pueden establecer con precisión los límites entre realidad y ficción cuando el viajero relata lo que ha visto o lo que ha vivido. La veracidad que se le da a un testimonio muchas veces depende de la credibilidad de quien lo relata.

Para el siglo XVIII era un lugar común referirse a los viajeros como farsantes o exageradores de oficio. Esto se puede evidenciar en la existencia de refranes como el que dice: “el que de lejanos lugares viene cuenta lo que quiere y cuesta menos creerlo que ir a verlo” (Percy G, Adams, citado por: Pimentel, 2003: 32).

En torno al debate entre la posibilidad de crear una representación fidedigna del mundo a través de la palabra o crear sucesos fabulados, es decir, entre ciencia y literatura, sostiene Juan Pimentel:

Del imperio de la objetividad queda segregado el universo de lo subjetivo. Pero todos esos binomios (...) son facultades humanas que también son artefactos históricos producidos por prácticas institucionales y sus formas de comunicación. Es decir, son las consecuencias y no las causas de haber dibujado durante más de dos siglos los reinos de la ciencia y la literatura en hemisferios opuestos de nuestro mapa del conocimiento humano (...) la propia literatura de viajes es un género mestizo, un híbrido en el que se citan de antiguo los dos actos que impulsan el conocimiento (...) entraña o comporta (...) un acto de representación y comunicación. En una palabra: porque leer el mundo no es otra cosa que escribirlo.” (2003: 17).

En las postrimerías del siglo XVIII los viajeros que consagraron su oficio al deseo de servir a la observación e investigación de la naturaleza, comenzaron a valerse de los progresos de la ciencia y armados de novedosos instrumentos de

precisión perfeccionaron sus técnicas de descripción. Esto de algún modo los despojó de aquella imagen de falseadores de oficio.

También hay quienes definen los relatos de viaje como un género híbrido entre el periodismo y la historia. De este modo, estas narraciones son vistas como “crónicas de corresponsal”, cuya principal característica es que ofrecen información de acontecimientos que suceden en lugares lejanos de los lectores a quienes se dirigen. El viajero entonces es un testigo que actúa como corresponsal y crea una visión única a partir de su propia experiencia y de su sistema de valores. Muchas de estas crónicas representan para los lectores contemporáneos no sólo el viaje a un lugar sino también un viaje en el tiempo, que adquiere sentido mientras recreamos la experiencia de observar junto con el narrador los sujetos, el entorno físico, las costumbres, el pensamiento; desde el mismo tiempo en que se vive.

Manuel Bernal (1997) afirma que, tanto en el pasado como en el presente, la crónica viajera es un género periodístico, condición que está determinada entre otras cosas por el valor informativo del relato y el tratamiento dado al contenido noticioso. Es decir, esa mirada periodística, la observación participante y el interés por todo cuanto sucede alrededor para registrarlo.

Por su parte María Virginia Bertetti (2010) nos dice:

Cuando la primicia no es lo que importa, sino el anacronismo de una anécdota o la historia de un paraje, es cuando el periodismo se acerca a la literatura, narrando los acontecimientos que componen la literatura de cada lugar.

Desde los viajes de Heródoto, primeras postales de viajes de antaño, hasta el actual “periodismo portátil” de Juan Pablo Meneses, el trabajo periodístico se vio plagado de este género rutero (...) El relato surge a partir de la investigación en el terreno mismo donde se desarrolla. La crónica, palabra derivada de la voz griega “crhonos” (tiempo), dibuja un momento exacto y un lugar bien definido, narrando en su camino historias puntuales, descripciones detalladas, paisajes, anécdotas, coyunturas políticas y sociales, contextos históricos. (Bertetti, 2010: 5).

Podríamos imaginar que el receptor de este tipo de relatos se limitaba a diplomáticos, geógrafos o misioneros que encomendaban a los viajeros o expedicionarios la elaboración de estos textos; sin embargo, Forneas sostiene que ya desde el siglo XVIII existía un público lector fascinado por este tipo de narraciones:

(...) hemos de destacar la configuración de un público lector de grandes proporciones, que demanda con avidez noticias y que será un voraz consumidor de relatos de viajes (...) La consolidación de un público lector extraordinariamente extenso, en toda Europa, es un hecho sin precedentes que se desarrolla paralelamente a la consolidación del periodismo y su estudio reviste especial interés para quienes se ocupan de la Sociología de la lectura. (Forneas, 2004: 227).

El interés del público por los relatos de viajes se mantuvo hasta el siglo XIX, y es comprensible en un tiempo en que la mayoría de las personas permanecía toda su vida en el lugar en que nacían. Viajar era una práctica limitada a una minoría muy selecta dentro de la sociedad. Adentrarse en estas narraciones era la posibilidad de conocer regiones desconocidas hasta ese momento, con su naturaleza, su gente y sus formas de vida.

I.2 Las Crónicas de Indias

La “Crónica de Indias” es un género que surge a partir de la llegada de los europeos a aquellas tierras que Colón denominó “Indias”, que serían repartidas entre España y Portugal por medio de la bula *Inter cetera* del Papa Alejandro VI (1493). Se trata de diversos escritos que pretendían dar a conocer al mundo europeo la realidad americana y los acontecimientos que surgieron de ese primer encuentro; llevando un orden cronológico.

Estos escritos testimoniales se manifestaron en una diversidad de textos entre los que se encontraban cartas, diarios y relaciones; que depende de la subjetividad de su autor, muestran una mirada muy distinta acerca de la experiencia de los primeros europeos en tierras americanas. A diferencia de los diarios, en los que el protagonista es el autor que narra los acontecimientos desde una perspectiva más personal, las crónicas no registran las emociones del narrador, sino las características del entorno y los acontecimientos.

El primero de estos relatos, considerado por algunos críticos literarios como el primer texto de la literatura hispanoamericana, es el “Diario de a bordo” del Almirante Cristóbal Colón. También de este primer momento destacan el “Mundus Novos” de Américo Vespucio; los relatos de Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Fernández de Oviedo y Fray Pedro de Aguado. Pero es la vastísima obra de Bartolomé de las Casas la que ocupa un lugar preponderante entre las historias sobre Las Indias, no sólo por su riqueza de temas y valor documental; sino porque muestra una comprensión única del mundo indígena.

La curiosidad por explorar y conocer culturas extrañas ya estaba presente desde la antigüedad. En principio, los exploradores europeos miraban sobre todo a Oriente; pero al entrar en contacto con la realidad americana surge desde la perspectiva occidental la necesidad de describir ese mundo nuevo y los “otros” que lo habitan.

En su “Ensayo sobre el origen de las lenguas” Rousseau afirmaba que había que despojarse de los prejuicios nacionales para aprender a conocer a los hombres

por sus semejanzas y por sus diferencias: "...para estudiar al hombre, es preciso dirigir la mirada a lo lejos; primero hay que observar las diferencias, para descubrir lo que nos es propio". (Rousseau citado por Todorov, 2003:31)

Cuando Colón abre las puertas a una realidad hasta ese momento desconocida para los europeos, surge la primera interpretación de ese mundo desde la mentalidad occidental. De allí que en las narraciones que emergen a partir de estas miradas, el autor busque siempre encajar en sus preconcepciones todo cuanto observa.

El europeo ve en los habitantes de este mundo, nuevo ante sus ojos, una extensión de la naturaleza misma, como tiempo después diría Aquiles Nazoa refiriéndose al valle de Caracas antes de la llegada de los españoles:

...(un) mundo virgen regido por el sol y las aguas, donde los seres humanos eran otra fuerza ciega de la tierra como las tempestades y como las fieras; donde la lengua que se hablaba se confundía con los ruidos de la naturaleza, y los hombres tenían los mismos nombres que las plantas, los ríos, los insectos y los pájaros (Nazoa, 2004: 12).

Sabemos que el Almirante Colón murió convencido de que había llegado a la costa oriental de Asia, el "Orbis Terrarum" del que hablara Marco Polo; pero pronto la verdad sería descubierta. El primero en alzar su voz fue el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería, quien en una carta fechada en octubre de 1493, dirigida al arzobispo de Braga, manifestó sus dudas con respecto a la tesis de *Las Indias*, debido a que por la magnitud de la esfera terrestre le parecía imposible que la costa española y la costa asiática estuvieran tan cerca. Luego, cuando Américo Vesputio realizaba su tercer viaje en 1501, en principio pensaba que aquella tierra era el litoral asiático; pero en sus intentos de bordearla por el sur, con la intención de saltar al océano Índico para dar la vuelta al globo, se dio cuenta de que tardaba mucho más de lo esperado y comprendió que lo que estaba ante sus ojos era un territorio inexplorado. Al culminar su viaje escribe varias cartas en las que afirma que debe llamársele a estas tierras "El Nuevo Mundo", pues quedaba demostrado que en el hemisferio sur había tierra y no sólo agua. (Zugasti, 2005: 9-10)

I.3 El Mundo Nuevo

En el año 1507, la Academia de Saint-Die (Lorena, Estrasburgo) publicó un folleto que llevaba el título de *Cosmographiae introductio*. Sus autores fueron un grupo de eruditos entre quienes se encontraban el geógrafo francés Vautrin Lud y su hermano Nicolás Lud; Mathias Ringmann, geógrafo y poeta, Martin Waldseemüller, dibujante y cartógrafo alemán dueño de una imprenta y Jean Basin (vicario y notario). Es en esta publicación donde se propuso por primera vez el nombre de “América” para llamar a las nuevas tierras descubiertas, en honor a Américo Vespucio.

El folleto resumía todo el conocimiento geográfico que se había recogido hasta ese momento y “las nuevas dimensiones del mundo”, dadas a conocer por Vespucio. Sus autores alegan que sería lícito llamarla “Amerigen” o “Tierra de Américo”, por su descubridor. Esta publicación contenía plegado en su interior un mapa, cuyo autor era el cartógrafo Martín Waldseemüller, en el que se incorporan las nuevas tierras descubiertas y se les asigna el nombre de América. En principio la denominación abarcaba únicamente la zona de las actuales Venezuela y Brasil; pero luego el mapamundi de Gerhard Mercator (1538) que sería dado a conocer ampliamente, asignó este nombre a todo el continente. (Zugasti, 2005:11)

II. Las ideas y su tiempo

II.1 Venezuela en el siglo XIX

Aquel territorio devastado y empobrecido por constantes guerras y epidemias, estaba además marcado por el imperio de una tradición que contrastaba con la mentalidad de los naturalistas y diplomáticos que lo visitaron. La mayoría de aquellos provenía de una Europa que se había levantado en contra de mil años de oscurantismo y había logrado, en cierto modo, transformar las caducas estructuras del Antiguo Régimen.

La permanencia de los viejos cánones era celosamente cuidada por la Iglesia; y los púlpitos eran el medio más eficaz para la divulgación del pensamiento ortodoxo que garantizaba la sumisión de los fieles. Refiere Pino (2007), el testimonio del militar francés Dauxion Lavaysse (1775-1829), que visitó Venezuela en las primeras décadas del siglo XIX. De su paso por Margarita, refiere el sermón de un cura que relataba ante sus fieles las penurias de las almas condenadas al purgatorio:

Allí se sienten a la vez los extremos del calor y el frío; es decir, que mientras uno tiene, por ejemplo, los pies y las manos heladas, las otras partes del cuerpo son presas de un fuego devorador. Horribles culebras se introducen en los intestinos y en las entrañas de éste; mientras su vecino está cubierto de horribles reptiles que le chupan la sangre, mientras que asquerosos sapos echan su baba y sus orines en la cara de aquél. ¡El hambre y la sed, el más cruel de los tormentos! (Pino Iturrieta, 2007: 25)

El temor desatado desde el púlpito, favorecía la venta de bulas. Quienes tenían los recursos para adquirirlas podían ser absueltos incluso de los crímenes más atroces. El testimonio de Dauxion Lavaysse refiere que las familias blancas que tuviesen entre sus hijos más de tres varones, eran consideradas deshonoradas si alguno de ellos no tomaba los hábitos.

La Iglesia, desde esos mismos púlpitos, atacaba las ideas revolucionarias llegadas desde Europa a través de muchos libros que fueron vetados en la

Universidad de Caracas. Autores como Montesquieu, Condillac, Voltaire y Rousseau fueron prohibidos, por considerarlos una influencia perniciosa, y en su lugar "...en la universidad predominaban los estudios del latín y la retórica, dispuestos para facilitar la lectura de la misa, junto con la enseñanza de la física de Aristóteles y la filosofía escolástica, que imperaban en esta escuela todavía en 1808". (Íbidem: 28)

Mariano Picón Salas, en su "Miranda", de (1966) cuenta cómo Santiago Hernández Milanés, obispo de la Diócesis de Mérida, quien gozaba de un gran prestigio entre los feligreses por sus dotes de buen orador; hizo pegar en las puertas de las iglesias en Coro, escritos que combatían la "Proclama de Miranda al Continente Colombiano" en 1806. Los escritos que acusaban a Miranda de "hereje"; "monstruo"; "insensato"; "irreligioso"; "ateísta"; "acompañado de una gavilla de banquerroteros botados y proscritos de todas las naciones"; fueron leídos en los púlpitos de las iglesias y pegados a las puertas de éstas; lo que desató el pánico en la población, que abandonó la ciudad despavorida. (Picón Salas, 1966: 139)

Pese al miedo infundado por la Iglesia, las ideas libertarias, inspiradas en la emancipación política estadounidense y en la Revolución Francesa, habían comenzado a propagarse por el continente a través de periódicos y libros que se conseguían a través del comercio clandestino. Por orden de los criollos, en 1811, la imprenta de J. Baillío, publica por primera vez en Venezuela los "Derechos del hombre y del ciudadano, con varias máximas republicanas; y un discurso preliminar dirigido a los americanos". A finales del siglo XVIII ya había circulado en el país, con fines propagandísticos, un texto que recogía la declaración, cuyo autor principal fue Juan Bautista Picornell. Pero es la publicación de 1811 la que se difunde con un propósito didáctico, para la instrucción de los venezolanos. (Pino Iturrieta, 2007: 139-141)

II.2 Sobre los viajeros en Venezuela

Es en estos albores de nuestro período republicano cuando viajeros extranjeros como Alejandro de Humboldt, Francisco Depons, Sir Robert Ker Porter, Ferdinand Bellermann, Anton Goering, Miguel Lisboa, Karl Appun y Pal Rosti, visitaron nuestro país. Estas crónicas, fuentes de primera mano, constituyen la primera construcción simbólica del venezolano, que fue difundida al mundo y en ellas se registran las primeras impresiones de la naciente república.

Los viajeros que en el siglo XIX llegaron particularmente a Venezuela, estaban alentados por un interés científico muy propio de la época. Sus relatos despertaron el interés de los círculos científicos europeos hacia nuestro país; principalmente por la riqueza de su naturaleza imponente, por su clima y la belleza de sus contrastantes paisajes.

La selección reúne los testimonios de ocho viajeros extranjeros que visitaron nuestro país durante el siglo XIX, y que de algún modo construyeron para el resto del mundo la primera imagen de Venezuela, un territorio que apenas se estaba conformando como nación. Partiendo de la descripción de estos relatos pretendemos determinar cómo es el venezolano que se evidencia en esas páginas y que fue dado a conocer al mundo.

En estos textos se articula una función poética, que se construye con abundantes recursos retóricos que buscan plasmar la belleza imponente de la naturaleza observada; junto a una función descriptiva, que registra elementos culturales vistos a la luz de quien observa desde una cultura diferente y elabora un inventario científico. Y por supuesto, los testimonios iconográficos incluidos constituyen los primeros registros gráficos del paisaje venezolano urbano y rural.

Hechos en forma de crónicas, diarios, relaciones, cartas, dibujos, acuarelas y fotografías; estos materiales cumplieron una función divulgativa en su época, ya que fueron realizados para dar a conocer esta nueva realidad americana que se abría ante los ojos europeos, ya no sólo desde la codicia del colonizador, sino desde los ojos maravillados de investigadores acuciosos y sensibles. De algún modo la

visión del país, de la gente, de la naturaleza y las costumbres que ellos difundieron, construyeron la primera imagen del país en el mundo. Debido a esto, a partir de la difusión de las experiencias descritas en las crónicas de Humboldt, llegaron a Venezuela diversos viajeros que se convirtieron en una suerte de corresponsales en lo que uno de ellos denominaría: “el más bello país del Trópico”.

En Venezuela, este tipo de fuentes despertó el interés sobre todo desde la investigación histórica. El trabajo titulado “Mirada geohistórica de Venezuela en la obra de Alejandro Von Humboldt”, de Claudio Alberto Briceño, plantea una visión de los relatos de Humboldt, a partir de su percepción del paisaje de Venezuela. Fuente esencial de esta indagación es “La mirada del otro” (1992), de Elías Pino Iturrieta y Pedro Calzadilla. Compilación de relatos de diversos naturalistas europeos, que recoge fragmentos de los testimonios de primera mano, de diversos viajeros que pasaron por Venezuela en el siglo XIX. Desde la perspectiva de género, es fundamental la obra titulada “Mirar tras la ventana”, de Inés Quintero, que refiere las costumbres, el ámbito social y las relaciones entre lo masculino y lo femenino durante el siglo XIX, a partir de los relatos de diversos viajeros extranjeros.

II.3 Junto a la brújula viaja el pensamiento

Aquel territorio convulsionado por los acontecimientos políticos y sociales que sucedieron a nuestra Independencia de la Corona española, fue visitado por distintos viajeros extranjeros que recorrieron su diversidad geográfica describiendo la naturaleza, las costumbres y tradiciones, las formas de vida y el carácter del venezolano de ese tiempo. En estos relatos se suman la descripción etnográfica que registra elementos culturales y rasgos de nuestra identidad; la crónica y las descripciones científicas de nuestra flora y fauna; además de registros iconográficos.

Esta indagación es un viaje a partir del testimonio de viajeros que llegaron a estas tierras con el deseo de servir a la investigación y conformar el gran corpus de la naturaleza, buscando extender los dominios del conocimiento científico. Y de otros que, cumpliendo funciones diplomáticas, dejaron valiosos testimonios acerca de la organización social, económica y política, de la Venezuela de aquel tiempo.

La selección de viajeros incluye a Alejandro de Humboldt, “descubridor científico de América”, como lo llamara Bolívar; a Francisco Depons, diplomático francés cuya obra da cuenta de la política, la economía, la agricultura, la educación y la sociedad venezolana de su tiempo; a Sir Robert Ker Porter, diplomático y viajero irlandés de talentos diversos, que llegó a conocer a personajes de la importancia de Bolívar y Páez; a Ferdinand Bellermann, pintor alemán que dejó una muestra iconográfica única de varias regiones del país; al naturalista, pintor y antropólogo alemán, Anton Goering, quien permaneció ocho años en Venezuela, recorriendo toda su geografía y vio en Venezuela al más bello país del Trópico; a Miguel María Lisboa, diplomático brasileño que vivió dos veces en Venezuela y dejó un valioso testimonio de nuestra sociedad y su organización política; y a Pal Rosti, naturalista que llegó a Caracas acompañado de un arreo de mulas, portando una cámara con la que pudo hacer las primeras fotografías paisajísticas de Venezuela.

Estos viajeros compartieron el gusto por la observación y la descripción, no sólo de la naturaleza, sino de la cultura y la gente. Debido a la importancia que a lo

largo de la historia se le ha concedido a la representación gráfica de la realidad -a partir de los instrumentos que cada época brinda- ellos complementaron sus trabajos con diversos materiales iconográficos, como mapas, cartas, planos dibujos, grabados o pinturas. Y es que los avances científicos dotaron a estos viajeros de instrumentos que lograron perfeccionar la forma como ellos recogían la experiencia sensible y la realidad cuantificable del entorno explorado. Fue así como cronómetros, barómetros, brújulas, péndulos, higrómetros, sextantes ampliaron el horizonte del conocimiento.

Pero aquellos hombres no traían consigo únicamente modernos instrumentos de medición; también venía con ellos un pensamiento, una forma de ver el mundo que fue el filtro a través del cual aquel venezolano del siglo XIX fue enunciado por primera vez. Pudiéramos decir entonces que aquellos viajeros en sus descripciones, evidencian primordialmente las ideas propias de su tiempo. En los albores del siglo XIX, aún el pensamiento de la Ilustración determinaba el debate científico, político y social; y los hombres que llegaron a nuestra naciente república, eran herederos de esta tradición.

II.4 La Ilustración

El pensamiento del siglo XVIII era la respuesta a mil años de oscurantismo, producto de un pacto entre el poder político y el poder religioso. El Iluminismo, enfrentó el atraso de la Edad Media, oponiéndose a los dogmas religiosos que pretendían explicar todas las cosas. En este pensamiento confluyeron diversas corrientes, que tenían como fin transformar las caducas estructuras del Antiguo Régimen, en el que la monarquía era la expresión de una estructura autoritaria y los derechos eran el privilegio de una clase. Sus fuentes de inspiración fueron la filosofía de Descartes, que proponía el escepticismo ante todas las verdades heredadas, para admitir sólo las verdades claras y evidentes; y la revolución científica de Newton, que proponía la aplicación de las leyes físicas al gobierno y a la sociedad.

A partir del Renacimiento se había venido construyendo un nuevo concepto de naturaleza y venía surgiendo un cambio en el método de conocimiento de ésta. Se cimientan nuevos fundamentos filosóficos en los grandes referentes del pensamiento del siglo XVII: Descartes, Spinoza y Leibniz; cuyo interés era principalmente la relación entre el mundo sensible y el mundo inteligible. Entonces la observación sensible se armoniza con la medición exacta y de ambas surge una nueva forma de teoría natural. (Cassirer, 1993: 59)

Keplero y Galileo eran los hitos del conocimiento científico natural. Keplero partía de la observación como método de conocimiento; mientras Galileo advertía que la contemplación directa de la naturaleza no era suficiente, por lo que era necesario llamar en su auxilio a otros medios de conocimiento. Según él, había que descomponer un hecho en sus elementos y volverlo a construir para comprenderlo. Estos dos científicos concibieron la idea de la ley natural, pero no mostraron su aplicación concreta, más que a fenómenos naturales aislados. Es Isaac Newton quien logra aplicar esa ley (que hasta ese momento regía sólo las partes) a la totalidad.

En el preludio del siglo XVIII, Gran Bretaña es el germen de una revolución científica inspirada en la “Filosofía Natural”, de Newton. El camino propuesto por este científico no es la deducción sino el análisis, al que considera el gran instrumento intelectual del conocimiento físico-matemático; aplicable a todo el pensamiento en general. Proponía la aplicación de leyes físicas muy sencillas al gobierno y a la sociedad. De este modo, Newton dota a la ciencia y a la filosofía de reglas firmes y duraderas (Íbidem: 61)

En 1660, en Inglaterra, se inaugura la Real Sociedad de Londres para el avance de la Ciencia Natural; cuyo lema era no admitir ningún concepto que no hubiera sido probado empíricamente, es decir, corroborado a través de un experimento. Este movimiento tiene gran repercusión en Francia y es acogido tanto por la *Académie des Sciences*, como por la burguesía francesa. Es desde este país desde donde se extiende en toda su amplitud, trascendiendo de los círculos académicos a todos los ámbitos de la sociedad.

En Francia, la Ilustración se inscribe en el entorno de la burguesía. El pensamiento ilustrado se difundió a través de sociedades secretas, como la masónica; sociedades científicas y de pensamiento; academias; salones; bibliotecas; museos; cafés; además de la prensa y los libros.

A partir del siglo XVIII se establece una alianza entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu. En la obra de Georges-Louis Leclerc Buffon “Épocas de la naturaleza” (1749-1788), se desarrolla por primera vez una historia física del mundo. Presentada en 36 volúmenes, esta obra se aparta de toda clase de dogmas religiosos, para fundamentar el conocimiento teórico de la naturaleza en hechos observables y principios universales. De este modo Buffon despoja el estudio de la Historia Natural de su lastre teológico y sienta las bases que luego permitirán a Darwin desarrollar su Teoría de la Evolución de las Especies.

El siglo XVIII había asumido como misión expandir el conocimiento sobre todos los seres y saberes derivados; por lo que entre 1751 y 1765 se publica en Francia la primera enciclopedia, llamada *Encyclopédie Raisonnée des Sciences et*

des Arts; luego completada por el *Dictionnaire philosophique*, de Voltaire (1764). En esta enciclopedia se pretendía recoger todo el conocimiento de la humanidad hasta ese momento. La intención era educar a la sociedad, porque un pueblo culto podía pensar por sí mismo y alejarse de la ignorancia que había propiciado su sometimiento. Los líderes del enciclopedismo fueron Montesquieu, Rousseau y Voltaire, quienes tuvieron una enorme influencia en la élite intelectual francesa.

En el plano político se consideraba que todo gobierno debía procurar el bien común de sus ciudadanos, pues para los ilustrados la política era el arte de hacer felices a los pueblos. Con Rousseau se asume la bondad natural del hombre, quien es esencialmente bueno, pero la civilización lo corrompe. Él puede comprender todo a través de la razón, puede decidir cómo gobernarse y transformar el mundo. Esto deviene en un optimismo que considera a la historia como evolución progresiva de la sociedad y en una utopía política que inspira en el imaginario de estos intelectuales, formas de gobierno fundamentadas en una justicia garantizada por la separación de poderes, enarbolada por Montesquieu.

Inspirado en estos ideales, surge el despotismo ilustrado, una forma de gobierno llevada a la práctica por algunos monarcas que, en sus países, contribuyeron al desarrollo de la ciencia, la educación y la cultura, apadrinando a científicos, investigadores y artistas. Entre estos monarcas estaban Catalina II de Rusia; Jorge II de Austria y Carlos III de España. Los monarcas ilustrados simpatizaban con las ideas de la Ilustración, principalmente en el ámbito administrativo, científico y económico. La frase “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”, atribuida a Federico II de Prusia, define esta forma de gobierno de finales del siglo XVIII.

En el ámbito social, la confianza en el poder de la razón impulsó la divulgación del saber. La lógica y la inteligencia, en conjunción con la difusión de los nuevos conocimientos y la libertad de pensamiento, eran la única forma de luchar contra el poder absolutista y sus formas de control favorecidas por la ignorancia del pueblo. Sólo podían mejorarse las condiciones de vida de los

individuos si el conocimiento estaba al alcance de todos, ya que los hombres eran iguales entre sí. Ilustrar a la sociedad era el camino para mejorar todos los aspectos de la vida humana. La tradición, el pasado y las instituciones de poder son sometidas a la crítica.

El Iluminismo enfrentó la superstición y superchería propias de la doctrina religiosa de la Edad Media. Ahora todo giraba en torno al ser humano, por lo que la fe se traslada de Dios al hombre. Se promueve la tolerancia religiosa y surgen sociedades de masones y agnósticos, que rompen la imagen medieval del mundo.

Rousseau planteó la búsqueda de la comprensión de la naturaleza humana. Propuso que el abandono de la naturaleza para vivir en sociedad condujo al hombre a la perversión, por lo que debíamos volver a la naturaleza, que también se encuentra en cada uno de nosotros, ya que allí se origina todo lo genuino y verdadero. Al afirmar que el hombre nace bueno y sólo la sociedad lo corrompe, exalta la infancia y le otorga a esta etapa de la vida humana, un valor que nunca antes tuvo. Educando al ciudadano desde niño, se puede conservar su bondad natural al llegar a la adultez.

El mundo debía explicarse a la luz de la razón, de modo que las ciencias se apoyan en métodos más empíricos y experimentales. Se enfatiza en la importancia que tienen la experiencia y la percepción sensorial en las formas de conocimiento. Ahora se parte del mundo sensible para hacer teoría y sólo lo que puede ser comprobado debía ser creído. Se rompe con la vieja creencia que alegaba que las ideas nos eran dadas con anterioridad a toda experiencia o que la verdad era algo “revelado” de origen divino. Se establece un vínculo entre el empirismo y racionalismo, por lo que, aunque todo conocimiento partía de la experiencia, la razón también jugaba un papel muy importante, ya que sólo ésta conducía al descubrimiento de la verdad.

De este modo se inaugura el triunfo del saber humano: “El siglo XVIII está imbuido de esta convicción, de la creencia de que ha llegado por fin en la historia de la humanidad el momento en que se podrá arrebatarse a la naturaleza su secreto,

tan cuidadosamente guardado, el momento en que ya no quedará en la oscuridad de siempre, en su calidad de misterio incomprensible, sino que será sacado a la luz potente del entendimiento.” (Cassirer, 1993: 64)

III. Viajeros en Venezuela

III.1 Alejandro de Humboldt (1769-1859)

Alejandro de Humboldt, fue un geógrafo, botánico, astrónomo, minerólogo, naturalista y explorador, considerado “padre de la geografía moderna universal”.

Nacido el 14 de septiembre de 1769 en Berlín, recibió el nombre de Friedrich Wilhelm Heinrich Alexander Freiherr von Humboldt. Hijo de Alexander Georg von Humboldt, oficial del ejército de Federico II y la rica heredera Marie Elizabeth von Hollwege. Recibió su formación intelectual en Berlín, Frankfurt del Older y en la Universidad de Gotinga. Hizo su primer viaje formativo a los veintiún años, en el que recorrió Holanda e Inglaterra. En estos años de juventud las ideas de la Revolución Francesa cimentaron sus ideales.

Después de trabajar en el departamento minero del gobierno prusiano y con la fortuna heredada tras la muerte de su madre en 1796, da inicio a sus viajes de exploración científica. Llegó a entablar amistad con personajes como Goethe, Friedrich Schiller, Bolívar, Chateaubriand, Wellington o Walter Scott.

En 1799 recibió permiso para embarcarse a los territorios españoles de América. Acompañado del botánico francés Aimé Bonpland recorrió el continente en tres viajes. En el primero recorrió Cumaná, Caracas y el Alto Orinoco; en el segundo Bogotá, Quito y Los Andes y en el tercero el virreinato de Nueva España (colonias mexicanas de España). Cuando recorrió los Estados Unidos se hizo amigo del presidente Thomas Jefferson, quien también era aficionado a la Geografía. Humboldt le hizo saber a Jefferson información acerca de las riquezas halladas en el territorio de la Nueva España, lo que despertó interés estadounidense hacia esta región, llamada por Humboldt “el cuerno de la abundancia”.

Entre 1804 y 1827, mientras estuvo residenciado en París, se dedicó a la ordenación y publicación de los materiales recopilados durante su expedición, con

lo que conformó treinta volúmenes titulados *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Sobre esta expedición él refiere: “Un doble fin me había propuesto en el viaje cuya relación publico ahora. Deseaba que se conociesen los países que he visitado, y recoger hechos que diesen luz sobre una ciencia apenas bosquejada y asaz vagamente designada con los nombres de *Física del mundo*, de *Teoría de la Tierra* o de *Geografía Física*.” (Humboldt, 1985: 4)

En Humboldt hallamos las primeras observaciones oceanográficas, botánicas, minerológicas y climatéricas del continente americano; las cuales fueron hechas con absoluto rigor científico desde que inició su recorrido. Pero es a Venezuela a la que le dedica la mayor parte de su trabajo, pues fue el lugar donde inicia su exploración y donde permaneció más tiempo. Al respecto dice Eduardo Rohlf en su prólogo a la obra del científico alemán:

La obra de Humboldt fue de decisiva influencia para nuevos viajes de investigación y estudio de estas regiones. Una falange de célebres alemanes pensadores e ilustrados contribuyeron con notables estudios derivados de sus exploraciones en Venezuela, a complementar los clásicos trabajos del sabio, a quien debemos la prioridad de los análisis científicos del suelo de la Patria. Ahí están las contribuciones de Moritz, los trabajos botánicos y zoológicos de los Schomburgk, los estudios y exploraciones de Otto, Linden, de Schlim y Funck, Wagener, Engel, Goebel y Appun, botánicos y zoólogos. Los también importantes trabajos geológicos y botánicos de Karsten y Sievers y las observaciones de Fendler, de Carl Sachs, Miembro del Instituto de Fisiología de la Universidad de Berlín enviado a instancias del célebre fisiólogo alemán du Bois-Reymond y patrocinado por la “Institución Humboldt para investigaciones y viajes”, para estudiar detenidamente el “Gymnotus” de nuestros Llanos. Atraídos por la magnificencia de la naturaleza del país, que tan elocuentemente describió Humboldt, nos visitaron también el ornitólogo y artista Goering y el célebre pintor Bellerman, que Federico Guillermo IV pensionó para que estudiara los paisajes tropicales de Venezuela, siguiendo las huellas del sabio, y de cuyo pincel conservaba Humboldt en su biblioteca, un óleo de la ciudad de Caracas. (...) A las indicaciones de Humboldt debemos la incorporación de los naturalistas Rivero y Boussingault a la comisión que, por órdenes de Bolívar, debía fundar en Colombia el estudio de las ciencias naturales. (Ibidem: XLIX)

Durante los últimos veinticinco años de su vida Humboldt se dedicó a la redacción de un Cosmos que recogía una monumental visión de la estructura del universo. Él está considerado uno de los últimos grandes ilustrados y su obra abarca una variedad de temas tan amplios que son del interés de científicos de diversas áreas, incluyendo las ciencias sociales. Empleó su fortuna en financiar viajes de exploración científica y en preparar a las nuevas generaciones de exploradores: lo que hizo que muchos de sus discípulos siguieran sus pasos, recorriendo el mismo continente y especialmente Venezuela, inspirados en los relatos del maestro.

III.1.1 Humboldt en Venezuela

...nada nueve tanto la curiosidad de un naturalista
como la relación de las maravillas de un país
al que se está a punto de llegar...

Los primeros alemanes que llegaron a establecerse en el territorio que luego sería Venezuela, fueron los Welser, a quienes el rey de España les había otorgado en 1528 la administración y explotación de la provincia de Venezuela; experiencia que devino en fracaso debido a que fueron atrapados por la codicia. Pero a pesar de este infeliz antecedente, como afirma José Ángel Rodríguez (2001): Entre los visitantes que pasaron por Venezuela durante el siglo XIX, fueron los alemanes los más acuciosos de su geografía física y humana.

También en la Legión Británica que se unió a nuestras luchas independentistas por encargo del propio Libertador, llegaron a Venezuela entre 1818 y 1819 acompañando a los soldados ingleses, un gran contingente de voluntarios provenientes de Hamburgo. Sobre esta legión profundizaremos más adelante.

El alemán Friedrich Gerstäcker, quien visitó Venezuela en 1868, manifiesta en su obra “Nuevos viajes a través de Estados Unidos, México, Ecuador, las Indias Occidentales y Venezuela” (1901) su asombro por encontrar en Caracas tantos alemanes. Halló en nuestro país una sociedad dedicada a todas las ramas del comercio. También le llamó particularmente la atención que tantos alemanes se casaran con las criollas, es decir, damas nacidas en el país de padres y madres españoles; a lo que añade: “...Es verdad que no he encontrado en ningún país tantos muchachos bonitos como en Venezuela (...) En el mundo hispano (...) el elemento alemán se mantiene y en muchos casos hasta se impone.” (Gerstäcker citado por Pino Iturrieta y Calzadilla, 1992: 188)

Hacia 1843, llega al país la colonia de alemanes proveniente de Endingen, para establecerse en las tierras donadas por Manuel Felipe Tovar; y para el siglo XX llegó al país otro grupo de alemanes a radicarse en Turén, estado Portuguesa. Ambas colonias se dedicaron a actividades agrícolas fundamentalmente. (Krispin, 2013).

Del siglo XIX hay que tocar el tema de los viajeros. No en balde Arístides Rojas ha calificado esta centuria como la de la emancipación del espíritu. Y es que el siglo XIX desarrolló lo que había comenzado un siglo anterior con la Revolución Industrial. Las comunicaciones mejoraron, se comenzó a viajar y el espíritu de curiosear el planeta creció como nunca antes. Los viajeros del siglo XVIII eran más bien escasos. En el siglo XIX se multiplicaron. De los viajeros alemanes a Venezuela durante el siglo XIX merece la pena destacar a los pintores Anton Goering y Ferdinand Bellermann, el zoólogo y dibujante Karl Appun... (Krispin, sf)

Pero sin duda es Alejandro de Humboldt el alemán que más dejaría la huella de su paso por nuestro territorio y quien influenciaría a toda una generación de exploradores, inspirados en el conocimiento de la naturaleza, a recorrer nuestra geografía.

En junio de 1799 Humboldt y Bonpland emprenden su viaje desde el puerto de La Coruña a bordo de la corbeta *Pizarro*. Recorren las Islas Canarias para luego seguir su rumbo con intención de llegar a La Habana y México, pero debido a una epidemia de fiebre tifoidea que se había propagado a bordo del barco, decidieron desembarcar en Cumaná.

Humboldt da cuenta de su genuino interés por investigar la naturaleza de estas tierras, hasta ese momento desconocidas para los naturalistas, y del deslumbramiento que experimenta en el contacto con nuestra geografía. El cambio de ruta derivado de aquella terrible enfermedad que modificó el itinerario original de su expedición, lo hizo a llegar a regiones que no se había planteado explorar, cuyas bellezas hicieron que permaneciera en tierra firme mucho más tiempo del previsto inicialmente:

Hice el propósito de no visitar a Nueva España sino después de haber efectuado alguna permanencia en las costas de Venezuela y Paria, de las que había examinado el infortunado Lofling un muy pequeño número de productos. Ardíamos de ver en su tierra natal las hermosas plantas que los Sres. Bose y Bredemeyer habían recogido durante su viaje a tierra firme (...) Hubiéramos dado pena desembarcar en Cumaná o en La Guaira sin penetrar en el interior de un país tan poco visitado por los naturalistas. La resolución que tomamos la noche del 14 al 15 de julio influyó felizmente en la dirección de nuestros viajes. En lugar de unas semanas permanecemos un año entero en Tierra Firme. Sin la enfermedad que reinaba a bordo del “Pizarro”, nunca habríamos penetrado en el Orinoco y el Casiquiare. (Humboldt, 1985: 266-267)

III.1.2 Riquezas de los indios guaiqueríes

Humboldt exploró la costa de Paria y las islas de Margarita, Coche y Cubagua; detallando la naturaleza y sus habitantes. Describe a los guaiqueríes como una tribu de indios “civilizados”, que, según su apreciación, después de los caribes, es la raza humana más hermosa de Tierra Firme.

Diéronnos cocos tiernos y algunos pescados del género Chaetodon (Bandoleros), cuyos colores no nos cansábamos de admirar. ¡Que riquezas contenían a nuestra vista las piraguas de aquellos pobres indios! Enormes hojas de Vijáo (Heliconia Bihai) envolvían los racimos de bananos. La coraza escamosa de un Cachicamo, el fruto de la Crescentia Cujete que servía de copa a los naturales, que son los productos más comunes en los gabinetes de Europa, tenían para nosotros un particular encanto, porque nos recordaban a lo vivo que, llegados a la zona tórrida, habíamos alcanzado el fin hacia el cual tendían hacía largo tiempo nuestros deseos. (Ibídem: 272-273)

Los guaiqueríes lo recibieron con hospitalidad, los guiaron a través de su recorrido por las costas y le mostraron sus productos. Uno de éstos, que le sirvió de piloto costanero, compartió en esta permanencia sus conocimientos, los cuales fueron bastante valorados por Humboldt, quien se complacía de haberse topado con este nativo cuya sabiduría resultó muy útil para el objeto de sus investigaciones. Según Biermann y Schwarz (1999) numerosos ayudantes indígenas le prestaron servicios a Humboldt en oficios como porteadores, conductores de animales, remeros, guías de montaña e intérpretes, durante su expedición a América Latina. Sobre su ayudante guaiquerí señaló: “Me place consignar en este itinerario el nombre de Carlos del Pino, que por espacio de dieciséis meses nos siguió en nuestro recorrido a lo largo de las costas y por el interior de las tierras” (Humboldt, 1985: 215).

En julio de 1799 fondearon en el puerto de la ciudad de Cumaná, capital de la Nueva Andalucía, que estaba siendo reconstruida debido al estado en que había quedado luego del terremoto que la aquejara dieciocho meses atrás (14 de diciembre de 1797), del que quedaban aún muchos vestigios.

A su llegada fueron conducidos a casa del gobernador de la provincia, Don Vicente Emparan, para presentarle los pasaportes. Éste los recibió con la “franqueza y noble sencillez” que en todo caso caracterizan a los vascos, les mostró algodones teñidos con plantas indígenas y hermosos muebles hechos con maderas del país. Humboldt estaba consciente de que a pesar de tener permiso de la Corte y recomendaciones de un ministro muy poderoso, no debía exponerse a inconvenientes con los gobernantes en las colonias, para poder garantizar su permanencia. Con Emparan tuvo una gran empatía, debido al interés de este último por la física, lo que le abrió las puertas y le procuró una acogida favorable en estas tierras.

Sobre el recibimiento que le dieron, señala Humboldt que tal es la hospitalidad en las colonias españolas, que un europeo recién llegado, sin recomendación y sin recursos pecuniarios, podría estar casi seguro de hallar socorro si desembarca en un puerto cualquiera por motivo de enfermedad.

Es notable el vínculo que tienen los catalanes, los gallegos y los vizcaínos con este territorio americano, donde ejercen una marcada influencia en las costumbres, la industria y el comercio colonial. El habitante más pobre de cualquier parte de España puede llegar a estas tierras y será recibido en la casa de cualquier pulpero catalán o gallego.

He visto los casos más conmovedores de estas atenciones prestadas a desconocidos durante años enteros y siempre sin quejarse de ello. Se ha dicho que la hospitalidad era fácil de ejercer en un clima feliz, donde es abundante la alimentación, donde los vegetales indígenas suministran remedios saludables, y donde el enfermo, acostado en su hamaca, encuentra en un cobertizo el abrigo que ha menester. (Ibídem: 382)

Entre pasajes impregnados de poesía y pormenores científicos, mientras observa la imponente naturaleza que se abre ante su acuciosa mirada de naturalista; Humboldt describe el puerto de Mochima, el Campanario; remontándose fácilmente a los tiempos en que el mar separaba la cortina de montañas de la costa rocosa de Araya y Manicuares. Atribuye el origen del Golfo de Cariaco a una

irrupción pelágica en remotos tiempos, cuando las aguas cubrían todo el terreno que por la orilla meridional atraviesa el río Manzanares.

El castillo de San Antonio, en el cual se enarbola el pabellón castellano los días de fiesta, no se eleva más de treinta toesas sobre el nivel de las aguas en el Golfo de Cariaco. Colocado sobre una colina desnuda y calcárea, domina la ciudad y se exhibe de un modo muy pintoresco a las naves que entran en el puerto, destacándose a las claras sobre la cortina sombría de las montañas que hasta la región de las nubes llevan sus cumbres, cuyo matiz vaporoso y azulado se hermana con el azul del cielo. (Ibídem: 386)



Vista de Cumaná, Bellermann

Describe la ciudad de Cumaná, situada al pie de una colina sin verdor, dominada por un castillo, sin campanario, sin cúpula, y circundada del lado del mar por llanuras de aspecto triste, con una población conformada por europeos, mestizos e indígenas de coloración cobriza. Y en lontananza, una vasta y sombría cortina de montañas a la que llama “Altos Alpes calcáreos de la Nueva Andalucía”.

Estima la población para el momento de su estadía entre 18 y 19 mil habitantes. Sobre sus mujeres refiere que son “sumamente fecundas”, sobre todo

entre los indígenas, aunque la mortalidad en niños pequeños es alta, debido al extremo abandono en que viven y “a la mala costumbre que tienen de alimentarse con frutas verdes e indigestas”.

Acerca de las viviendas en la ciudad de Cumaná detalla: “Alquilamos una casa espaciosa cuya orientación era favorable para las observaciones astronómicas. Gozábase en ella de un fresco agradable cuando soplabla la brisa; estaban desprovistas de vidrios las ventanas, y aun de esos cuadros de papel que las más de las veces reemplazan los vidrios en Cumaná”. (Ibídem: 381)

Humboldt era un hombre de avanzada para su tiempo, con una sensibilidad social poco común en los de su procedencia. Un testimonio de esto lo podemos encontrar cuando relata un lamentable espectáculo que pudo avistar desde su casa en Cumaná:

Una parte de la Plaza Mayor estaba rodeada de arquerías sobre las cuales se prolonga una de estas largas galerías de madera que son frecuentes en todos los países cálidos. Esta disposición servía para la venta de negros traídos de las costas de África. De todos los gobiernos europeos, Dinamarca ha sido la primera, y por largo tiempo la única, que ha abolido la trata (...) Los esclavos ofrecidos a la venta eran jóvenes de quince a veinte años. Todas las mañanas se les distribuía aceite de coco para que se frotasen el cuerpo y diesen a su piel un negro lustroso. A cada momento se presentaban compradores que, por el estado de la dentadura, juzgaban la edad y la salud de los esclavos, abriéndoles la boca con fuerza, como se hace en los mercados con los caballos. Es doloroso pensar que hoy mismo existen en Las Antillas colonos europeos que marcan sus esclavos con un hierro enrojecido, para reconocerlos cuando se fugan. Así tratan a los que ahorran a los demás el trabajo de sembrar, labrar y cosechar para vivir. (Ibídem: 424)

Aunque le causó mucha impresión este denigrante suceso, afirma que se alegra de permanecer en una nación y en un continente donde ese espectáculo es rarísimo y donde el número de esclavos es poco considerable. El comercio de esclavos era para 1800 casi nulo en las mismas costas en las que para el siglo XVI se practicaba de manera habitual.

Humboldt aprovechó su estadía en esta región para examinar y hacer exploraciones geodésicas en las Salinas de Araya. Hizo un trabajo sin precedentes en esta área, para el que contó con la ayuda de muchos pobladores, a quienes describe como gente amable “con esa franca hospitalidad que en este país se encuentra entre hombres de todas las castas” (Ibídem: 443) Fue tanta la diversidad de flora y fauna que vieron, que permanecieron en este territorio durante dos meses, realizando excursiones en zonas del interior de la costa, cuyo recorrido era realmente tortuoso. Recopilaron plantas, animales, rocas; y piezas de todo tipo, para su posterior estudio y clasificación.

En el plano simbólico Humboldt hace una profunda reflexión finalizando el relato sobre su experiencia en el oriente del país:

Dando más extensión a las ideas, recordando a todos los pueblos que ellos son parte de una misma familia, el cristianismo debilitó el sentimiento nacional, y esparció en ambos mundos las vetustas tradiciones del Oriente y otras que le son propias. Naciones que difieren en origen e idiomas recibieron por él comunes recuerdos; y el establecimiento de las misiones, después de haber echado las bases de la civilización en una gran parte del nuevo continente, dio a las ideas cosmogónicas y religiosas una preeminencia señalada sobre los recuerdos puramente nacionales (...) Las colonias de la América están casi todas fundadas en comarcas donde las generaciones extinguidas han apenas dejado algún vestigio de su existencia. (Ibídem, 458)

Antes de embarcarse hacia La Guaira, Humboldt recorrió los montes de la “Nueva Andalucía”, el valle de Cumanacoa, la cima del Cocollar, las Misiones de los chaimas, el convento de Caripe, la Cueva del Guácharo, la Selva de Santa María, la Misión de Catuaro y el Puerto de Cariaco; estudiando sus recursos naturales (flora, fauna, minerales, geografía, suelos), además de las descripciones de las formas de vida y costumbres de sus habitantes. Cuando se embarca hacia La Guaira un zambo estaba incluido entre sus acompañantes “...su presencia en el entorno de Humboldt está documentada en el casi naufragio en el Orinoco del 6 de abril de 1800, así como en un percance similar, sufrido el 29 de marzo de 1801 durante el trayecto hacia Cartagena. Al mencionarle, Humboldt añade la

observación de que el zambo no le abandonó hasta su regreso a Francia.” (Biermann y Schwarz, 2007: 94)

III.1.3 La Guaira es una rada

El 18 de noviembre parten de Cumaná hacia La Guaira. Es extensa su descripción de todo el recorrido de la costa norte del país y de las actividades propias de sus habitantes. En su relato indica que el Litoral produce gran parte de los frutos que se venden con gran abundancia en los mercados de Caracas.

Entre Camburí y Niguatar (Naiguatá) se alargan campos cultivados de caña de azúcar y maíz en estrechos valles que parecen grietas o hendeduras de peñascos (...) Cerca de Caraballeda ensánchase el terreno cultivado: se ven allí colinas de cuevas suaves, y la vegetación se eleva a grande altura. Cultívase mucha caña de azúcar, y de ella poseen ahí los frailes de la Merced una plantación y 200 esclavos. (Humboldt, 1985: 262)

A diferencia de las actividades de producción de las pequeñas poblaciones costeras, en la medida que se acerca a los centros más poblados se encuentra con actividades agrícolas en grandes extensiones pertenecientes a terratenientes, en muchos casos la Iglesia, cultivadas por mano de obra esclava.

Una vez hacen el desembarco en La Guaira envían sus equipajes a Caracas. A su parecer es La Guaira más una rada que un puerto, debido a que la mar está agitada constantemente y el anclaje de los navíos se ve afectado por la acción del viento y de la marea:

El cargamento se efectúa con dificultad y la altura de las ondas impide que se puedan embarcar ahí mulas, como en Nueva Barcelona y en Puerto Cabello. Los negros y mulatos libres que llevan el cacao a bordo de las embarcaciones son una clase de hombres de una fuerza muscular muy notable. Pasan el agua a medio cuerpo, y, cosa bien digna de atención, nada tienen que temer de los tiburones, que son frecuentes en este puerto. (Ibíd.: 266)



Velero frente a La Guaira, Siegfried George Melbye

Describe el calor de La Guaira, tanto en el día como en la noche, como más asfixiante que el de Cumaná, Puerto Cabello y Coro, porque allí se siente menos la brisa del mar. Sin embargo, la mortalidad por epidemias no era aquí tan grande porque la afluencia de extranjeros en las costas de Caracas es menor a la que hay en La Habana o Veracruz. En las costas de Tierra Firme el verdadero tifo de América (fiebre amarilla) no era conocido sino en Puerto Cabello, en Cartagena de Indias y en Santa Marta.

Siguiendo al Oeste la costa granítica de La Guaira, se hallan entre ese puerto (...) y Puerto Cabello, varias entradas en las tierras que ofrecen excelentes fondeaderos a los bajeles. Tales como la pequeña bahía de Catia, los Arrecifes, Puerto La Cruz, Choroní, Ciénaga de Ocumare, Turiamo, Borburata y Patanemo. Todos esos puertos, con excepción del de Borburata por el que se exportan mulas para Jamaica, no son hoy visitados sino por pequeños barcos costaneros que cargan provisiones y cacao de las plantaciones

circunvecinas (...) Los habitantes de Caracas, por lo menos aquellos que tienen miras más extensas, se fijan con vivo interés en el fondeadero de Catia, al Oeste de Cabo Blanco (...) Una quebrada (...) conocida con el nombre de “Quebrada de Tipe”, desciende de la altiplanicie de Caracas hacia Catia. (Ibídem: 281)

Señala Humboldt que a su llegada, el país tenía cerca de 900.000 habitantes y en el estrecho valle de Caracas se concentraban cerca de 40.000. Compara el camino de La Guaira a Caracas con los caminos de San Gotardo y de San Bernardo Mayor, en los Alpes Suizos; lo que generó unas expectativas particulares en algunos de los viajeros que vinieron posteriormente; como veremos en el diario de Sir Robert Ker Porter al mencionar su paso por este sendero.

III.1.4 El camino hacia Caracas

El relato de su tránsito por este camino y su primera experiencia en estos parajes es uno de los fragmentos más evocadores y poéticos de su relación en cuanto a Venezuela:

Cuando en la estación de los grandes calores se respira el aire abrasador de La Guaira y se vuelven las miradas hacia las montañas, impresiona vivamente la idea de que a la distancia directa de cinco o seis mil toesas una población de 40.000 almas, reunida en un estrecho valle, goza del frescor de la primavera, con una temperatura que por la noche baja a 12° del termómetro centesimal. Este acercamiento de climas diferentes es muy común en toda la cordillera de los Andes; pero dondequiera, en México, en Quito, en el Perú y en la Nueva Granada, es preciso hacer largos viajes al interior de las tierras, sea por llanuras, sea remontando los ríos, para llegar a las grandes ciudades que son centros de civilización (...) Qué ventaja la de tener un puerto de mar a tres leguas de distancia, y de estar situada entre las montañas, en una altiplanicie que produciría trigo, si se prefiriese al cultivo del cafeto. (Ibídem: 285-286)

A sus ojos el camino de la Guaira a Caracas era “infinitamente más hermoso que el de la Honda a Santa Fe y el de Guayaquil a Quito”, además mucho más mantenido que el que conducía del Puerto de Veracruz al poblado de Perote, en México. Si se dispone de buenas mulas el trayecto se podría hacer en tres horas y

bastarían sólo dos para ir de Caracas a La Guaira, mientras que a pie el viaje se llevaba entre cuatro y cinco horas.

“Verdaderas fortificaciones coronan la cumbre del monte”, una de éstas era *El Salto*, una grieta natural de aproximadamente 10 metros de ancho por unos 20 de profundidad, que se pasaba por un puente levadizo. *La Venta* era una de las posadas que se hallaba en el camino, Humboldt se refiere a ella afirmando: “...la Venta goza ya de alguna celebridad en Europa y en los Estados Unidos por la belleza de su situación (...) cuando lo permiten las nubes este sitio ofrece una magnífica perspectiva sobre el mar y las costas cercanas (...) es deslumbradora la masa de luz que refleja el litoral blanco y árido; abajo se ve a Cabo Blanco, la villa de Maiquetía con sus cocoteros, La Guaira y los bajeles que entran al puerto.” (Ibidem: 287).

III.1.5 Los caraqueños y la política

Cuando Humboldt relata su paso por la fonda de “El Guayabo”, cerca del fortín de “El Salto”, advierte que este valle es un territorio de marcados antagonismos y presenta su primera impresión sobre los caraqueños:

...hallé reunidos en derredor de la pequeña fonda del Guayabo muchos viajeros que ponían a descansar sus mulas. Eran caraqueños, y disputaban entre sí acerca del movimiento por la independencia que había tenido efecto poco tiempo antes. José España había sucumbido en el cadalso (...) Sorprendíome la agitación que reinaba en los ánimos, la acritud con que discutían cuestiones sobre las que hombres de aquel mismo país no debieran diferir en opinión. Mientras disertaban sobre el odio de los mulatos contra los negros libres y los blancos, sobre la riqueza de los frailes y la dificultad de mantener los esclavos en la obediencia... (Ibidem: 289)

La Caracas a la que llega Humboldt, según sus propias palabras, era casi dos veces más grande que el territorio de Perú para aquel tiempo. Capital de la

Capitanía General de Venezuela, tenía esta ciudad cerca de un millón de habitantes, entre los cuales 60.000 eran esclavos. La industria agrícola y la gran masa de población se había concentrado principalmente en las zonas cercanas al litoral.

Las costas de Venezuela (...) debido a su extensión, su desarrollo hacia el Este, la multiplicidad de sus puertos, y la seguridad de sus aterrajados en las diferentes estaciones, aprovechan todas las ventajas que ofrece el mar interior de las Antillas. En ninguna parte las comunicaciones con las grandes islas, y aún con las de barlovento, pueden ser más frecuentes que por los puertos de Cumaná, Barcelona, La Guaira, Puerto Cabello, Coro y Maracaibo; en ninguna parte ha sido más difícil de restringir el comercio ilícito con los extranjeros. ¿Habrá que admirarse de que esta facilidad de relaciones comerciales con los habitantes de la América libre y los pueblos de la Europa agitada haya aumentado a un tiempo, en las provincias reunidas bajo la capitanía general de Venezuela, la opulencia, las luces, y ese deseo inquieto de un gobierno local que se confunde con el amor de la libertad y de las formas republicanas? (Ibídem: 301)

Según sus estudios, en la ciudad de Caracas la población indígena, al menos fuera de las misiones, era poco considerable y ampliando el panorama a las siete provincias reunidas de Venezuela, los indios alcanzaban 1/9, mientras que en México constituían la mitad de los habitantes. En cuanto a los negros, no llegaban a conformar una población muy numerosa, pero estaban concentrados en pequeñas extensiones de terreno.

Refiere Humboldt que en la relación de viaje del cronista italiano Jerónimo Benzoni, halló un pasaje en el que se evidencian los temores que producía en las colonias el crecimiento de la población negra: “Los negros, dice Benzoni, se han multiplicado de tal manera en Santo Domingo, que en 1545, cuando yo estaba en Tierra Firme (en la costa de Caracas), he visto muchos españoles que no dudaban de que dentro de poco sería esta isla propiedad de los negros.” (Benzoni citado Humboldt, 1985: 303). Sin embargo Humboldt desestima esta predicción por la manera tan desigual en que está repartida esta población en el territorio de Venezuela: “En la provincia de Venezuela se hallan los esclavos reunidos casi todos en un territorio de no grande extensión, entre la costa y una línea que pasa (...) por

Panaquire. Yare, Sabana de Ocumare, Villa de Cura y Nirgua, Los Llanos o vastas llanuras de Calabozo, San Carlos, Guanare y Barquisimeto, no incluyen sino de cuatro a cinco mil de ellos (...) ocupados al cuido de ganados.” (Ibídem: 304)

Describe el viajero que encontró varios ejemplos dignos de referir en los que algunas personas otorgaron la libertad por testamento a cierto número de esclavos y que esta situación se daba comúnmente en Venezuela, más que en otra parte.

En cuanto a la población de hispanoamericanos o blancos criollos, estima Humboldt una población de 210.000 en una población total de 900.000 personas.

Parecen asombrarse en Europa cuando ven que los españoles de la metrópoli, cuyo corto número hemos indicado, han hecho durante siglos tan larga y fuerte resistencia; y se olvida que en todas las colonias el partido europeo aumenta necesariamente con una gran masa de nacionales. Intereses de familia, el deseo de una tranquilidad ininterrumpida, el temor de lanzarse a una empresa que puede fracasar, impiden a estos abrazar la causa de la independencia (...) Unos, de miedo a todos los medios violentos, se lisonjean de que reformas lentas podrán hacer menos opresivo el régimen colonial, y no ven en las revoluciones sino la pérdida de sus esclavos, el despojo del clero y la introducción de una tolerancia religiosa que creen incompatible con la pureza del culto dominante. Otros pertenecen a ese corto número de familias que, en cada comuna, sea por una opulencia hereditaria, sea por su muy antiguo establecimiento en las colonias, ejercen una verdadera aristocracia municipal: más quieren ser privados de ciertos derechos, que compartírlas con los demás: y aun preferirían una dominación extranjera a la autoridad ejercida por americanos de una casta inferior: abominan toda constitución fundada en la igualdad de derechos: se espantan por sobre todo de la pérdida de esas condecoraciones y títulos que tanto trabajo les ha costado adquirir... (Ibídem: 308)

Refiere también a otros, cuyo número es más considerable, que viven en el campo, trabajan sus tierras y gozan de libertad sin aspirar a puestos ocupados por otros de quienes no conocen ni el nombre. Estos preferirían sin duda un gobierno nacional y una libertad plena de comercio, pero no están para comprometerse en “largos y laboriosos sacrificios”. Esta aceptación del dominio impuesto por el imperio español ha sido el resultado de la costumbre, de la desunión y de la preponderancia

de algunas familias poderosas. Pensaba el científico alemán además que las posibilidades de una emancipación dependían de que los hombres olvidaran sus enconos individuales y se agruparan en torno a un sentimiento común y tal sentimiento una vez despertado podría fortalecerse en contacto con las ideas de la ilustración, lo que podría a la vez disminuir la influencia que venían ejerciendo las viejas y caducas ideas. “Creía que existían grupos de hombres superiores llamados a iniciar reformas políticas pero dudaba que encontrasen apoyo en pueblos acostumbrados, durante tres siglos, a la obediencia pasiva.” (Rojas, 1942: 282)

Cada lugar que conocía, exacerbaba su infatigable curiosidad y causaba en él una impresión que quedaría plasmada en hermosos pasajes llenos de una admiración y deslumbramiento genuinos. Es así como describe a aquella ciudad de 414 toesas de elevación sobre el nivel del mar, situada al principio de la llanura de Chacao, que se extendía hasta Caurimare. La atraviesa el río Guaire, que nace en un grupo de cerros del Higuerote que separa el valle de Caracas y el de Aragua. “Es de sentirse que la ciudad de Caracas no haya sido fundada más al Este, abajo de la boca del Anauco en el Guaire, ahí donde se ensancha el valle, del lado de Chacao, en una llanura tendida y como nivelada por la permanencia de las aguas.” (Humboldt, 1985: 313)

III.1.6 El conflicto entre los vientos

El agua que se bebía en Caracas era la del río Catuche, aunque las personas adineradas la mandaban a traer de El Valle, porque la de allí no contenía cal. Las calles de la ciudad eran anchas, bien alineadas, cortadas en ángulo recto, cosa común en las ciudades fundadas por españoles en América. Sus casas, espaciosas e inconvenientemente elevadas, tomando en cuenta que se trata de un territorio sujeto a temblores de tierra. El clima de la ciudad era considerado como una *primavera perpetua*, con una temperatura que durante el día oscilaba entre 20° y 26° y por la noche entre 16° y 18°. Los habitantes de la ciudad se quejaban porque en un día tenían diferentes estaciones y en efecto, en el curso de 24 horas se podían

hallar temperaturas entres 24º y 18º. Estas oscilaciones eran también comunes en las regiones templadas de Europa. Las variaciones atmosféricas tenían influencia en la forma de organización de los habitantes de la ciudad, quienes llamaban al viento que venía del Oeste “viento de Catia”, porque subía por Catia. Había la creencia de que producía dolores de cabeza, por lo que algunas personas para evitar los efectos del viento se encerraban en sus casas. Sin embargo Humboldt consideraba a este viento más puro y rico en oxígeno que el llamado “viento de Petare”, que provenía del Este y empujaba hacia la ciudad el humo, menguando la transparencia del aire. Ambos vientos entraban en conflicto, lo que producía un decrecimiento de temperatura en el Valle de Caracas.

Las mañanas son (...) de gran belleza: durante un cielo puro y sereno se ven patentes las dos cúpulas o pirámides redondeadas de La Silla y la cresta dentada del Cerro del Ávila; más por la tarde la atmósfera se carga, las montañas se empañan; regueros de vapores se ven suspendidos sobre sus cuevas siempre verdes y las dividen como en zonas superpuestas entre sí. Poco a poco se confunden estas zonas, y el aire frío que desciende de la Silla se sume en el valle y condensa los vapores ligeros en grandes nubes coposas (...) En presencia de este cielo brumoso, creía yo estar, no en uno de los valles templados de la zona tórrida, sino en el corazón de Alemania, en las montañas del Harz cubiertas de pinos y de alerces. (Ibídem: 317)

III.1.7 Los duraznos y las manzanas

Ciudad de lluvias abundantes entre abril y junio, con tormentas que venían siempre del lado de Petare y El Valle. La Caracas que retrata Humboldt era una ciudad de clima fresco, favorable al cultivo de diversos rubros que eran la base de la industria colonial. Se plantaban productos como la caña de azúcar que se extendía en el valle; el arroz (aunque no en grandes proporciones) y el cafeto de las llanuras de Chacao; el bananero o “camburí” de las plantaciones en las zonas que bordeaban la ciudad (se refiere al cambur, no al plátano); las piñas de Baruta, que

eran las mejores; los duraznos, las manzanas y el membrillo de Macarao, donde este fruto era tan común que se hizo silvestre y los cerezos y olivos que halló el científico en el patio del convento de San Felipe Neri, que por grandes y hermosos le causaron una grata impresión. “Cuando un viajero sube por primera vez al valle de Caracas se sorprende agradablemente al encontrar, al lado del cafeto y el bananero, las plantas de hortaliza de nuestros climas, la fresa, cepas de viña, y casi todos los árboles frutales de la zona templada.” (Ibídem: 326) Como dato curioso acerca de los hábitos alimenticios encontramos este pasaje: “Las confituras de manzana y sobre todo de membrillo (*dulce de manzana y de membrillo*) son muy solicitadas en un país donde creen que para beber agua es preciso comenzar por excitar la sed comiendo sustancias azucaradas.” (Ibídem)

Otro elemento que aporta un dato interesante acerca de la alimentación es la nota al pie (23) que introduce en este mismo pasaje, en la cual afirma: “El consumo de las ciudades de la América española en comestibles y principalmente en carne, es tan enorme, que en 1800 mataban en Caracas 40.000 reses por año, mientras que París, con una población 14 veces más grande, no consumía (...) más que 70.000” (Ibídem).

III.1.8 La política y la educación

Dos meses permanecieron Humboldt y Bompland en Caracas, hospedados en una casa grande, aislada, ubicada en una parte elevada de la ciudad (frente al actual Panteón Nacional), desde donde se podía divisar la cima de la Silla, la cresta de Galipán y los cultivos en las riberas del Guaire. Las imágenes poéticas de su experiencia al observar el valle desde este punto dan cuenta tanto de la belleza del entorno, cuanto de su sensibilidad para apreciar el espectáculo imponente de la naturaleza caraqueña.

Pero no sólo es su lugar de habitación lo que lo complace durante su estadía, el viajero afirma que además de sentirse satisfecho por la disposición de su morada “...lo estaba aún más por la acogida que nos hacían las clases todas de los

habitantes.” (Ibídem: 330) Especialmente agradece su hospitalidad al Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de Caracas Manuel de Guevara y Vasconcelos, quien detentaba además los cargos de Brigadier de los Reales Ejércitos y Capitán General de las Provincias de Venezuela, Maracaibo, Cumaná, Guayana e Islas de Margarita y Trinidad.

Sus inquietudes no se limitan a la descripción científica y no le fueron indiferentes las ideas liberales ni los problemas sociales de su tiempo. Él se interesa por lo que denomina los “matices de la cultura nacional”. A partir de la experiencia que le permite el haber visitado sucesivamente seis capitales de la América española como Caracas, La Habana, Santa Fe de Bogotá. Quito, Lima y México, estableciendo una comparación entre éstas, afirma:

Me ha parecido que hay una marcada tendencia al estudio profundo de las ciencias en México y en Santa Fe de Bogotá; mayor gusto por las letras y cuanto pueda lisonjear una imaginación ardiente y móvil en Quito y en Lima: más luces sobre las relaciones políticas de las naciones, miras más extensas sobre el estado de las colonias y de las metrópolis, en La Habana y en Caracas. Las múltiples comunicaciones con la Europa Comercial y el mar de las Antillas que arriba hemos descrito como un Mediterráneo de muchas bocas, han influido poderosamente en el progreso de la sociedad en la isla de Cuba y en las hermosas provincias de Venezuela. (Ibídem: 330)

Para el tiempo en que Humboldt visita Caracas, el país venía de un proceso de unificación de las provincias con mayor concentración demográfica y actividad económica. Apenas un año antes de su visita (1799) Manuel Gual y José María España habían dirigido una conspiración en contra del gobierno que fue frustrada y devino en la ejecución pública de José María España. Ya antes, en 1795, un grupo de esclavos negros y mestizos libres al mando de José Caridad González y José Leonardo Chirinos, se había alzado para proclamar la libertad de los esclavos, pero aquella rebelión también había fracasado y sus dirigentes habían sido ejecutados. En este contexto, la Real Audiencia, presidida por Guevara y Vasconcelos, decretó sanciones muy graves para quienes difundieran ideas libertarias.

Describe el viajero que en Caracas existen dos categorías de hombres, derivadas de dos generaciones muy distintas. La primera, poco numerosa, rechaza la ilustración y considera que América es propiedad de sus antepasados conquistadores y sus descendientes. La otra, posee una inclinación por hábitos e ideas nuevas, que si están acompañados del amor por una instrucción sólida y una razón fuerte, puede tener resultados útiles para la sociedad. Varios de estos últimos conoció Humboldt en Caracas, hombres distinguidos, estudiosos, con elevados sentimientos, pero también conoció otros que "...desdeñando todas aquellas cosas estimables y bellas que exhiben el carácter, la literatura y las artes españolas, han perdido su individualidad nacional, sin haber recogido, en sus relaciones con los extranjeros, nociones precisas sobre las verdaderas bases de la felicidad y del orden social." (Ibídem: 331)

Refiere Arístides Rojas (1942) que para Humboldt la independencia de la América del Sur era la consecuencia lógica de la creación de la República en la América del Norte y que el continente debía tener los mismos principios políticos y una sola forma de gobierno que garantizara el progreso de la industria y de la ciencia fundamentado en una completa libertad de comercio.

Humboldt advierte dos géneros de nobleza en las colonias, por una parte los criollos cuyos antepasados ocuparon puestos políticos de mucha importancia por lo que creen tener el poder de conservar ciertos privilegios; por la otra una nobleza más arraigada al suelo americano, compuesta por los descendientes de los conquistadores que sirvieron en el ejército; algunos descendientes de familias distinguidas y otros pertenecientes al pueblo humilde de la Península. "En las colonias españolas la aristocracia tiene un contrapeso de otra suerte, cuya acción se hace de día en día más poderosa: entre los blancos ha penetrado en todas las almas un sentimiento de igualdad..." (Ibídem: 333)

El inquieto viajero da cuenta del gusto por la instrucción que pudo notar en varias familias de Caracas. Conocían éstas obras maestras de la literatura francesa e italiana y una decidida predilección por la música, que sirve para aproximar las

clases sociales. Sin embargo, a Humboldt le sorprende que en medio de una naturaleza tan maravillosa y tan rica en productos, las ciencias exactas y las artes plásticas no posean grandes establecimientos que promuevan su estudio. "...en los Estados Unidos de la América del Norte publican periódicos en pequeñas ciudades de 3.000 habitantes, sorprende el saber que Caracas, con una población de cuarenta a cincuenta mil almas, carecía de imprenta antes de 1806; porque no puede darse este nombre a prensas con las que de año en año se ha probado a imprimir algunas páginas de un calendario o un mandato del obispo." (Ibídem: 334)

III.1.9 Ningún caraqueño había llegado a la Silla

Le sorprendía a Humboldt que los caraqueños, más preocupados por el conflicto de los vientos de Petare y Catia que por las montañas; nunca se habían interesado en conocer a fondo la naturaleza que los circundaba. "No se cumplieron mis esperanzas; y no pudimos descubrir en Caracas un solo hombre que hubiese llegado a la cumbre de la Silla (...) Por la costumbre de una vida uniforme y casera, se espantan de la fatiga y de los cambios súbitos del clima..." (Ibídem: 335), se lamentaba el inquieto viajero.

Los paseos que hacía en Caracas junto a su compañero Bompland los condujeron con frecuencia a las plantaciones de café de los señores Andrés Ibarra y Blandín, ubicadas ambas frente a la Silla de Caracas. Ya vislumbraba en aquellos recorridos en los que contemplaba la forma de los picos desde el valle, las dificultades que tendrían que vencer para llegar a su cumbre. Los "sabios del país" le habían adjudicado medidas sin haber hecho estudios precisos sobre su altura, pero poner en duda lo que decían podría lastimar el orgullo nacional.

Fue así como el Gobernador Guevara y Vasconcelos les asignó dos guías que los acompañarían en su periplo. Ninguno había llegado al Pico Oriental, el cual forma el vértice más elevado de la Silla. Iniciaron su recorrido pasando la noche del 2 de enero en la *Estancia de Gallegos*, una plantación de café cerca de las cascadas

que forma el riachuelo de Chacaíto. Partieron los dos científicos a las 5 de la mañana en compañía de algunos esclavos que les cargaban los instrumentos de medición y las provisiones; sumando en total dieciocho personas en la excursión. A las 7 de la mañana llegaron a un lugar denominado por los lugareños como “La Puerta de la Silla”. Atravesando un sendero angosto de rocas cubiertas de césped llegaron...

...al lomo de la montaña grande. El mirar penetra en dos valles que son más bien grietas atestadas de una espesa vegetación. A la derecha se percibe el zanjón que entre los dos picos baja a la hacienda de Muñoz: a la izquierda se domina la grieta de Chacaíto cuyas aguas abundantes brotan cerca de la hacienda de Gallegos. Óyese el ruido de las cascadas sin ver el torrente, que se mantiene oculto bajo el sombaje tupido (...) Desde la Puerta se hace la subida cada vez más empinada. Era menester echar fuertemente adelante el cuerpo para lograr avanzar (...) Esta subida, más fatigosa que arriesgada, desalentó a las personas que nos habían acompañado desde la ciudad, que no estaban acostumbradas a escalar montañas. Mucho tiempo perdimos aguardándolas, y resolvimos continuar solos nuestra vía cuando las vimos a todas descender la montaña en vez de escalarla... (Ibídem: 337)

Los viajeros continuaron su recorrido en compañía de sus guías, entre los que había indios y negros. Refiere Humboldt la locuacidad familiar de los negros en contraste con la gravedad taciturna de los indios, algunos de los cuales los venían acompañando desde Caripe. Se burlaban los primeros de quienes se devolvieron por no tener el vigor para seguir avanzando; particularmente de un fraile capuchino, profesor de matemáticas, que durante los preparativos del viaje se había ufano de la fuerza física que poseía por su condición de español europeo, la cual era supuestamente superior a la de los españoles americanos. Este personaje, que pocos años después de estos hechos, fue asesinado por indios en Apure (según apunta el mismo Humboldt) dio muestras tajantes de una ruindad de la que el viajero dejó sobradas evidencias, especialmente por tratarse de un religioso dedicado a la docencia:

...había el profesor prometido a los religiosos de su orden lanzar por la noche algunos cohetes para anunciar a toda la ciudad de Caracas que habíamos tenido éxito (...) Habiendo perdido el ánimo largo tiempo antes que los criollos, pasó el resto del día en una hacienda cercana viéndonos escalar el monte con un catalejo (...) Por desgracia para nosotros, este religioso (...) se había encargado del transporte del agua y las provisiones tan necesarias en una excursión por las montañas. Los esclavos que debían reunírse nos fueron tan largo tiempo retenidos por él, que no pudieron llegar sino muy tarde, habiendo permanecido nosotros durante diez horas sin agua ni pan. (Ibídem: 339)

Al llegar a la cumbre, el grupo pudo notar que se distinguía de las montañas antes recorridas por el enorme precipicio que presentaba del lado del mar: “Un precipicio de seis a siete mil pies, como el de la Silla de Caracas, es un fenómeno más raro de lo que imaginan los que recorren las montañas sin medir su altura, su masa y sus declives.” (Ibídem: 356) Desde la cúpula occidental de la Silla pudieron divisar las casas más próximas, los pueblos de Chacao y Petare y las plantaciones de café en las riberas del Guaire.

Al descender de la exploración en la cima de la Silla llegaron al valle “muertos de fatiga y de sed”, después de andar durante quince horas casi sin parar. “Las plantas de los pies se nos habían desgarrado con las asperezas de un suelo pedregoso y con el culmo duro y reseco de las gramíneas; porque había sido menester quitarnos las botas, cuyas suelas se habían puesto demasiado deslizadizas.” (Ibídem: 366)

Antes de los estudios hechos por Humboldt no se tenía idea precisa sobre la elevación del valle de Caracas, es él quien realiza la primera exploración científica a esta Silla, enclavada en El Ávila. En esta majestuosa montaña identifica y describe la flora, la fauna y los minerales. La excursión que realizaron durante tres días, les permitió realizar por primera vez un exhaustivo registro que abarcaría mediciones de altura, presión atmosférica y temperatura. Bompland particularmente recopiló una variedad de plantas hasta ese momento desconocidas para el mundo científico.

Al igual que los primeros europeos que pisaron y describieron el suelo americano, Humboldt describe la naturaleza de estas tierras estableciendo una comparación con lugares equivalentes, al menos para él, de Europa. Las cimas redondeadas de la Silla se ven desde Caracas casi bajo un ángulo de altura igual a la del Pico de Tenerife; una parte del Ávila tiene una zona de arbustos siempre verdes que reflejan una luz purpurina en su época de floración que es como la “Rosa de los Alpes”.

Humboldt continuó explorando junto a Bonpland el territorio venezolano. Pudo demostrar, ante la incredulidad del mundo científico de la época, la existencia del Casiquiare, el enorme brazo o canal de agua de 326 kilómetros de curso que conecta las hoyas hidrográficas del Orinoco y el Amazonas. Él navegó el cauce del Orinoco, probando que sí había comunicación entre ambas cuencas y demostrando que podía unirse a los países del continente a partir de sus corrientes fluviales.

Aportó valiosos datos a la climatología, hidrografía, sobre las costumbres de los grupos humanos e hizo grandes aportes a la cartografía moderna, con la elaboración de mapas que incluían formaciones vegetales y observaciones astronómicas.

A pesar de las limitaciones en la expresión de un pensamiento progresista en los ambientes monárquicos de donde provenía el notable científico alemán, el interés de Humboldt también abarcaba una dimensión política, sensible y comprometida con la humanidad. Describió la situación política en las colonias, las condiciones de vida de la gente, independientemente de su condición social. Fue un hombre sensible, al que nada humano le fue ajeno.

El aporte de Humboldt revolucionó el mundo científico en su tiempo y le concedió a Europa la mejor comprensión que se haya tenido acerca del continente americano.

III.2 Francisco Depons (1751-1812)

Francoise Joseph Raymond Depons, había nacido en la colonia francesa de Saint-Domingue (comprendida por los actuales territorios de Haití y República Dominicana) y pertenecía a una acaudalada familia radicada en Las Landas, Francia. Se licenció en Derecho en la Universidad de París y desarrolló su trabajo en el Parlamento de su país en el marco de la Revolución Francesa. Depons se había interesado por conocer personalmente la situación política y social de Saint-Domingue, cuyo 90% de la población era esclava. Como se evidencia en sus escritos, se opuso a la liberación de los esclavos y a la igualdad de los mulatos.

Luego de recorrer algunas islas del Caribe, se estableció en Venezuela entre 1801 y 1804. Aunque era un agente del gobierno francés, se relacionó tanto con las autoridades españolas como con los criollos. Según él mismo lo señala en su obra, pudo vencer las dificultades durante su estadía en estas tierras aplicando los mismos principios que le habían servido como base de conducta cuando visitaba países extraños: "...no chocar contra ningún prejuicio, respetar los usos y someterse a las costumbres locales." (Depons, 1930: XI)

El resultado de sus estudios y observaciones de esos años están contenidos en tres volúmenes titulados *Voyage a la Partie Orientale de la Terre-Ferme, Dans L'Amérique Meridionale*, publicados en París en 1806. Utilizando el término "oriental" para diferenciar a este territorio de la Tierra Firme más occidental, la cual dependía para entonces del virreinato de Santa Fe.

Refiere Vicente Dávila, autor del prólogo a la edición venezolana de 1930, que ese mismo año de 1806 fue traducida al inglés por el escritor estadounidense Washington Irving, a la que le siguieron dos ediciones hechas en Londres en 1806 y 1807. Posteriormente hubo dos traducciones al alemán y una al holandés. La primera traducción al español es la realizada en 1930 por Enrique Planchart y publicada por la Comisión redactora del Boletín de la Academia Nacional de la Historia como ofrenda al Libertador en el centenario de la muerte. Todo esto da

cuenta de la amplia difusión de esta obra dedicada a Venezuela en la Europa de los albores del siglo XIX.

Según refiere Depons, el objetivo de su obra es incluir en los anales de la geografía y de la política países desconocidos hasta ese momento, en los que "...la naturaleza vierte sus dones con mano larga y despliega toda su magnificencia sin que el resto del globo se haya dado cuenta de ello." (Íbidem: I). Por esta razón expone temas como topografía, legislación, comercio, hacienda pública, población, costumbres, formas de vida y producción.

En su monumental obra titulada *Biografía venezolanista (contribución al conocimiento de los libros extranjeros relativos a Venezuela y sus grandes hombres, publicados o reimpresos desde el siglo XIX)* publicada en Caracas en 1914, el historiador venezolano Manuel Segundo Sánchez menciona la existencia de un informe titulado *Memoire sur la cession de la Capitainerie Generale de Caracas a la France*, de 1806; cuyo original se encuentra en los archivos del Gobierno Francés y de un manuscrito titulado *Descripción exacta de la Provincia de Benezuela* (sic) traducidos por el mismo Depons al castellano, que reposa en la Biblioteca Nacional de Madrid. (Sánchez, 1914: 84)

En la introducción a su *Viaje*, Depons sostiene: "El trabajo que presento al público tiene la verdad como única base y como solo ornamento la exactitud". (Depons, 1930: I) Sin embargo, se presenta en los autores que lo reseñan algunas dudas acerca de su presencia en cada uno de los lugares que describe del país. Esta matriz tiene su origen en la referencia que hace Manuel Segundo Sánchez a una afirmación de Andrés Bello recogida en la biografía que de éste hiciera el historiador chileno Miguel Luis Amunátegui. Sánchez apunta:

Aunque esto no amengüe en un ápice la excelencia de la obra de Depons, es el caso de Amunátegui, en la *Vida de Don Andrés Bello*, refiere que éste se maravillaba de que el ilustre viajero hubiese publicado un capítulo (...) en que describe pormenorizadamente la Guayana española y el río Orinoco, sin haberlos visitado, pues el autor francés no salió nunca de Caracas, sino para Puerto Cabello. (Sánchez, 1914: 84)

Depons describe en su obra las imprecisiones y falacias que, según él, difundieron quienes describieron el territorio venezolano antes que él, como Mentelle, en su *Curso de Cosmografía* (1801) o el *Diccionario de geografía antigua y moderna* de M. Aynes (1804). En palabras de Vicente Dávila, Depons es quien mejor expone cómo era la Venezuela de inicios del siglo XIX, años cruciales en la historia del país. La importancia del *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme* en la Europa decimonónica queda demostrada en la amplia difusión que tuvo desde el mismo año en que saliera a la luz, originalmente en francés y luego traducida al inglés, al alemán y al holandés. En español sólo eran conocidos algunos fragmentos traducidos por diversos autores. No fue sino ciento veinticuatro años después de su primera edición, cuando esta obra fue publicada en español y dada a conocer en Venezuela.

Este relato es una relación compuesta por once capítulos. En el primero describe el proceso de Conquista y establecimiento de los españoles, temperatura, suelos, productos y geografía; el segundo trata las instituciones de La Colonia e industrias; el tercer capítulo refiere la población; el cuarto los indios; el quinto da cuenta del gobierno de las colonias españolas; el sexto de la religión y el papel de los Tribunales de la Inquisición; el séptimo habla de la agricultura y productos; el octavo del comercio; el noveno capítulo describe asuntos sobre la hacienda pública y aduanas; el décimo apunta a la descripción de las ciudades y sus dependencias y el décimo la Guyana Española.

III.2.1 Una tierra de promisión

Para 1801, año de la llegada de Francisco Depons a la Capitanía General de Caracas, ésta estaba conformada por las provincias de Venezuela, Barinas, Maracaibo, Cumaná, la Guayana Española y la Isla de Margarita y contaba con 728.000 habitantes. Según refiere, en esta tierra se daban todos los productos coloniales, en mayor abundancia y calidad que en cualquiera de las Antillas. Al respecto dice: “Cabe afirmar, sin temor a equivocarse, que en ninguna latitud de

América hay comarca comparable en fertilidad, variedad y riqueza de productos con la capitanía general de Caracas...” (Depons, 1930: I)

El cacao de Caracas se valoraba en el comercio dos veces más que el procedente de México, Guayaquil o Santo Domingo y se vendía entre un 15 y un veinte por ciento más que el del Río Magdalena. Se cultivaba y preparaba tabaco, cuyo precio duplicaba al de mejor calidad producido en Estados Unidos: “Solamente el tabaco que se cultiva aquí por cuenta del rey, le produce al tesoro público cerca de cuatro millones al año. El azúcar y el café son mejores que en el resto de la zona tórrida.” (Íbidem: II)

Se producían también diversas especies comerciales, que la tierra fértil de estas regiones ofrece sin exigir nada previamente y sin más trabajo que el de recogerlas. Entre éstas la vainilla, maderas, resinas, aceites medicinales, bálsamos, hierbas, raíces, plantas aromáticas y más zarzaparrilla que la que podría consumir toda Europa. Se obtenían más de veinte maderas propias, como la llamada “chacaranday” de las montañas de Perijá, que superaba a todas en belleza. También el reino animal era fecundo: “Sólo en las provincias de Venezuela y Barcelona y en las riberas occidentales del Lago de Maracaibo, etc. hay más de 1.200.000 cabezas de ganado vacuno, 180.000 de ganado caballar y 90.000 mulas dispersas por llanuras y valles (...) Estos datos, que disminuyen la verdad en vez de exagerarla, prueban que hay pocos países tan favorecidos por la naturaleza como este de cuya descripción me ocupo.” (IV)

A pesar de la abundancia en especies de madera, la explotación resultaba muy difícil, pues en esta colonia la navegación no tenía suficientes emolumentos para dedicarlos a este gasto. A través de los ríos Tocuyo y Yaracuy se transportaban todas las maderas que se consumían para la carena y la construcción de navíos. Por la zona de Tucacas se daban maderas de construcción, lo que permitía la edificación de aserraderos; sin embargo la falta de un mercado impidió el desarrollo de esa industria. Los ebanistas usaban el cedro para fabricar puertas, ventanas, mesas y sillas. Los muebles se hacían con ébano, palo amarillo o granadillo. Para

los ejes que soportaban las ruedas de los molinos de agua o los rodillos de los cilindros para moler se utilizaban maderas duras, como el palo de hierro. Para teñir se explotaba la llamada “de Brasil”, que abundaba en La Victoria y San Sebastián de los Reyes o la de futete, proveniente de Maracaibo.

Sería necesario que hombres conocedores, pagados por el gobierno, fuesen a interrogar la naturaleza en este país en donde ella es tan rica y tan pomposa. Resultarían sin duda, de sus investigaciones y de sus experiencias, ventajas infinitas para la humanidad y un aumento considerable de objetos de cambio que redundarían por completo en provecho de los habitantes del país...” (íbidem: 38)

El funcionario francés se lamenta de que un país en el que se reúnen los elementos de mayor prosperidad, en el que la agricultura es pródiga en tesoros, se encuentre casi ignorado en el mundo literario y comercial. Depons insiste en que la minería no le asegura a una metrópoli tantas ventajas como aquellos productos que se renuevan y cuya producción crece en lugar de agotarse cada año. En ese sentido, Caracas¹ tenía la fortuna de no tener minas de explotación, aunque los primeros conquistadores habían hallado en ella cuatro minas, que luego serían abandonadas.

III.2.2 Los puertos

Entre los aportes más significativos de la obra de Depons se encuentra el capítulo referido a los lagos, los ríos navegables y los puertos. Las particularidades de estos últimos nos permiten comprender cómo era la comunicación y el comercio del país con el resto durante mundo para aquellos primeros años del siglo XIX.

Portete y Bahía Honda: Portete sólo recibía buques pequeños y cuatro leguas más a barlovento se encontraba el de Bahía Honda, donde podían fondear navíos más grandes. Sin embargo no era usado por los españoles porque se encontraba en

¹ Debemos tener en cuenta que por Caracas se entiende para este momento un territorio que hoy en día contendría a varias regiones del país.

poder de los indios que se dedicaban a la pesca de perlas que luego comerciaban con ingleses y holandeses.

Maracaibo: era éste el primer puerto que se encontraba siguiendo la costa occidental. Una barra de arena movediza impedía la entrada de grandes barcos y dificultaba la de los pequeños, aunque una vez que se superaba la barra, se disponía de mucha agua y buen puerto.

Coro: se trataba de un puerto abierto del norte al noreste. En él no se ofrecían mercancías importantes, pero allí se fondeaba a tantos pies como se quisiera porque el fondo iba disminuyendo a medida que se aproximaba a la ribera.

Puerto Cabello: afirma el viajero francés que éste era el mejor puerto, no sólo de esa costa sino de toda la América. Se encontraba en una bahía tan “grande, bella, cómoda y segura” que la marina española en pleno podría fondear allí al mismo tiempo. La población que lo alberga era el depósito de toda la parte Occidental de Venezuela. En sus almacenes se surtían las regiones de Valencia, San Carlos, Barquisimeto, San Felipe y parte de los valles de Aragua. Llega a su vez a Puerto Cabello gran parte de los frutos de estas regiones. El núcleo de los comerciantes de este puerto está conformado por unos veinte europeos.

Turiamo, Patanemo, Borburata y Ciénaga: las regiones aledañas a estos puertos no producían suficiente cantidad de géneros para el comercio, por lo que éstos no eran muy visitados por los navíos.

Ocumare: situado a cinco leguas de Puerto Cabello, era muy bueno y abrigado contra la brisa, además disponía de un buen fondeadero.

La Guaira: era el puerto más frecuentado de toda la costa, pero también el de peores condiciones. Se trata de una rada abierta a la brisa en la que el mar siempre está agitado, lo que ocasiona frecuentes daños a los navíos que en él fondean. La intranquilidad de sus aguas muchas veces imposibilitaba la carga y descarga de buques.

Caraballeda: señala Depons que la población que alberga este puerto había sido abandonada luego de un ultraje que sufrieran sus habitantes tiempos atrás por parte de un gobernador. Al no poder repoblarse, se destinó a La Guaira como puerto de importaciones y exportaciones de la provincia. La navegación sólo perdió con este cambio, pues La Guaira era una rada más agitada e incómoda que cualquier otra.

Entre otros puertos reseñados por Depons están el Puerto Francés, Higuerote, la Bahía de Tacarigua, Barcelona, Cumaná, Cariaco, Punta de Araya, el Canal de Margarita y el Golfo de Paria.

III.2.3 Pasaporte a las colonias

Un censo es la base de cualquier “administración ilustrada”, sentencia Francisco Depons, al tiempo que se lamenta de no poder dar información fidedigna del número de habitantes de la Capitanía de Caracas, ya que en este país son los sacerdotes quienes se habían ocupado de recoger datos de población, siguiendo mecanismos bastante cuestionables.

En Caracas, los ministros de la Iglesia ejercían la vigilancia de prácticas religiosas como la confesión anual. Quienes cumplían con este deber recibían de su confesor, que era el cura de la parroquia, una cartela o tarjeta de cartón firmada que tenía escrita la palabra “confesó” o “comulgó”, con el año en cuestión. Durante la Cuaresma, un comisionado de la Iglesia visitaba casa por casa anotando los nombres de las personas que tenían edad de confesión y a quienes no la tenían. Terminada la pascua el sacerdote regresaba a las casas recogiendo las cartelas de comunión y confesión, verificándolas con las personas anotadas en la visita anterior. Depons destaca que este mecanismo de control propició “prácticas inimaginables” para engañar a la Iglesia. “Algunas viejas se confiesan muchas veces durante la pascua y obtienen muchas cartelas; guardan unas para sí y venden las otras.” (Íbidem: 61)

Nadie puede embarcarse para América sin permiso del rey y hasta los representantes de la Iglesia debían someterse a estas exigencias. Era condición indispensable para obtener un pasaporte que el solicitante fuera católico y español. Depons cuestiona esas formalidades con las de otras metrópolis que permiten a todo el que quiera ir a sus colonias y hasta envían a éstas a todo aquel que tuviera una conducta reprochable. España por el contrario se ha preocupado porque en sus dominios prevalezcan las buenas costumbres. “Desde el 7 de agosto de 1584, nadie puede obtener permiso para pasar a las Indias Occidentales sin presentar informe auténtico de buena conducta.” (Íbidem: 64)

Estas imposiciones eran aún mayores para los extranjeros que pretendieran ingresar a las colonias españolas por vías legales. El Consejo de Indias fijaba la tasa, según la importancia del viaje y sus circunstancias. La Real Cédula de 1801 tasaba en ocho mil doscientos reales (dos mil cien francos) el permiso para residir en las Indias.

Los españoles son gente de costumbres sedentarias, que una vez llegados a América pierden el deseo de regresar a su lugar de origen y se arraigan a esta tierra, procurando formar una familia antes de resolver los pormenores de su propia subsistencia. Los catalanes y los vascos mantienen un poco más su estima por el país que los vio nacer; pero los criollos apenas recuerdan su origen peninsular. Con respecto a esta forma de asumir la identidad por parte de los descendientes de españoles nacidos en la capitanía de Caracas sostiene Depons:

Esta opinión crea en ellos una especie de orgullo por haber nacido en el Nuevo Mundo y les forma un inalterable apego por su patria natural. No es de extrañar pues que una población que no ha sufrido ni emigraciones ni guerras ni pestes, haya aumentado durante un período de cerca de trescientos años, por más que fuera muy pequeño su núcleo original. Sería aún mucho mayor si hubiese dado a la Iglesia menos ministros y menos monjes y religiosas a los conventos. (íbidem)

Los criollos asumen que viven en la comarca más afortunada de la tierra y debido al afán que advierten en los europeos por llegar a América, sólo ven miseria en quienes llegan de Europa.

III.2.4 Sobre la educación

Para desarrollar el capítulo dedicado a la educación, Francisco Depons refiere un texto² del abogado y político Miguel José Sanz, por ser según él, una fuente absolutamente confiable. Fue relator de la Real Audiencia de Caracas y tuvo a su cargo la redacción de las leyes municipales de la ciudad. El diplomático francés dice del insigne jurista venezolano: "...todo cuanto de su obra he visto durante mi estada en Caracas, me ha parecido juntar vigor y justicia de principios con amplitud de miras y sabiduría de medidas." (Íbidem: 66-67)

Depons incorpora en su relato fragmentos textuales de Sanz, haciendo un cuestionamiento a la educación de los niños. Señala por ejemplo que tan pronto éstos tienen uso de razón, su educación consiste en la lectura de libros basados en supercherías que no inspiran valores verdaderamente cristianos. En lugar de los valores de bondad, grandeza y justicia, se inculcaban la vanidad y el orgullo; que llevaban a muchos a abusar de las prerrogativas dadas por su nacimiento, creyéndose más nobles que los demás, en lugar de llevarlos a emular desde su niñez la virtud de los buenos compatriotas. De modo que, como señala Sanz, el sistema de educación fomentaba que cada persona debía distinguirse de los otros por su origen social. Se reforzaban muchas puerilidades que influían poderosamente en las costumbres y destruían los vínculos entre los individuos.

El proceso de aprendizaje se limitaba a aprender de memoria algunas oraciones, rezar el rosario y cargar escapularios. Abundaban las referencias a milagros espantosos o devociones sin principios; contenidos que no llevaban a la formación de hombres de bien. Refiere Sanz que la "decencia" prohibía a los criollos

² Discurso sobre la instrucción pública, de Miguel José Sanz. Sólo quedan de este documento los fragmentos traducidos por Depons.

trabajar la tierra, además de hacerlos despreciar las artes mecánicas y útiles; pues consideraba más honorable llevar cordones de Doctor, hábitos de sacerdote o monja. Es elocuente la afirmación de Sanz cuando expresa:

...los campos se hallan desiertos y su fertilidad testimonia contra nuestra negligencia. Se desdeña la agricultura. Quiere cada cual ser señor o vivir en el ocio, entregado a los feos vicios de la lujuria, el juego, la intriga y la calumnia. Y por ello se multiplican los procesos, medran los malos, se desaniman los buenos y todo se corrompe.”
(Sanz citado por Depons, 1930: 69)

La educación de los criollos estaba imbuida de prejuicios nacionalistas que los llevaban a menospreciar todo lo que no era de su propia cosecha. Para aquellos no había pensamiento ni principios más justos que los españoles, por lo que asumían que la mezcla de españoles con otras nacionalidades sólo les acarreaba pérdidas.

Aunque Depons considera que el sistema educativo del país no era el más adecuado para formar los hombres de Estado, advierte que tampoco es tan defectuoso para que sólo formara ignorantes. Como ejemplo señala al mismo Miguel José Sanz, “...un hombre cuyo deseo es ver la antorcha de la razón iluminando a sus compatriotas, como lo alumbra a sí mismo...” (Íbidem: 70)

Los criollos son gente de espíritu vivo y penetrante, prosigue, y en ellos se puede ver el germen de una feliz revolución: “...todo anuncia que la generación que ha de reemplazar a ésta que ya está declinando, mostrará ante el mundo asombrado el espectáculo de un mejoramiento moral...” (Íbidem: 71) Los criollos más jóvenes, en el afán de complementar su formación, leen con avidez los libros extranjeros que faltan en su plan de instrucción. Para ello muchos de aquellos ponen empeño en aprender a otras lenguas, principalmente el francés.

III.2.5 Hábitos y costumbres

En cuanto a la forma de vestir, subraya el diplomático francés que los criollos cada vez usaban menos la espada, a diferencia de otros tiempos cuando la llevaban desde el nacimiento hasta que les llegaba la muerte. Los jóvenes usaban sombrero redondo, llevaban el cabello corto, sin empolvar y vestían pantalones hasta la cintura. Les gustaba emular a los franceses en sus modales y ser comparados con éstos, por su buen gusto, valor e ilustración.

Estaba muy arraigada en los habitantes de las colonias españolas la costumbre de tomar la siesta después de almorzar y hasta quienes realizaban trabajos más demandantes organizaban su tiempo respetando las horas de la siesta.

Al entrar en los doce años las mujeres ya estaban en edad casadera y en general al llegar a esa edad los españoles comenzaban a pensar en el matrimonio y si a los veinte años no había tomado los hábitos o no había contraído matrimonio, se le consideraba retardado. “Para creerse hombre es menester casarse. Rara vez el estudio de los caracteres precede el himeneo...” (Íbidem: 73)

Los españoles seguían las normas de etiqueta con tanto rigor que siempre existía la posibilidad de pasar por mal educado ante la imposibilidad de recordarlas todas. Indistintamente se trataba de “señor” a todo el mundo, excepto en los actos públicos, en los que esta forma de tratamiento estaba reservada para quienes tuvieran dicha distinción. Quien quisiera cambiar de domicilio debía hacérselo saber por medio de una esquela, tanto a los viejos como a los nuevos vecinos, quienes respondían con una visita personal. También mediante este tipo de mensajes se le participaba a los vecinos los matrimonios o el nacimiento de los hijos. Las visitas eran también consideradas obligatorias a quienes tuvieran que permanecer en su casa por motivo de alguna enfermedad y el convaleciente una vez recuperado debía a su vez dedicar sus primeras salidas a quienes habían tenido con él tal consideración. Era también costumbre visitar a las personas de “cierta categoría” el día de su santo. Para llevar registro de las visitas recibidas “...se coloca, en el

corredor o en la ante sala una mesa paramentada con una carpeta y sobre ella papel, pluma y tinta, de modo que cada quien deje allí su nombre.” (Íbidem: 79) Estar en la lista de visitantes era garantía de estima y atención por parte del agasajado.

En cuanto a las normas de etiqueta relacionadas con las mujeres, Depons cuenta que al momento de recibir una visita, ésta les era anunciada y sólo se abría la sala cuando ellas estuvieran en el sofá en una “actitud digna”. Las visitas a las damas debían ser anunciadas previamente:

Por la mañana se le manda un recado, o mensaje en solicitud de permiso para visitarla. Las visitas se hacen siempre en la tarde desde las cinco hasta las ocho de la noche o desde el toque de oración hasta las ocho. Pocas veces los hombres acompañan a las mujeres. Estas van sin cortejo, seguidas de dos o tres sirvientes de falda negra y paño blanco. (Íbidem)

Prosigue el viajero francés advirtiéndole que en América no se ven bailes de jóvenes ni reuniones de solaz o “...esas comidas llamadas *pique-nique*...” (sic). Tampoco reuniones en las que las muchachas puedan distraerse y establecer tempranos vínculos de amistad que perduren toda la vida.

La falta de una comunicación franca en la sociedad suscitaba enconadas envidias, aunque ésta se ocultara tras la máscara de la urbanidad. Los odios eran jurados de por vida y, dependiendo del motivo, podían pasar a las generaciones siguientes. Antes se perdonaba una chanza sobre sí mismo que sobre los antepasados y eran pocas las familias de cierto prestigio que no tuvieran abiertos procesos que giraban en torno al amor propio. Bastaba una conversación indiscreta o una palabra equivocada acerca de la antigüedad de la familia, su nobleza u origen de sus títulos, para que se encendieran en el agraviado férreos deseos de venganza.

III.2.6 Sobre la Agricultura

Comienza Francisco Depons su reflexión sobre la producción agrícola en la capitanía de Caracas con estas palabras: “Causa asombro no hallar en el país más hermoso de la tierra, donde la vegetación tiene cuanto puede contribuir a su esplendor, sino plantaciones poco importantes.” (Íbidem: 281) Luego establece cinco causas para la decadencia en la que se encontraba la agricultura en esta tierra. La primera, el conjunto de hipotecas que gravaban casi todos los inmuebles. Sólo algunas pocas haciendas, casas o hatos estaban exentos de la obligación de pagar intereses por capitales dados en hipotecas. Los españoles no vendían sus propiedades, pues aunque fueran pobres habían de aparentar riqueza, por lo que cuando necesitaban dinero pedían préstamos sobre sus propiedades, sometiéndose a pagar intereses. En segundo lugar, establece como causa de deterioro las donaciones piadosas y las prebendas que aumentaban de generación en generación, obligando a los hacendados a pagar regularmente intereses, sustrayendo los medios de fomentar el cultivo. La tercera causa que expone el francés es el sistema empleado por los españoles para administrar sus haciendas, pues principalmente viven con sus familias en las ciudades. Su ajuar, el número de criados y los gastos en general dependía de la producción de la hacienda, pero siempre hacían los cálculos de acuerdo con el año más fértil y abundante. Señala que “El hacendado que una vez al año visita sus haciendas, está satisfecho de haberse ocupado bastante de sus intereses. A menudo ni siquiera se ha enterado de los trabajos que se practican en su finca.” Continúa refiriendo una ocasión en la que le preguntó a un doctor español que venía de pasar dos meses en su hacienda de caña si su industria marchaba bien y éste le respondió sonriendo que de esos detalles se ocupaba su administrador. Quienes les acompañaban le indicaron al diplomático francés que el doctor sólo iba a su hacienda por placer, a gozar del buen clima. “Hube de presentarle inmediatamente y con toda solemnidad mis excusas. Quedé confundido por haber molestado a un propietario español con preguntas que hubieran halagado al más poderoso de los hacendados franceses. Un país donde

se desdeña de tal modo la agricultura es indigno de gozar de los favores de la naturaleza”, sentencia el viajero.

Como cuarta causa indica que la administración de las haciendas era confiada principalmente a negros y mulatos, algunas pocas veces a isleños blancos, pero nunca a los criollos porque éstos preferían “el ocio de los claustros, el atractivo de las charreteras o el laberinto de los tribunales a los nobles trabajos del campo.” (Íbidem: 282-283)

Acerca de las aspiraciones de los criollos señala estas palabras, por demás elocuentes:

Los empleos son la principal y única mira de la ambición del criollo. Aunque la mejor tierra del mundo le ofrezca todas las riquezas, no está satisfecho en sus deseos, mientras no obtiene un grado militar, un puesto en la hacienda pública, un oficio judicial o una orden honorífica. Pasa su vida y consume sus haberes en obtener grados y empleos y en solicitar otros nuevos. (Íbidem: 283)

Continúa Depons señalando que todo criollo distinguido tenía un apoderado en Madrid a quien le enviaba remesas de dinero para que recorriera las oficinas públicas buscándole un empleo conveniente. Señala que pudo saber de muchas hipotecas sobre haciendas para cubrir estas remesas de dinero, situación que iba secando las fuentes de riqueza territorial.

Esta clase de administradores, más interesados en los honores y las distinciones que en el estudio de la naturaleza productiva son según Francisco Depons los responsables de que la agricultura no prospere, pues “...la hacienda se resiente de la vanidad de su dueño y del menosprecio en que éste la tenga.” (Íbidem)

La quinta causa de la decadencia de la agricultura defendida por Depons es la falta de introducción de los negros, pues los españoles no hacían la trata directamente, por lo que compraban esclavos en Las Antillas y los pagaban con productos del país, exceptuando el cacao, para revenderlos en Tierra Firme. Después de la sublevación de los negros en las colonias francesas en 1791, se consideraba peligroso para la tranquilidad de las colonias aumentar el número de

negros; señala el diplomático, quien había nacido en la colonia francesa de Santo Domingo.

El intendente Don Juan Vicente Arce en 1803 había prohibido la introducción de negros provenientes de las colonias sublevadas, pues se consideraba que con ellos podría penetrar en el continente el germen de la destrucción. Transcurrieron doce años luego de aquel levantamiento de esclavos, sin que llegase un solo negro a Tierra Firme. Sólo dos comerciantes obtuvieron en 1804 un permiso para ingresar mil quinientos negros cada uno; sin embargo esa cantidad estaba muy por debajo de lo que necesitaba el país. Depons, defensor de la esclavitud como medio de producción, prosigue:

La natalidad de esclavos está muy lejos de compensar las defunciones. Los amos, por piedad o por humanidad, manumiten todos los años un buen número de esclavos que, a un tiempo dejan de ser útiles a la agricultura y se transforman en una carga para la sociedad. (Íbidem: 285)

Para el viajero francés, todos los males que amenazan a esta colonia pudieran remediarse con la introducción de esclavos. Otra solución que considera posible es la de emplear en la agricultura a los pardos libres; a los indios de las doctrinas o de las misiones y a los hombres útiles y laboriosos de las Islas Canarias, cuya juventud se sentía muy atraída por América. Por último aconseja: “Si se pagan bien los salarios de los obreros y se despierta el interés, la actividad reemplazará a la pereza”. (Íbidem)

Las leyes tampoco favorecían la agricultura y alega Depons como primer defecto: “...no haber señalado al agricultor como digno de toda la estimación pública, y no haber hecho de la agricultura el estado más honroso y favorecido.” (Íbidem: 286). Propone además la creación en cada capital de una “cámara de agricultura”, a cuya cabeza estuvieran los agricultores con cierto mérito de la provincia; cuya misión sería estudiar los medios de simplificar los trabajos agrícolas por el empleo de máquinas, aprovechar todos los brazos ociosos, establecer los gastos y perfeccionar la preparación y fabricación de productos.

III.2.7 La población

Según el censo eclesiástico, para 1802 la ciudad de Caracas contaba 31.234 habitantes, pero, debido a las particularidades señaladas por Depons en cuanto al procedimiento empleado por la Iglesia para censar, podrían calcularse unas 42.000 personas.

Los blancos constituían aproximadamente la cuarta parte de la población de Caracas. Había entre éstos tres marqueses y tres condes, aunque todos los blancos presumieran de hidalgos. Un español blanco nunca pasaba por plebeyo, a menos que estuviera en la miseria. Sobre los blancos expone Depons una minuciosa descripción:

Todos los blancos son hacendados o negociantes, militares, clérigos o monjes, empleados judiciales o de hacienda. Ninguno se dedica a oficios o artes mecánicas. El español blanco, y principalmente el Criollo, se siente deshonrado si se gana el sustento con el sudor de su frente y si lo debe a los callos de su mano. Aguanta el hambre, la sed, las inclemencias del tiempo con admirable estoicismo, movido sólo por el horror a la fatiga, nada, según su criterio, puede degradar tanto a un hombre como el trabajo. Juzga imposible conservar la dignidad y honrar debidamente a sus antepasados, a no ser con la pluma en la mano, la espada al cinto, o el breviario ante los ojos. (Íbidem: 400)

Los blancos conformaban clases diferenciadas. Estaban los empleados llegados de España y los criollos, quienes consideraban injusto que se les empleara a aquellos y no a ellos. Estimaba Depons que si la competencia entre los blancos se fundamentara en el terreno de los conocimientos, los criollos llevarían ventaja, ya que superaban a los peninsulares en cultura, además se interesaban por las ciencias y eran capaces de mostrar mucha aplicación. Había entre éstos muchos abogados y si no había grandes economistas, se debía a que en sus escuelas estaba prohibido todo estudio que no fuera cánones o derecho civil.

Otros españoles llegaron a América por el deseo de hacer fortuna, muchos de ellos procedentes de Vizcaya, Cataluña y las Islas Canarias; gente industriosa y

laboriosa, que buscaba ganarse la vida por vías legítimas; con buena fe en los negocios, que probó por medio del ejemplo personal su disposición para el trabajo.

Sobre las mujeres refiere el viajero francés:

Ornato de Caracas son sus mujeres, encantadoras, suaves, sencillas, seductoras. Hay pocas rubias; la mayoría tienen cabellos negros como jade y tez de alabastro. Sus ojos, grandes y rasgados, hablan expresivamente ese lenguaje común a todos los países, pero no a todas las edades. Sus labios encarnados matizan agradablemente la blancura de la piel, y contribuyen a formar ese conjunto que se llama belleza.

Es lástima que la estatura de las mujeres de Caracas no corresponda a la armonía de sus facciones. Muy pocas sobrepasan la estatura media y muchas están por debajo de ella. Raras son las que tienen pies pequeños. Como pasan la mayor parte de su vida en la ventana, podría decirse que la naturaleza ha querido embellecerles sólo la parte del cuerpo que dejar ver con más frecuencia. Se adornan con bastante elegancia (...) las mujeres de Caracas pueden mal que bien unir las maneras sociales con la honestidad y el arte de la coquetería con la modestia propia de su sexo. Estas observaciones no son aplicables sino a aquellas mujeres cuyos padres o maridos poseen algunos bienes de fortuna o ejercen empleos lucrativos; pues las blancas de Caracas a quienes la suerte ha condenado a ganarse la vida, no tienen a su alcance más medio que el de provocar las pasiones para ganar cualquiera cosa satisfaciéndolas luego. Más de doscientas de estas desdichadas pasan el día cubiertas de andrajos, en el fondo de sus cuchitriles, que cuidan de tenerlos siempre cerrados, y salen de noche a ganar mediante el vicio el burdo sustento del día siguiente. Su traje suele consistir en falda y manta blancas, con un sombrero de cartón cubierto de tela y adornado con flores fingidas o lentejuelas. A menudo el mismo vestido sirve alternativamente y durante una misma noche a dos o tres seres inmorales a quienes la pereza retiene en la crápula. (Íbidem: 401-402)

Prosigue Depons en su descripción de la sociedad caraqueña afirmando que en esta ciudad la pobreza se debía esconder cuanto se pudiera. La riqueza de una familia se estimaba de acuerdo con la proporción de esclavos domésticos que ésta poseyera, por lo que en cada casa debía haber cuatro veces más esclavos de los que realmente se necesitaran. Lo contrario era visto como “tacañería denunciadora de pobreza”. Había casas que tenían a su servicio entre doce y quince esclavas, aparte de los sirvientes destinados a atender a los hombres.

Las caraqueñas ricas para exhibir su opulencia iban a misa seguidas por cuatro o cinco esclavas y en general las mujeres blancas, aunque no tuvieran fortuna, acudían acompañadas al menos de dos esclavas negras o mulatas. Depons señala que el empleo de esclavos en costumbres tan superfluas debiera ser sometido al cobro de elevados impuestos, para reducir el número de esclavos domésticos e incentivar su aprovechamiento en trabajos agrícolas y así compensar a la sociedad los brazos que se le sustraen.

Había en la ciudad de Caracas numerosos manumisos o descendientes de éstos, quienes desempeñaban todos los oficios desdeñados por los blancos, por lo que muchos eran carpinteros, ebanistas, albañiles, herreros, tallistas, cerrajeros, u orfebres; aunque pocos ejercieran su oficio con verdadero arte. Continúa el viajero su descripción:

Todos estos artesanos, oprimidos por la pereza que parece serles particular, pero que en realidad es general en la tierra en que viven y en la nación a que pertenecen, estos artesanos, digo, trabajan muy poco, y aunque parezca contradictorio, su trabajo es mucho más barato que el del obrero europeo. Se sustentan gracias solo a su gran sobriedad en medio de toda clase de privaciones. Por lo general, sobrecargados de familia, viven en casas malas, duermen sobre un cuero, y se alimentan con víveres del país (...) Su pobreza es tal que no se les puede encargar trabajo alguno sin que pidan adelantos (...) Semejante negligencia en el oficio, como fácilmente puede observarse, no depende sino de la aversión al trabajo. Los más de ellos no se acuerdan del oficio sino cuando les aprieta el hambre (...) No se ha dado el caso de que ninguno de éstos haya pensado en cultivar la tierra. (Íbidem: 403-404)

Con respecto a la tranquilidad pública afirma Depons que los españoles son quienes menos trabajo le dan a la policía. En las calles de Caracas nunca hay ruido y el carácter impasible de sus habitantes se evidencia en la poca frecuencia de riñas y tumultos. Sin embargo, los asesinatos, robos e infidelidades eran frecuentes. La mayoría de los asesinatos sucedidos en Caracas eran obra de españoles europeos y particularmente señala el viajero a los procedentes de Andalucía. Por su parte los criollos blancos eran autores de cuanto robo ocurría en la ciudad. Otros

delitos frecuentes, considerados más bien como una habilidad, eran la adulteración de pesas y medidas o la falsificación y mezcla de víveres.

Pese a ser Caracas residencia del Capital General, sede de un arzobispado; de una Real Audiencia y capital de una provincia donde había suficiente ganado como para proveer a todas las colonias extranjeras de América; muchas veces no tenía carne en el matadero. Era una ciudad que experimentaba la escasez en medio de la abundancia, testimonia sorprendido Depons.

En Caracas la policía no sólo ignoraba la mendicidad, sino que la protegía; por lo que en las calles proliferaban mendigos de ambos sexos. Éstos parecían preferir vivir de ese modo antes que trabajar; asumiendo que el Evangelio elogiaba la limosna. A los extranjeros les costaba trabajo comprender este desorden causado por el exceso de piedad de los españoles; señala Depons. Cada noche podía presenciarse el desagradable cuadro que mostraba a los mendigos tendidos en las calles, alrededor de los muros de las iglesias, expuestos a la inclemencia del tiempo. El arzobispo repartía cada sábado medio esquelino (la dieciseisava parte de un peso fuerte) a cerca de doscientos mendigos. También Don Francisco Ibarra, prelado criollo de Caracas, repartía secretamente sus rentas entre los pobres vergonzantes, quienes conformaban un grupo más numeroso que aquellos.

Reflexiona el viajero francés sobre la práctica del pordioseo y sugiere la creación de leyes ciudadanas que garantizaran la protección a quienes mendigaban porque efectivamente no podían asegurarse la subsistencia por sí mismos; pero por otra parte les procurara trabajos adecuados a sus fuerzas a quienes pudieran ejercerlos.

III.2.8 Las comunicaciones

Caracas era el centro de los asuntos políticos, judiciales, económicos, fiscales, militares y religiosos de la provincia; pero la mayoría de los caminos que la unían con los demás pueblos³ del país, apenas estaban trazados. Durante las lluvias era casi imposible atravesar sendas y ríos, por la falta de puentes y embarcaciones. Las distancias se medían por jornadas y no por leguas. Los únicos correos y periódicos que regularmente salían de Caracas eran los de Maracaibo, Puerto Cabello, Santa Fe, Cumaná y Guayana. Las poblaciones que se encontraban a lo largo de estos recorridos podían enviar con estos correos su correspondencia.

El correo de Maracaibo salía de Caracas todos los jueves a las seis de la tarde, con la correspondencia de La Victoria, Turmero, Maracay, Valencia, San Felipe, Puerto Cabello y Coro. Le llevaba veinte días hacer el recorrido de Caracas hasta Maracaibo. De Maracaibo hasta Caracas el correo salía cada quince días. Los días seis y veintidós de cada mes, salía de Caracas el correo para Santa Fe; llevando la correspondencia de San Carlos, Guanare, Araure, El Tocuyo, Barquisimeto, Barinas, Mérida, Cartagena, Santa Marta y Perú. Le llevaba cuarenta y dos días cubrir el recorrido de Caracas a Santa Fe.

La correspondencia proveniente de España se recibía en Caracas mensualmente. Una nave del Rey salía de La Coruña los tres primeros días del mes, se dirigía primero a Las Islas Canarias, luego a La Habana y finalmente a Puerto Rico, de donde salía inmediatamente en otra embarcación dispuesta para ello, la correspondencia dirigida a Caracas.

El camino entre Caracas y su principal puerto, La Guaira, era escarpado y medía escasamente cinco leguas; continúa Depons. Las mulas lo recorrían normalmente en cinco horas; pero una mula de silla, sin salirse del paso, lo podía recorrer en tres horas y media. Los viajeros solían detenerse a quinientas sesenta

³ Se llamaba “ciudad” sólo a los lugares con Cabildo, a los que no lo tuvieran se les llamaba “pueblo”.

y seis toesas de altura en una posada que los españoles llamaban “Venta”, donde se descansaba y se dejaba reposar la cabalgadura.

III.3 Sir Robert Ker Porter (1777-1842)

Diplomático y viajero irlandés, quien estuvo en Venezuela desde 1825 desempeñándose, primero como Cónsul General de Gran Bretaña y luego como Encargado de Negocios de Su Majestad Británica hasta 1841. Este testimonio, hecho en forma de diario, describe sus impresiones durante su estadía principalmente en la ciudad de Caracas. La primera versión de los relatos de Ker Porter fue publicada en inglés (Caracas, 1966), luego se editó una extraordinaria obra que recoge no solo sus testimonios escritos sino también los gráficos, en los que dejó plasmadas diversas estampas del entorno físico venezolano y varios de sus personajes más relevantes, entre éstos el Libertador; pues tuvo acceso a los círculos políticos y sociales de la naciente República en unos años cruciales para su devenir histórico. La Cusiata, la fragmentación de la Gran Colombia, la muerte de Bolívar, “Sus apuntes sobre todos estos acontecimientos públicos son un valiosísimo complemento a la documentación que guardan los archivos públicos, nacionales y extranjeros.” (Porter, 1997: 25)

Esta obra se publicó bajo el auspicio de la Fundación Polar en el año 1997 con el título de “Diario de un Diplomático en Venezuela”, traducción de Teodosio Leal y Prólogo de Malcolm Deas, del St. Anthony’s College, de Oxford.

El diario de Sir Robert Ker Porter (...) es un documento histórico de primera importancia. Es también un documento único. Aunque otros británicos que participaron en la Guerra de Independencia, legionarios y enviados diplomáticos, dejaron sus relatos, apuntes, correspondencia e informes, ninguno de ellos dejó un diario tan largo y minucioso como Porter, escrito desde un mirador tan ventajoso. (...) Puede ser que la percepción de su importancia se deba al tamaño monumental de la obra impresa: El texto del Diario (...) que ocupa 1.184 páginas. (Ibidem: 19)

Porter tuvo la oportunidad de conocer a Bolívar y a otras figuras del ámbito social y político del país en su tiempo, como Florencio O' Leary, quien lo llamaba "Robert el bueno". Entre las diversas obras pictóricas que realizó durante los años que estuvo en Venezuela destacan varias vistas de Caracas, como la que hiciera desde el río Catuche y el Gran Puente; la Vista de la Silla de Caracas desde el noroeste (1827) y su monumental Vista de Caracas desde El Calvario (1831); obras que forman parte de los inicios del paisajismo venezolano.

Por un monto de 1.250 libras esterlinas al año, además de los derechos provenientes de algunas transacciones y certificaciones, Robert Ker Porter es nombrado en 1825 encargado de negocios de Gran Bretaña en La Guaira y Caracas, cargo que estaba subordinado al ministro británico en Bogotá. No sería sino hasta 1835 cuando obtendría el cargo diplomático de Cónsul.

Fue testigo presencial de cruciales acontecimientos en los primeros años de nuestra independencia, a su llegada el país ya se había conformado la Gran Colombia, por lo que el diplomático pudo advertir las rivalidades e intereses que devinieron en su fragmentación. Reflexionó profundamente, evaluó posibles escenarios, tomó partido, cambió de parecer con respecto a sus posiciones. Nada de lo que sucedía en el país le fue ajeno y estuvo particularmente interesado en el Libertador, describió con detalle sus encuentros con él desde el primer momento en que lo tuvo ante sus ojos. Gracias a los testimonios sobre sus encuentros con Bolívar tenemos estampas sobre nuestro héroe que este inglés retrató para el deleite de los investigadores que hurguen sus escritos.

Comienza entonces su diario, este hombre poco apasionado, sensible, metódico y trabajador; como lo describe Malcolm Deas (1997); cuando aún instalado en Gran Bretaña hacía los preparativos de su viaje a América. "Ningún hombre escribe un diario durante quince años sin revelar su carácter", refiere Deas, y en el caso de Ker Porter no sólo escribió durante quince años sino que además lo hizo de forma habitual y permanente.

La narración en forma directa y el hecho de que los acontecimientos eran registrados a medida que iban sucediendo, le otorgan al relato un carácter de confidencialidad. Además, describió la sociedad caraqueña y su cotidianidad con tal meticulosidad que convierte la experiencia del lector en un verdadero viaje en el tiempo.

El 19 de octubre de 1825 se despide de su madre y sus hermanas para emprender su viaje dos días después a bordo de la fragata “Pyramus” desde Spithead, puerto ubicado en Hampshire, Inglaterra. Después de circundar el Golfo de Vizcaya, hace escala en Madeira y Barbados, donde finalmente se embarca a su destino a bordo del “Primrose”.

III.3.1 El Primrose saluda al puerto

Decía Humboldt veinticinco años antes al llegar al puerto de La Guaira que se trataba más bien de una rada o ensenada donde los vientos producían una fuerte marea que dificultaba el anclaje de los navíos. El lunes 18 de noviembre de 1821, cuando Ker Porter llega al mismo puerto refiere algo similar:

El desembarco fue desagradable porque el oleaje rompía por encima del destartado muelle de madera ya podrida que conduce a la orilla de la población. Este sitio está bien protegido por murallas y baluartes hacia el mar; y las empinadas colinas que se alzan detrás del lugar están además coronadas por baterías de varias clases, aparte de unas defensas casi impenetrables formadas de tunas y otras plantas espinosas y tupidas que crecen por doquier y a las que tan cuidadosamente hay que acercarse en todos los países tropicales. La Guaira, desde su acceso se parece mucho a Derbent, en el Caspio. Sus calles son estrechas, reconstruidas sólo parcialmente desde el terremoto de 1812, de cuyos estragos guardan dolorosos restos... (Ibídem: 53)

Antes del desembarco, los marineros habían pescado un tiburón de 10 pies de largo, que prepararon para el deleite de los recién llegados. El diplomático fue recibido en La Guaira por los señores Gibson y Oppenheimer, comerciantes británicos establecidos en el lugar.

Siguiendo la orilla del mar se dirigieron al pueblo de Maiquetía, ubicado a una milla de distancia, “ventilado y hermosamente situado en la falda de las montañas, en medio de un bosque de árboles de cacao poco denso”, refiere en su diario Ker Porter.

III.3.2 Por el camino de La Venta

Por el mismo camino que Humboldt había transitado más de dos décadas antes, Ker Porter se dirige a Caracas, evocando a cada paso la idílica descripción que aquel hiciera del trayecto. Sin embargo, su percepción no se correspondía con las expectativas que dicha lectura había generado en él, pues ya la ciudad había sido azotada por el terrible terremoto que dejaría su huella a lo largo de casi todo el siglo. Así relata el diplomático inglés su primera impresión de este trayecto:

Después de pasar gran parte de las ruinas de Maiquetía, empezamos un zigzagueante ascenso empinado por una carretera ancha y bien pavimentada, ricamente envuelta por bosquecillos de las varias plantas y altos árboles que cubren esta cara de la montaña casi hasta la cima. (...) La escena era más nueva que sublime o llamativa y he de decir que no correspondía con las floridas descripciones hechas por Humboldt y varios otros que la han contemplado desde esta curiosa carretera. A pocas millas de iniciado nuestro recorrido llegamos a un pequeño fuerte al que se entra por un puente levadizo que salva un profundo abismo. Su posición es verdaderamente dominante y podría ser defendida por una docena de hombres durante una eternidad. Dentro de sus dismanteladas defensas hay ahora una pequeña edificación convertida en venta; los cañones que antaño poseyó han sido lanzados al abismo. Algo más de seis millas nos llevaron a la venta que, según se dice, está a mitad de camino de Caracas. Fue aquí donde el Barón de Humboldt oyó a los nativos hablando de política. (Ibídem: 55)

La descripción que hiciera Humboldt de este camino es referida repetidamente en otros relatos de viajeros, generalmente a modo de comparación, lo que demuestra la influencia que tuvo en aquellos la obra del erudito alemán.

V.3.3 La ciudad

La ciudad que se encuentra Ker Porter lo impresiona por las secuelas que había dejado en ella el devastador terremoto acontecido en 1812 y que había afectado también otras poblaciones del país como La Guaira, Mérida, El Tocuyo, entre tantas otras. Como confirmaremos con los relatos de otros viajeros, son recurrentes las referencias a la desolación y al aspecto tétrico que le daban a Caracas sus muros derruidos y sus calles ruinosas...

La primera visión de la ciudad es impresionante, pero no puedo dejar de decir que me decepcionó. Si fue así desde lejos, como sería al ver la ruina, la desolación y la falta de cualquier cosa que pudiera llamarse comodidad o esperanzas de vida social al entrar más en contacto con sus destrozados restos. Pasamos calles enteras hundidas y cubiertas de yerba, las casas sin techo con hermosos árboles crecidos saliendo por las ventanas mohosas, sombreando los restos enterrados de familias enteras, cuyas paredes domésticas se habían convertido en su mausoleo. Pasamos estos sepulcros camino de la gran iglesia que había resistido a la catástrofe y tomamos residencia temporal en el City Hotel, en habitaciones que nos habían preparado: un triste y miserable hueco, asqueroso y lleno de pulgas. (Ibídem: 55-56)

A las condiciones insalubres de su hospedaje se sumó lo que él llama la “jovialidad”, que se extendía hasta el amanecer generando un irritante escándalo, producto de las riñas propias de la borrachera. La posada donde se alojaba (City Hotel) era propiedad de un alemán apellidado Stahl, que había llegado con las tropas traídas para unirse al ejército libertador, por lo que solían alojarse en el lugar extranjeros de diversas nacionalidades que llegaban a la ciudad. “Durante toda la noche pasada la posada fue escenario de borrachera, peleas y confusión continuas. Se oían a gritos lenguas de todas las naciones, jurando e insultándose unos a otros, casi hasta el amanecer”, refiere Sir Robert en tono angustioso (Ibídem: 59)

En estas condiciones se dio a la tarea de buscar durante muchas semanas, una casa acorde con sus necesidades; para lo cual tuvo la compañía de las amistades que había hecho en la ciudad, como el coronel Stopford o el señor Mocatta. Sin embargo todas las viviendas que visitaba le parecían pobres, sucias y

extremadamente caras, "...creo que mi carácter público es la causa de que me pidan precios más altos que a otros." (Ibídem: 63)

Hace el diplomático una interesante descripción de una de las casas que visita, que puede servir de referencia para saber cómo eran las viviendas de la clase más acomodada en su tiempo: "[La casa era] excelente comparada con lo que se ve aquí". Como la mayoría de las casas de la ciudad tenía el piso recubierto de ladrillos o baldosas. Se trataba de una vivienda amplia que tenía un patio con un naranjo en el centro, rodeado de habitaciones altas (ninguna por debajo de 25 o 30 pies); un espacioso salón con dos grandes ventanas, con postigos y rejas; puertas dobles, un pasillo que conducía a otro patio con una fuente para los servicios y un tercer patio para criar gallinas, con cuadras para caballos y mulas. Se quejaba del desagradable encalado de las paredes...

Hasta la mejor de las habitaciones tiene su interior simplemente encalado, y la cal invariablemente se desprende al menor contacto con cualquier cosa. Son escasísimos los pisos de madera pues es muy costoso el corte de tablas, aunque lo que sobra es madera. Hay un inglés que está a punto de establecer un aserradero, que será de la mayor utilidad al proveer esta útil mejoría, pues los suelos de ladrillo engendran pulgas y toda clase de alimañas y apenas se les lava por temor a que se disuelvan en el moho. La casa está constituida por diez, quince o veinte habitaciones, grandes y pequeñas. Un horno y un simple banco largo hecho de ladrillo enlucido constituyen la chimenea, pues el carbón se coloca entre tres o cuatro piedras, al gusto, y todo lo que puede cocerse se hace en el horno. (Ibídem: 63)

Aunque parecía satisfacerlo con la vivienda que describió con detalle, finalmente el precio que le pedían lo hizo desistir de alquilarla. Finalmente decidió alquilar una casa propiedad del coronel Mc Laughlin, que había sido también parte de la legión británica traída por orden de Bolívar a pelear por la Independencia y se había quedado en el país después de casarse con una "dama nativa".

Pasó bastante tiempo dedicado a los arreglos de su nueva morada, pintando las paredes y quitando la gran masa de cal que las cubría, para evitar que se le pegara de la ropa el molesto polvo blanco, "...es imposible ir a parte alguna sin

volver a casa pintado de blanco.” (Ibídem: 78) Entre tanto, resolvía el traslado de sus muebles que había dejado en La Guaira.

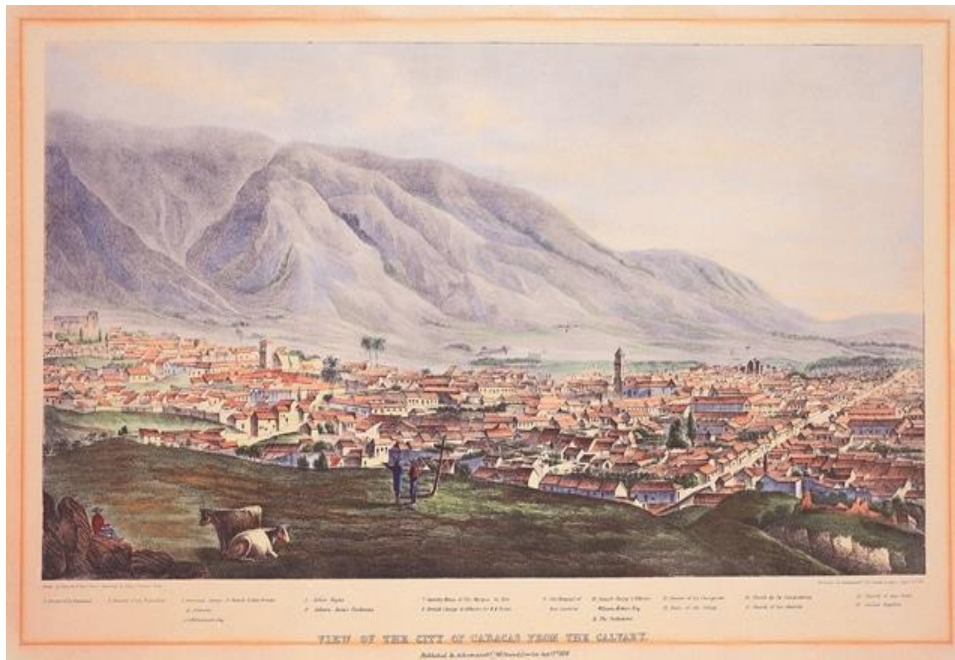
Para los trámites del traslado de sus muebles se fue a La Guaira junto a su médico y amigo, el doctor Coxe y el señor Retemeyer. Intentó llegar a un acuerdo con el jefe de los porteadores que se encargaban de llevar las encomiendas hasta Caracas, pero debido al tamaño de éstas el precio que le pedían le parecía demasiado alto, por lo tanto decidió que sus muebles fueran transportados por mujeres y por mulas, que constantemente se ocupaban en el transporte de muebles de La Guaira a Caracas. El jefe del grupo le dijo que necesitarían setenta hombres para llevar los siete paquetes, cobrando 4½ dólares por porteador, “...haciendo un total de 315 dólares, en vista de lo cual decidí abrirlos y enviarlos por mujeres porteadoras (...) Despaché con las mujeres dos sofás completos, cuyo transporte sólo me costará ocho dólares.” Cuatro días después de ser despachada su mudanza escribía: “Gran parte de mis muebles y paquetes llegó esta mañana por mulas y mujeres.” (Ibídem: 71)

Una litografía realizada por Joseph Thomas en 1839 nos muestra la ciudad desde la colina de El Calvario. Esta obra contiene 17 leyendas que señalan las edificaciones más relevantes de la Caracas de la época, entre las que se encuentran la casa de Ker Porter y la del Marqués del Toro.

En compañía de alguno de sus amigos recorrió las zonas aledañas a la ciudad, uno de estos paseos lo llevó a El Calvario, de cuya experiencia nos dejó una bonita estampa:

Desde este extremo de la ciudad (Este) atravesamos en dirección opuesta sus calles cubiertas de maleza y sus paredes de barro seco llenas de moho, y subimos el rocoso talud de una linda y considerable colina en cuya cima está construido un pequeño edificio que le da nombre: la Ermita del Calvario. Desde aquí la vista de la ciudad era amplia y panorámica, y podían divisarse fácilmente todas sus calles que van de Este a Oeste y de Norte a Sur en varios puntos. La Silla no tenía su corona brumosa y en verdad ninguna masa de neblina ocultaba parte alguna de su aterciopelada cumbre ni de la faz de la llanura. Desde aquí se ven claramente los cortes

hechos por los torrentes y el lecho ya casi seco del río Guaire, y también se divisa más conspicuamente el silencioso cortejo de edificios y moradas destrozados, que el inquieto genio de las convulsiones internas derribó en 1812. No me cabe la menor duda de que una parte considerable de lo que compone esta porción de la escena puede atribuirse a los efectos de la guerra y la emigración. La colina desde la cual hoy contemplé la ciudad había sido un sangriento campo de batalla, defendido por los patriotas la última vez que los españoles tomaron la ciudad. (Ibíd: 61)



Vista de Caracas 1837, Joseph Thomas

Otra de sus excursiones, con el señor Retemeyer lo llevó hasta el pueblo de Petare, ubicado a unas tres millas al noroeste de la ciudad, en el extremo del Valle de Caracas, por una carretera plana “muy buena en cuanto a naturaleza” que con algunas mejoras podría adecuarse para coches de ruedas. El inglés exalta la belleza de los paisajes del trayecto, la riqueza de sus campos y de los extensos cultivos que rodean la carretera, que “...dan a la escena gran belleza y exuberancia”. Distingue en su recorrido las residencias campestres de los distintos propietarios de las haciendas, tanto en la llanura como en las tierras más altas, varios pueblecitos, pequeños bosques de diversos árboles y colinas al pie de la cadena de montañas del Ávila. “Hay un hermoso río que se desliza por los campos al pie de la altura

donde está situada la población [Petare] y es casi imposible mover un pie sin exclamaciones de deleite ante los hermosos puntos de vista que aparecen.” (79)

V.3.4 Los ingleses en Venezuela

Desde su llegada Sir Robert comenzó a conformar un círculo de amistades, todos europeos que vivían en el país, algunos diplomáticos, otros comerciantes; en su mayoría ingleses. Entre éstos se encontraban los comerciantes Ward y Mocatta, además de John Alderson, propietario de una hacienda en Chacao y de la hacienda Bello Monte. También estableció gran amistad con el coronel Stopford, uno de los oficiales británicos que se unió a las filas de la Independencia, “...permaneció en Venezuela desarrollando actividades privadas. Fundó en 1823 *El Colombiano*, periódico bilingüe. No fue partidario de Bolívar y alcanzó posiciones destacadas durante el gobierno de Páez” (Nota 3 del editor: 24)

La colonia inglesa se había extendido ampliamente en Venezuela, como refiere el diplomático desde su llegada a La Guaira, cuando escribe: “El Planet, un buque que habíamos dejado en la isla de Madeira, arribó en esta fecha con 200 inmigrantes escoceses, 30 familias en total, para formar una colonia en el Valle de los Caracas, en una finca de los señores Powles & Co.” (Ibídem: 55)

Acerca de Powles & Co. refiere Álvaro Gärtner en su trabajo titulado “Los misteres de las minas” (2005) que John Diston Powles era el principal socio comercial de las casas Herring Graham & Powles en Londres, Powles, Illingworth y Co. de Bogotá y Powles & Co. en Caracas y La Guaira. Los intereses de dicha compañía se extendían a ramas como la minería, la banca, la agricultura, la colonización y la prensa.

Pero ya antes, entre 1818 y 1819 habían llegado a Venezuela varias expediciones de ingleses y alemanes, quienes conformaron lo que se conoce en la Historia como “Las legiones británicas e irlandesa”, conformada por militares extranjeros que lucharon en el Ejército Libertador. Bolívar deseaba implantar en los

soldados patriotas las tácticas de los ejércitos europeos, por lo que dio órdenes a Luis López Méndez, quien tenía el cargo de Comisionado de Venezuela en Inglaterra:

(...) para que contratara y despachara expediciones de jefes, oficiales y soldados de los que habían servido en la campaña continental contra Napoléon, en 1815, y que a la sazón licenciaban los respectivos gobiernos (...) auxiliado por James Mackintosh, que puso a su disposición cuantiosos intereses para armar y equipar la expedición, contrató en Inglaterra, en 1816, setecientos veinte hombres, entre oficiales y soldados (...) Los hombres que partieron de Europa, con destino a Venezuela, en los años 1817 y 1818, formaban la cifra de cinco mil ochocientos ocho. (Galán, 1919: XII-XIII)

La mayoría de estos soldados habían participado en las guerras napoleónicas o en la guerra británico-estadounidense. Algunos eran alemanes al servicio de Inglaterra. Entre aquellos soldados estaba un irlandés proveniente de la ciudad de Cork, culto e ilustrado; era el joven Daniel Florencio O' Leary, quien más tarde se convertiría en edecán del Libertador.

No es de extrañar entonces que en Venezuela hubiese presencia de tantos ingleses. Las relaciones comerciales con el Reino Unido ya habían comenzado desde La Colonia, impulsadas por la piratería. El contrabando fue el resultado de las restricciones impuestas por España, que prohibían el comercio con otras naciones, de modo que los criollos preferían vender su producción a los ingleses, franceses y holandeses de forma ilegal.

III.3.5 Los agasajos

Cumpliendo con el protocolo y tratándose de un representante del gobierno británico, Sir Robert fue recibido por las autoridades de la república en la ciudad, como el General Juan Escalona, quien le hiciera un agasajo en su casa para presentarlo ante los demás militares que conformaban el gobierno patriota. Así describe esta opulenta cena en su diario:

...con una profusión de toda clase de asados, estofados y platos de varias clases, la mayoría de los cuales estaban fuertemente adobados con ajo. También se habían traído de La Guaira para el festín pescados llamados pargo y carite (...) En una habitación cercana había cerveza y bebidas alcohólicas (...) y después de haber tomado este pequeño motivo de excitación, empezó el ataque general a los montones de carne, pudines y pasteles, colocados a lo largo de la mesa. No faltaba el vino: “en face des convives” había cantidad de botellas de clarete y lo que se denominaba Madeira. Su excelencia se esmeraba en ver que yo comiese la mayor cantidad posible de viandas (...) Después de haber concedido el tiempo necesario para este nuevo arreglo, S. E. me condujo a la habitación donde había otra mesa no menos repleta de toda clase de frutas de la estación, así como de cualquier otra susceptible de ser conservada (pues la ciudad es célebre tanto por sus dulces como por sus patriotas.) (Porter, 1997: 56)

En su brindis, después de que su anfitrión, el General Escalona y sus invitados brindaran “¡Por el Rey de la Gran Bretaña!” con nueve vivas; el inglés respondería con un efusivo “¡Por el Libertador Simón Bolívar, Presidente de la República: uno de los más grandes guerreros, patriotas y estadistas que haya dado nación alguna!”

Durante las festividades del Carnaval se queja de la abominable y bulliciosa costumbre de tirarle huevos y agua a todo el que pasa por la calle, tanto que se vio en la necesidad de encerrarse en su casa mientras pasaban esos “tres días de locura”. Han sido reseñada por diversos cronistas, entre éstos Arístides Rojas, las curiosas costumbres de los caraqueños durante estas fechas, entre las que se encontraban también lanzarse aguas fétidas, pintura o harina; y que a lo largo del tiempo fueron cambiando.

III.3.6 El cultivo de café, caña y tabaco

La primera apreciación que tuvo el diplomático sobre la actividad económica en el valle de Caracas, se la dio su amigo el señor Forsythe, caballero estadounidense establecido en la ciudad, quien lo acompañaba en sus recorridos por sus alrededores. Ker Porter reseña de este modo en su diario la opinión de Forsythe sobre la producción e importación de productos:

[El señor Forsythe] reprobó el sistema que todavía mantiene este Gobierno sobre el cultivo y venta del tabaco, que ciertamente frena la industria individual del campesino, al no permitírsele que cultive ni una pequeña porción de tierra para su beneficio propio en la producción de esta planta. No puede cultivar café, ni puede cultivar azúcar, y no porque se le prohíba, sino porque ambos requieren un capital para los etcéteras necesarios para el secado del uno y la extracción del otro. Si al simple nativo se le permitiera vender sus pocas hojas de tabaco provechosamente en el mercado, ello le incitaría a mejorar la cantidad de su cosecha e, igualmente, las ganancias procedentes de tal industria, y el ejemplo produciría el más saludable efecto en la mayor parte de la población montañesa. (Íbidem: 59)

III.3.7 La gente

En repetidas ocasiones cuestiona el carácter propio de la gente, sus hábitos y sobre todo la actitud con la que enfrentan los desafíos que les planteaba el momento histórico que vivían. Desde Bolívar y los representantes del gobierno patriota, hasta el pueblo llano, fueron objeto de sus más duras críticas y digamos también de su más genuina admiración, en el caso del Libertador, referencias que merecen capítulo aparte. El gentilicio utilizado por Porter es el de “colombianos”, pues refiere tiempos en los que pertenecíamos a Colombia, la grande.

Con respecto a la sociedad, sus apreciaciones no dejan de estar cargadas de los prejuicios propios del hombre blanco europeo. Describe los hábitos, sobre todo los de la gente más humilde, con desdén y estupefacción. Una de las costumbres que más lo perturba es la que tienen algunas personas muy pobres de dejar el cadáver de sus hijos pequeños muertos a las puertas de la iglesia principal, para que ésta se encargara del entierro:

He dicho antes que existe la costumbre de dejar los niños muertos a la puerta de la Catedral durante la noche con el fin de que los curas los entierren al día siguiente. Me avergüenza tener que decir que he visto a estos objetos de compasión y desgracia expuestos al sol abrasador durante más de 48 horas sin que se les haya enterrado. Me dijo un nativo muy respetable que a los niños se les entierra sin mucha ceremonia y sin examen previo. Por consiguiente, como el vicio en esta capital se centra sobre todo en las relaciones ilícitas de todas clases, a cientos de estos

pequeñuelos (producto de amores promiscuos) se les da un suave apretón de cuello al venir al mundo y no tardan en aparecer entre las columnas de la Catedral. He oído criticar a los hospitales para niños expósitos por ser alicientes para la fornicación, pero, aun admitiendo esto (que no lo creo), por lo menos evitan este delito que aquí es común: el infanticidio. (Íbidem: 66)

Sin embargo, refiere Ker Porter que en las clases ricas sucedía todo lo contrario. Cuando el hijo del general Santiago Mariño murió teniendo apenas año y medio de nacido, llevaron su cadáver a la iglesia en una especie de camilla, atado a un palo, con dos alas sobre sus hombros y con las manos estiradas; su cara pintada y su cabeza decorada con flores y cintas “como si fuera a emprender vuelo hacia el cielo.” (Íbidem: 83)

Para la realización de los arreglos de la casa que alquiló, contrató a varios obreros, sobre éstos indica: “Todavía estoy ocupado en los arreglos de mi casa, y los obreros nos mantienen a todos en estado de ansiedad, pues el robo es de lo más común y las clases bajas lo consideran como normal,” (Íbidem: 73)

No quedan a salvo de sus críticas sus coterráneos, a quienes tilda de flojos al igual que los venezolanos; refiriéndose a la colonia escocesa que habitaba las tierras de El Topo, a quienes se les había entregado esa gran extensión de terreno para cultivar, resultando que al poco tiempo de haber llegado estaban frustrados, pues la composición del suelo no les permitía usar el arado ni la grada. Éstos además se quejaban del clima y consideraban que había que invertir demasiado trabajo en limpiar el suelo y los árboles, por lo que debían transcurrir al menos tres años antes de que empezara a cosecharse el producto de su labor. “No dudo que estos escoceses (pues casi todos lo son), al igual que los primeros colonos españoles, pensaron que nada tenían que hacer sino cosechar sin las fatigas del trabajo, que el oro y la plata se obtenían casi sin esfuerzo, y que la naturaleza había sido tan prolífica con Sudamérica que, como los perezosos nativos, podían disfrutar de la indolencia y les caería el dinero del cielo.” (Íbidem: 77)

Para 1827 Porter refiere el fracaso de la colonia de El Topo y se lamenta de que estos colonos anden muriéndose de hambre, sin oficio y borrachos, deshonrando a la Gran Bretaña.

Durante las celebraciones por los dieciséis años de la Independencia de Colombia, acontecimiento para el cual el Cabildo había convocado a los extranjeros a las 8 de la mañana a la Plaza Mayor. El inglés describe el acto al que acudió una multitud de personas pertenecientes a todas las clases. Detalla especialmente la frivolidad de las coquetas caraqueñas de las clases más acomodadas, que prefieren privarse de cosas elementales antes de privarse de lucir sus más elaborados atuendos, una clase que aprovecha este tipo de celebraciones principalmente para exhibirse, por más costoso que resulte su alarde. Así lo reseña en su diario:

(...) mujeres de toda clase y color. La mayoría de ellas, de segunda generación de mezcla europea, estaban alegremente vestidas con excelentes trajes negros, adornados con profusión de encaje, cuyo espesor y cantidad demuestran la fortuna de su poseedora, pues en esto son bien extravagantes, y se morirán de hambre o se privarán de cualquier cosa para no dejar de vestirse o adornar sus mantillas con blonda o encaje británico. Llevan grandes y vistosas peinetas en la cabeza, cubiertas de relucientes piedras, que intentan rivalizar con los brillantes rayos de los adornos de sus predecesoras, que ya representaban bien el tipo de las propias nativas. Este agradable grupo se sienta o arrodilla en alfombritas, pañuelos de bolsillo o trozos de trapo, también en esto según su estado; y, devotas o no, asisten a la ceremonia de la misa mayor y acción de gracias, que se celebra con todo el esplendor del catolicismo, disminuido considerablemente de sus medios por esta costosa ostentación. (Íbidem: 88)

En compañía del coronel Stopford y al poco tiempo de su llegada a la ciudad, fue a visitar al general Santiago Mariño y por encontrarse aquel en su casa, fueron recibidos por su esposa, sobre quien hace un dictamen bastante particular: "...No estaba, pero se encontraba su esposa, una persona muy joven y bonita y, me atrevería a decir, a la que no le faltan las ganas de relaciones íntimas. También estaba allí una hija de su esposo, casi de la misma edad que ella, que habla algo de inglés y francés." (Íbidem: 64)

Un claro testimonio de sus prejuicios y desdén hacia las costumbres de los criollos lo encontramos cuando relata un episodio en el que describe en su diario otra de las visitas que hiciera a la casa del General Santiago Mariño. El inglés señala como desvergonzada la forma de vestir de las mujeres, a la vez que ofrece detalles sobre sus frondosos cuerpos, por lo que se evidencia que las observó lo suficiente para describir con detalle sus figuras. A la esposa de Mariño le dedica en diferentes ocasiones sus más lacerantes comentarios, ella es para él hermosa, pero “poco inteligente”, ya que no posee educación. Así lo refiere:

Visité luego al general Mariño (...) Estaba ausente. Su esposa e hija se encontraban en casa, pero con ropa tan escasa que frisaba en lo desvergonzado: sin corsé; sólo una dormilona y una bata, esta última apenas atada a la cintura, constituían toda su vestimenta. Ninguna de las dos es delgada; más bien poseen partes bien ondulantes y redondas, de modo que esta falta de corsé y otros medios necesarios para darles pulcritud, se vuelve todavía más visible. La señora es de cara hermosísima, pero poco inteligente, ya que carece de educación. Llamó a su hijito, un torpe muchachito de 12 o 14 meses. Lo trajo una niñera india, e iba desnudo, lo que parece ser el traje típico de los infantes de este país (...) La forma como se lleva a los niños, varones o hembras por igual, es en la cintura (...) Los niños y niñas, como he dicho, van como vinieron al mundo hasta los tres o cuatro años de edad y la costumbre quiere que ello no se considere indecente. (Ídem: 80)

En otra ocasión refiere acerca de la esposa de Mariño: “Velada en casa del señor Alderson. La señora Mariño vino durante la velada. Carece de los modales más elementales.” (Ídem: 74)

Le generó tanta curiosidad la forma como cargaban a los niños las niñeras, que dejó hermosos testimonios gráficos de esa práctica, tan singular a su parecer y tan familiar para nosotros, pues se trata de la misma forma en que la mayoría de las mujeres aún hoy en día cargan a sus hijos.

III.3.8 La cultura política

En general el diplomático inglés describe a “la masa”, como un pueblo sin educación moral, ignorantes, salvajes que no están preparados para obtener su independencia. Llama la atención la comparación que establece entre la masa criolla “ignorante” y los “salvajes” (indios) a quienes describe como “modestos y hospitalarios”:

He visto muchos estados incivilizados y vivido muchos años entre ellos, y he descubierto que tiene que haber cierto grado de educación (pero más particularmente moral) dentro de la masa antes de que se le entregue la libertad o independencia. Si puedo emitir juicio, pese al poco que llevo aquí, creo que estos sudamericanos todavía están lejos de ese momento: ignorantes, fanáticos, con prejuicios, insolentes, orgullosos y literalmente, carentes de la cortesía común del salvaje. Hay que subir a las montañas entre los indios para encontrar salvajes en estado bárbaro, pero urbanos, amables, modestos y hospitalarios. (Íbidem: 68)

Según su apreciación, la apatía e indolencia del colombiano se extiende a las instituciones y por supuesto a la política. Considera que los nativos padecen una apatía, tanto mental como física, condición que se extiende a las instituciones del Estado: “...no importa cuán enérgicas en forma puedan ser las leyes e instituciones de la nación. La causa parece ser la indolencia, la gran venalidad, la indiferencia (...) A nadie le importa hacer nada, ni siquiera su deber más particular. Pero, ninguno pierde la oportunidad de robarle al gobierno si su situación le proporciona los medios.” (Íbidem: 63)

La avaricia de los empleados al servicio del gobierno la describe de una manera descarnada, que no deja de sorprender a quienes hoy hurgamos en estas páginas en un ejercicio de autodefinición de nuestra identidad política. Al final de esta reflexión, el diplomático introduce palabras del Libertador, lo que le otorga a su crítica una dimensión más profunda:

(...) poco respaldo se dan entre sí aquellos cuyo deber es el de ayudarse para hacer cumplir las leyes. Los celos, el egoísmo y la rapacidad pecuniaria (según me dicen todos) son los motivos

principales de la conducta de casi todos los empleados al servicio del ejecutivo de este país. Si esta conducta es general, y verdadero el ejemplo antedicho de falta de respaldo mutuo por parte de los funcionarios públicos, creo que las palabras del propio Bolívar serán ciertas: (69)

“Un pueblo pervertido, si alcanza su libertad, muy pronto volverá a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud; que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles y todo debe someterse a su benéfico rigor: que las buenas costumbres y no la fuerza, son las columnas de las leyes: que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad.” (Bolívar citado por Porter: 69)

Otra interesante valoración que realiza sobre las prácticas de la dirigencia política del país y el ejercicio de la justicia, la encontramos cuando resalta la conducta del general Juan Escalona, patriota destacado desde 1810 y gobernador para tiempos de la llegada de Porter. Aquel en una ocasión ejerciendo sus funciones, amonestó a un sujeto propietario de una casa de juego, que había ganado grandes sumas de dinero, haciendo perderlo todo a otros. El general Escalona le advirtió al sujeto que si no desistía de esa actividad tomaría él mismo medidas para ponerle fin, a lo que el amonestado respondió: “...que la gente más importante de la ciudad la frecuentaba y que tanto el general Páez como el general Mariño estaban allí todas las noches.” Escalona respondió que no le interesaba quiénes iban y que emplearía su autoridad para acabar con “semejante antro de vicio”. A las pocas semanas uno de los edecanes de Páez visitó al gobernador y le dijo que su jefe le mandaba a decir “que estaba sumido en el juego en la casa de juego que Su Excelencia quería suprimir y que, si S. E. se atrevía a poner coto a lo que allí sucedía, que fuera él mismo a hacerlo.” (Íbidem: 69)

III.3.9 Bolívar en Caracas

La llegada de Bolívar se venía anunciando desde antes que terminara el año de 1826. Sir Robert expresa su ansiedad en muchas ocasiones en las que el rumor de que El Libertador se dirigía a Caracas se expandía entre los ciudadanos. Por fin el 4 de enero de 1827 se anunciaba oficialmente su llegada a Valencia, por lo que muchas personalidades se dirigieron desde Caracas a su encuentro para acompañarlo de regreso a su entrada a su ciudad natal. Porter estaba esperanzado que la llegada de Bolívar acabara con los odios mezquinos, la envidia, la malicia y el rencor partidista, que venían obstaculizando el camino para la estabilidad de la república.

Aunque no se sabía con certeza el momento en que entraría a la ciudad, mucha gente había salido a su encuentro pues se decía que ya estaba por llegar a La Victoria, que estaba a unas 50 millas de distancia. Había mucha expectación entre los caraqueños, que se aglomeraban bordeando las calles con gran regocijo. Se habían dispuesto numerosos arcos decorados con flores, laureles y palmas; con inscripciones de lemas patrióticos alusivos a Bolívar y Paéz. Los extranjeros llevaban banderas de sus naciones. Porter también esperaba con inquietud su encuentro con Bolívar: “podemos esperar ver este extraordinario personaje después de haber estado ausente de su tierra natal durante seis años, dedicado a resolver las diferencias de otros y, por fin, de regreso para solucionar las propias.” (Íbidem: 179)

El pueblo adornó sus casas con ramas y palmas entrelazadas y puso en las ventanas banderas de colores, también se acicaló y vistió sus prendas más alegres. Muchos vistieron trajes “al estilo del país” con los colores de la bandera nacional. También los extranjeros residentes en la ciudad a caballo o en mula, se dirigían en masa a recibir al héroe de la República. Militares, funcionarios municipales, colegiados, sacerdotes y una infinidad de personas de todas las clases y colores y de todas las inclinaciones políticas “borrachas y sobrias, a amontonarse apretarse y transpirar en la gloriosa entrada que iba a escenificarse.” (Íbidem: 180)

Bolívar es recibido por un carruaje guiado por un comerciante alemán. Llegó con Páez, ambos “espléndidamente vestidos con sus uniformes más elegantes”. El vehículo iba precedido por las autoridades locales, por oficiales y edecanes; luego por los extranjeros con sus estandartes y por la caballería voluntaria de la ciudad. La gente gritaba locamente vivas a Bolívar, a Páez y a Colombia mientras disparaban pistolas, escopetas y cohetes. Las ventanas y balcones estaban repletos de damas ataviadas con sus más vistosos trajes, quienes le lanzaban flores y agua de rosas a Bolívar. “Hacía un calor y varios otros etcéteras propios de las calles estrechas atestadas de personas que iban desde el negro azabache hasta lo que se llama blanco aquí.”, refiere el diplomático, sin embargo le place ver tantas expresiones de alegría y entusiasmo. Muchas mujeres, sin distinción de color ni clase, lloraban de alegría ante la llegada del Libertador. Bolívar se inclinaba ante todos quitándose el sombrero.

Uno de los momentos más emotivos referidos por Porter sobre el Libertador refiere el momento de su entrada a la Catedral: “...se pudo observar, al entrar el Presidente en la iglesia, una lágrima grande cayendo de sus ojos: en verdad sus sentimientos eran envidiables en el grande e inmortal nombre que se ha labrado. De ahí caminó hasta su mansión, donde esperaban su llegada multitudes de parientes y amigos...” (Íbidem: 181)

En su casa finalmente el diplomático le es presentado a Bolívar y establece con él una conversación de aproximadamente veinte minutos, en la que el Libertador le expresa la gratitud de Colombia y la suya propia, “por la firme amistad que Inglaterra siempre había demostrado al país desde el logro de la independencia.”

Durante aquel día se hicieron brindis patrióticos, se dijeron discursos, se realizaron emotivos actos a cargo de niños que portaban banderas que representaban las naciones. Los festejos se extendieron durante ocho días, sobre todo en la plaza, donde los ciudadanos acudían a cantar y festejar. “Turbas colgadas

de las barras de hierro de las ventanas de la mansión de Bolívar, por la mañana, por la tarde y por la noche, como si fueran monos.” (Íbidem: 182)

Para la crema y nata de la sociedad capitalina hubo dos cenas bailables; una en casa del señor Madriz, con un numeroso grupo de comensales “...en el mismo cuarto donde Bolívar había nacido hacía casi 44 años (...) después de haberse brindado por la salud de S. E. , hizo un discurso muy conciso, pero excelente, a los presentes, refiriéndose a que se encontraba en su casa natal...” (186), y otra cena en casa del Marqués del Toro, ubicada a un par de millas fuera de la ciudad. El trayecto hacia la casa del marqués estaba adornado de palmas, plátanos, laurel, cortinas, banderas y flores; como solía estar cualquier camino por donde transitara el Libertador. Las calles estaban atiborradas de gente esperando su paso, en una delirante alegría. Así lo reseña en su diario Ker Porter:

Estas demostraciones de alegría alcanzaban al más humilde de los colombianos en el último extremo de la ciudad; cuyos oscuros grupos aquí y allá se meneaban en un ilegítimo fandango al son del rasgueo de una guitarra de negros acompañada por el repiqueteo rítmico de una cantidad de guisantes secos en una caja cilíndrica. Al compás de esta armonía -si es que así puede llamársele- cantaban y bailaban estos grupos delirantes de alegría, divirtiéndose hasta el regreso de su jefe favorito, para poder echarle otra mirada a quien sin duda era su ¡Libertador! (Íbidem: 183)

Una semana después de la llegada de Bolívar a Caracas, Porter escribe: “...Ayer transcurrió sin mayores demostraciones de alegría: y el ruido ha disminuido bastante, supongo que porque se le ha acabado la pólvora a los negros.” (Íbidem: 184)

Otra avalancha de celebraciones y algarabía se desató en el pueblo de La Guaira cuando se anunció la visita del Libertador. Tropeles de caraqueños a pie, en mulas o caballos se desplazaban para participar en los festejos, “Muchas de nuestras (sic) alegres mujeres habían caminado toda la noche para asistir a la fiesta de La Guaira, seguidas por sus criadas negras con la cabeza cargada de cestos y bultos de todas clases en los que llevaban los vestidos de gala, etc. de sus amas.” (Íbidem: 190)

III.3.10 El Libertador

Durante la visita de Bolívar son varios los encuentros que mantiene con Porter, quien describe así al padre de la patria: “Es más bien de baja estatura, muy delgado y de aspecto frágil; de tez oscura, cetrina; buenos ojos oscuros y penetrantes, una expresión de solemne reflexión; no sonríe pero posee una dulce tranquilidad y bondad en el comportamiento. Buena frente, más bien despoblada de cabello, lo que añade mucho a su expresión general. Parece tener más de cincuenta años, pero no pasa de los 44.” (Íbidem: 182)

Una comida ofrecida en honor al Libertador, en la que abundaron frutas, dulces y una infinidad de viandas; cerró, como era costumbre, con profusas manifestaciones de exaltada admiración, hasta el punto de llegar a concederle a Bolívar honores divinos. Porter expresa: “...no creo que ningún soberano, grande o pequeño, haya sido jamás tan abrumado de adulación y disparatada hipocresía. No digo que no merezca todo lo que se dice de él, por su magnanimidad, talentos y virtudes como jefe político, ¡no!, pero esta gente es demasiado incivilizada como para saber moderar sus expresiones de alegría o circunscribir sus sobrecargados sentimientos de adulación.” (Íbidem: 182)

Durante conversaciones que sostuvo con Bolívar, éste le expresó al diplomático su preocupación, entre muchas cosas, por investigar los asuntos públicos, reestablecer la confianza y poner orden en la renta comercial de los departamentos. La opinión de Porter acerca de esto es que primero había que “refrescar” la honestidad y virtud de los funcionarios, tarea difícil según su parecer, pues “...la corrupción de los gobernantes y sus satélites durante su ausencia es la causa del descontento y la rebelión que actualmente aquejan a la República” (184). “La tarea que tiene por delante el Libertador es dura e ingrata, y lo es más cada hora que pasa (...) Así se estrellan los proyectos y bondadosos actos del Libertador para la futura dicha de un pueblo ingrato.” (Íbidem: 217)

El Libertador le expuso a Porter abiertamente el estado ruinoso y desesperado de la República y se lamentaba al reconocer que esta triste situación

era el resultado de la mala administración de sus finanzas. De estos fraternos encuentros el diplomático cuenta que Bolívar, al entrar más en confianza con él, era extremadamente amable y modesto en su trato. De esta manera lo refiere:

Bolívar reconoce que la deuda interna asciende a 71 millones de dólares, en papeles, que debe pagar el gobierno. Son centenares los individuos que han especulado desenfrenada y muy usureramente (...) apenas hay un empleado del Estado que no haya tenido el dinero de este a su alcance y no haya traficado con él en esta especulación antipatriótica (...) Es notoriamente conocido que la mayor parte de lo que Gran Bretaña adelantó ha sido inútilmente dilapidado en ostentaciones innecesarias (...) entre los patriotas que ocupan altos cargos... (Íbidem: 193)

III.3.11 Los retratos de Bolívar

En su diario, Porter refiere con bastante frecuencia los ratos dedicados al dibujo. Uno de sus temas más recurrentes fueron los bocetos de personajes, tanto conocidos como gente pintoresca que quiso immortalizar en sus trazos. Recordemos la función que los retratos cumplían en la sociedad desde hacía siglos, cuando se buscaba por medio de ellos immortalizar notables figuras de la vida pública, desde reyes hasta políticos o intelectuales. En muchas ocasiones el retrato sustituía físicamente al retratado en actos sociales o de masas, como sucedía y sigue sucediendo cuando se le rinde homenaje a personas fallecidas o que simplemente están ausentes.

No es solamente una representación icónica, es decir, lo más fiel posible a la persona que se estaba retratando; también se le adjudicaban al personaje atributos que eran manifestados simbólicamente, como el poder, la valentía, la nobleza, el recato, la sumisión, el dolor, la sabiduría o el coraje; expresados a través de expresiones, perspectivas, planos, elementos ornamentales, blasones heráldicos objetos o animales.

Porter hizo varios retratos del Libertador. El primero es referido en su diario el 21 de noviembre de 1826, y lo realiza cuando María Antonia Bolívar, hermana del Libertador, le permite realizar un boceto de un cuadro que le hicieran a éste en

Lima. El segundo lo realiza durante la estadía de Bolívar en Caracas en 1827. Sobre este último escribe el día 20 de febrero de ese año: "Hoy fui a casa de Bolívar a las 10 y empecé un dibujo de él que pienso enviarle al señor Canning como obsequio cuando esté terminado". (Íbidem: 194) El 10 de marzo escribe: "Fui a casa del Libertador a la 1 y terminé el dibujito que estoy haciendo de él. Mientras yo estaba ocupado me entretuvo e interesó mucho relatándome acontecimientos relacionados con él durante la marcha de la revolución..." Por estas anotaciones sabemos que no sólo retrató a Bolívar sino que además lo hizo en su viva presencia. De esta imagen del Libertador hizo varias copias. El 5 de mayo escribe: "Ocupado todo el día en completar mi propio retrato de Bolívar, de cuerpo entero. Espero que adorne la sala de mi madre junto con otros no menos ilustres pero más venerados. (Íbidem: 215) El 23 de mayo reseña: "Terminé el dibujo suyo que le había prometido al Libertador y se lo llevé." (Íbidem: 219)

III.3.12 El escudo de armas

Por petición de Manuel Felipe Tovar, diseña en 1836 el escudo de armas para la República. El 26 de marzo de ese año escribe: “El señor M. F. Tovar (del congreso menor) vino a verme para pedirme consejo y ayuda en la confección de un escudo de armas para la República; y al hablar de los emblemas más convenientes le dije que le haría un boceto....” (755) El lunes 4 de abril termina el boceto.



Escudo de Venezuela, Robert Ker Porter

El jueves 5 de julio de 1827, al romper el alba, el Libertador salió de su amada Caracas para no volver. Sir Robert lo despidió en el puerto desde donde se embarcó hacia Cartagena: “...no encontré nada más que decir sino mis adioses a este grande, glorioso y puro patriota quien, con dificultad, saltó a la briosa barca cuando se erguía sobre la espuma para recibir su preciosa carga (...) Así pues, nos volvemos a encontrar sin nuestro protector y padre de la Patria.” (Íbidem: 232)

III.4 Ferdinand Bellermann (1814-1889)

Ferdinand Konrad Bellermann, fue un pintor y naturalista nacido en Erfurt, Alemania, en 1814 en el seno de una familia con escasos recursos, a la que tuvo que ayudar económicamente desde niño, debido a la muerte de su padre. En 1828 entra a la Freie Zeichenschule, Escuela Libre de Dibujo de Weimar, donde estudió paisajismo. Allí estableció una gran amistad con el pintor Friedrich Preller quien lo acompañaría en diferentes viajes que afinarían su interés por la observación de la naturaleza. En 1833 da continuidad a sus estudios de pintura en la Academia de Berlín, donde sería discípulo de Karl Blechen, uno de los pintores más reconocidos del paisajismo alemán.

Humboldt estaba impulsando el descubrimiento científico de las regiones tropicales y pretendía también ampliar la perspectiva en los motivos del paisajismo europeo. Casualmente, según refiere Löschner (1977) Bellermann conoce a un comerciante hamburgués que le ofreció un pasaje gratuito a Venezuela y, sin duda influenciado por los relatos de Humboldt en el *Viaje a las regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, ampliamente difundida en Europa, se interesó en aceptar el ofrecimiento a viajar a tierras tan lejanas.

Ya Humboldt había financiado los viajes de estudio a Latinoamérica del pintor Johan Moritz, en su interés por apoyar la representación pictórica del paisaje tropical. Al enterarse del interés de Bellermann en venir a Venezuela, no dudó en darle su apoyo, materializado en una carta de recomendación y las gestiones para que recibiera un apoyo financiero de Federico Guillermo IV de Prusia. Este apoyo lo comprometía a entregar su obra en y sobre Venezuela a los museos reales de Berlín, por lo que este material aún forma parte de las colecciones de los museos de esa ciudad.

Con la contundente ayuda de Humboldt, el pintor llega al país el 10 de julio de 1842 y recorrió su geografía durante tres años. La Caracas a la que llega el pintor era un pequeño poblado aún marcado por las cicatrices de las guerras y del

terremoto acontecido treinta años atrás. Pero Bellermann, desde su mirada de artista logra ver en aquel valle de ruinas "...un país lleno de luz, de palmeras, con una fauna de riqueza extraordinaria y una gente de una sencillez conmovedora." (Boulton, prólogo a Löschner, 1977) Pudiéramos decir que la obra de Bellermann sobre Venezuela es una historia del país contada en imágenes o como la definiera Rafael Romero en su prólogo a la edición de sus *Diarios* (2007), en la obra de Bellermann "...asistimos a una epifanía de nuestro propio paisaje, de la gente que lo habitaba, de nuestro propio gentilicio...".

Este pintor de paisajes vegetales y urbanos, como lo llamaría José Ángel Rodríguez, dejó una colección de obras en las que retrata como nunca se hizo antes de él, el paisaje venezolano. Su aporte es invaluable, no sólo por el valor artístico de su obra, sino porque representa un testimonio iconográfico de la Venezuela de su tiempo que tiene un enorme valor documental. Sobre la relación de Bellermann con Venezuela sostiene Alfredo Boulton en el prólogo de "Bellermann y el paisaje venezolano, 1842-1845":

Hay hombres cuya acción los convierte, en cierto modo, en parte integrante del cuerpo físico de un país. Uno de éstos es precisamente el pintor alemán Ferdinand Bellerman, quien nos descubre el rostro de Venezuela y de Caracas en un momento de nuestra historia, al salir de uno de sus más oscuros pasajes, rasgado por dos tremendos acontecimientos: la Guerra de la Independencia y aquel terremoto de hacía treinta años, cuando murieron cerca de seis mil personas. (Boulton, 1977:11)

Como viajero experimentado y acucioso, Ferdinand Bellerman llevaba en sus recorridos cuadernos en los que anotaba minuciosamente sus observaciones y vivencias más relevantes, acompañadas de estudios ejecutados con grafito. Los seis diarios recogidos durante su permanencia en Venezuela, entre 1842 y 1845, son propiedad de su bisnieto, Peter Bellermann. La traducción al español fue hecha por Nora López y publicada en 2007 por la Galería de Arte Nacional. Antes de esta edición sólo se conocían en español los fragmentos de sus diarios encontrados en el trabajo que Renate Löschner le dedicara a la obra del pintor alemán.

Durante el tiempo en que se estableció en Caracas, pudo recorrer Macuto, Maiquetía, La Guaira, Antímano y La Colonia Tovar; sitios de los cuales dejó hermosas estampas.

Realizó sus bocetos al óleo y en témpera, sobre cartón o lienzo. “Se preocupaba por reproducir la impresión inmediata del paisaje, analizando profundamente la luz del ambiente. En muchas representaciones captó modificaciones de colores en la naturaleza debidas a fenómenos atmosféricos” (Löschner, 1977: 21)

Bellermann recorrió también La Victoria, San Mateo, Maracay, Puerto Cabello y San Esteban, lugares de los que dejó testimonios gráficos. Entre sus expediciones más extraordinarias están las que hizo por exhortación de Humboldt a los Andes y a la Cueva del Guácharo, a ésta última iría en compañía de Karl Moritz y Nikolaus Funck, quienes lo instruyeron en el conocimiento de la botánica. A mediados de 1843 partieron desde Cumaná hacia Caripe y según relata Löschner, encuentran el camino hacia la cueva igualmente salvaje de cuando lo recorrió Humboldt cuarenta años antes. En 1843 parte desde Puerto Cabello hacia Angostura y antes de que terminara ese año pudo llegar al Orinoco. Acampando en las riberas del río, durante el recorrido, pudo entrar en contacto con los criollos e indios y conocer directamente sus formas de vida. El año siguiente se establece en Caracas, desde donde recorre Galipán y la Colonia Tovar, allí el artista realizó una obra que documenta el aspecto de la población en sus primeros años.

A finales de 1844 inicia junto a Moritz su viaje a Mérida desde Maracaibo, con una nueva ayuda que les diera a ambos el rey de Prusia por petición de Humboldt; quien estaba especialmente interesado en que sus discípulos visitaran esta región a la que él no había podido llegar. Según Löschner el director de los museos reales de Berlín, Ignaz von Olfers, también le dio su apoyo a Bellermann para esta empresa, que sin duda resultaría sumamente costosa. En compañía de su amigo naturalista, transita los caminos de Betijoque, Escuque, La Puerta y Timotes; hasta llegar al Páramo de Muchuchíes y desde allí, por la vía de Mucurubá

y Tabay, finalmente arriban a Mérida, donde permanecieron hasta el 11 de marzo de 1845.

Una semblanza de este pintor aventurero, su aprecio por la vida sencilla y su genuina fascinación por nuestra geografía, a la que le dedicó más de cincuenta de sus obras, nos la ofrece Helga Weissgärber:

En sus largas correrías a caballo o mula, Bellermann llevaba siempre consigo una hamaca que colgaba sin recelo en cualquier choza que encontrara para pasar la noche. Se sentía satisfecho con cualquier alojamiento, aun cuando tuviera que compartirlo con los propietarios, más todos sus animales domésticos, pulgas incluidas. Comía todos los alimentos, sobre todo cuando había hermosas hortalizas. Prudentemente no curioseaba en las cocinas. Las diversas cartas de recomendación que había traído de Berlín facilitaron la estadía del artista en Venezuela. Una en particular demostró ser especialmente afortunada, la había expedido un señor de apellido Otto y estaba dirigida a G.J. Vollmer, en Caracas. Vollmer fue un protector bondadoso, quien le encargó pintar su hacienda El Palmar cuando se agotó la bolsa de viaje de Bellermann y, de esta forma, lo ayudó a salir del apuro. Entre los generosos anfitriones del pintor se cuenta también el cónsul hamburgués Blohm, cuya gentil esposa solicitó a Bellermann que dibujara una vista desde la ventana de su casa en Maiquetía. Por esa circunstancia, Bellermann debió faltar a un compromiso con Carl Moritz y Nikolaus Funck para subir juntos la Silla de Caracas. Pero más tarde se alegró de no haber podido tomar parte en esa excursión, porque los naturalistas descuidaron la fogata nocturna que habían encendido en su campamento y causaron un gran incendio forestal en la montaña. (Weissgärber , 2011)

La expedición a Los Andes había afectado notablemente su salud y se encontraba además sin recursos financieros para continuar sus travesías. Despedirse del país que había llegado a amar tanto fue muy difícil para él y aunque los amigos que había logrado hacer en Venezuela trataron de persuadirlo de que no viajara estando en esas condiciones de salud, las condiciones económicas en las que se encontraba no le dieron otra opción.

El 28 de septiembre de 1845 Ferdinand Bellermann se despidió de nuestro país desde Puerto Cabello, cuyo muelle y cielo inspiraran algunas de sus más hermosas obras. Él fue testigo de varios hechos relevantes de nuestra historia,

como la llegada de los restos del Libertador al puerto de La Guaira en diciembre de 1842, acontecimiento del que dejó una detallada descripción.

Durante el tiempo que permaneció en Venezuela, Bellermann no se limitó únicamente a ver y registrar lo que sus ojos veían. El pintor profundizó en el estudio de la naturaleza del país que estaba representando en sus obras. Su amistad con Moritz y Funck le permitió indagar en el conocimiento de la flora y de la fauna. Era un estudioso de la obra de Codazzi, dedicada a la Geografía de Venezuela, además de haber compartido con él muchos encuentros.

La naturaleza es el motivo más recurrente en su obra, aunque también incluye paisajes urbanos y escenas de la población, en especial personajes sencillos realizando la faena, campesinos e indígenas. Nos arriesgamos a afirmar entonces que Bellermann es un cronista visual, que a través del pincel retrata un tiempo y un acontecer. Bellermann poseía también conocimientos botánicos que le permitían reconocer las peculiaridades de los paisajes representados.

En diciembre de 1991, la Galería de Arte Nacional de Venezuela presentó la muestra más amplia que se haya hecho sobre la obra de este pintor dedicada a Venezuela, en una exposición titulada “Ferdinand Bellermann en Venezuela. Memoria del paisaje 1842-1845”.

III.4.1 Llegada a La Guaira

Ferdinand Bellermann inicia su viaje hacia La Guaira en el puerto de Hamburgo el 24 de mayo de 1842, a bordo de la goleta *Margareth*; en la que se embarcó también un grupo de carpinteros suecos que emigraba a Venezuela. Casi dos meses después, el 10 de julio, las majestuosas montañas de la cordillera costera venezolana se revelaban ante sus ojos y el pintor apuntaba en su diario:

Ante la vista de las magníficas e imponentes montañas de la costa me di cuenta de cuán insuficientes son las meras narraciones de viajes, incluso las mejores, para describir con exactitud el carácter exótico y único de un país. Pienso que lo principal debe ser siempre las ilustraciones y que el texto sólo debe acompañarlas.

A las dos de la tarde anclamos en el puerto de La Guaira, entre un barco de guerra norteamericano de tres mástiles y una goleta de guerra francesa... (Bellermann, 2007: 42)

El desembarco en el muelle de La Guaira fue arriesgado y peligroso, pues por el fuerte oleaje los botes no podían arrimarse ni mantenerse fijos sin sufrir daños. Los botes locales asistían a las embarcaciones para sortear los embates de la marea y lograr el desembarco; pero por ser domingo, no pudieron valerse de esta ayuda, por lo que le tocó llegar a tierra saltando. Lo acompañaban el capitán de la goleta, el señor Peters; el señor y la señora Rühls y el señor Behrens, quienes se habían embarcado con el pintor en el puerto de Hamburgo.



La Guaira desde el camino de Maiquetía, Bellermann

Sus primeras impresiones sobre los venezolanos contrastan con el deslumbramiento experimentado ante el paisaje:

Pasamos directamente del muelle a la ciudad por la puerta; una parte de este muelle cerca de la puerta está techado, alrededor de allí y en la puerta se podía ver una colección completa de los rostros más desagradables en todos los colores: tipos tirados por ahí escupiendo por entre los dientes, algunos tenían pájaros enjaulados, otros monos, que de haber sido del tamaño de los señores no se habrían visto muy diferentes (...) nos encontramos en primer lugar con un tipo totalmente negro azulado que no llevaba encima más que un pantalón al que le faltaba una pierna y el fondo trasero, pero que, por lo demás, andaba con tanta gravedad como si fuera un Grande de España. En una esquina había varias mujeres negras y amarillas sentadas o acostadas, con pocas ropas, que tenían algunos niños totalmente desnudos y formaban un grupo ciertamente pintoresco pero también repugnante. (Íbidem: 43)

En su testimonio afirma el pintor que la mayoría de las calles de La Guaira estaban en malas condiciones y se evidenciaban aún en ellas las secuelas del terremoto de 1812. Las mejores casas tenían dos plantas, con una galería de rejas en el piso superior. Los comerciantes poseían almacenes que eran tienda, depósito y oficina a la vez. Las ventanas tenían rejas con celosías. La plaza del mercado estaba muy sucia y permanecía cerrada por tres lados con "barracas miserables". Por ser domingo sólo encontró allí a unos negros vendiendo cebollas y muchos burros de carga. En el correo encontró europeos y compatriotas, vestidos muy elegantes, que habían acudido a recibir las cartas que traían el pintor y sus acompañantes. Los únicos militares que pudo ver en La Guaira fueron dos guardias que se encontraban a las puertas del correo, uno de ellos estaba descalzo, ambos vestían de lino blanco y portaba cada uno una vieja bayoneta. Su anfitrión, el señor Lange, amigo de Behrens y del capitán Peters, los llevó a una casa club administrada por un alemán, que Bellermann describe como un lugar muy bonito, aireado y fresco, con piso de ladrillos, en el que se podían encontrar periódicos y otros escritos de interés para los comerciantes.



Calle en La Guaira, Bellermann

A las cinco de la tarde una retumbante campanada anunció la hora de comer y se dirigió con el señor Lange a la *Posada Neptuno*, un bonito establecimiento ubicado en una segunda planta, con vista al puerto. De ese momento Bellermann nos deja una estampa tan ricamente descrita que nos convierte en testigos de aquel encuentro:

La comida fue muy buena, abundante y variada, aunque bastante europea, pero todo fue servido de una vez y cada uno comió lo que quiso y cuanto quiso; el servicio también fue muy bueno, y los tenedores, cuchillos y cucharas eran cambiados a menudo. De sobremesa tomamos café, el cual estaba en una especie de antesala y cada uno se servía a su gusto; había pequeños braseros para encender los cigarros. Todo el local era bastante elegante, en las paredes había aceptables grabados de colores y en la entrada del comedor, contra la pared, había calderas con grifos y palanganas, además de toallas, para lavarse las manos. (Íbidem: 44)

Durante los días que permaneció en La Guaira tuvo varios encuentros con alemanes establecidos allí, como los señores Blohm, Reiken, Grotsand, Weymar, Strom y Hoffmann; aunque siempre pernoctó en el *Margareth*. En un recorrido por las calles de esta población al anochecer, recordó las descripciones que había leído

y escuchado antes de su viaje. Frente a las posadas se oían canciones y música de guitarras y había gente bailando; en el muelle otros dormían en el suelo, relata.

III.4.2 Puerto Cabello

Después de permanecer cuatro días en La Guaira, embarcó de nuevo el *Margareth* acompañando al señor Rühls rumbo a Puerto Cabello, a donde llegaron en medio de una fuerte lluvia al día siguiente. Allí se estableció con la ayuda de varios compatriotas, sobre todo del hermano de la señora Rühls quien le consiguió alojamiento en casa de una viuda de apellido Holt, quien "...tenía unas hijas bastante lindas..." y un hijo al que había conocido en La Guaira, capitán de una goleta costera.

La ciudad de Puerto Cabello estaba dividida en tres barrios separados entre sí por espacios sin construcciones. Allí Bellermann visitó *La Vista*, un cerro que tenía un castillo que se elevaba en las llanuras detrás de la ciudad; y el cerro El Vigía, en cuyo camino pudo encontrar ruinas de varias edificaciones grandes.



Fortín de Puerto Cabello, Bellermann

Durante este paseo, cuando bordeaba el cementerio, tuvo un encuentro con habitantes del lugar, del que destaca en su relato la reacción de aquellos ante su presencia:

(...) llegué a una choza que estaba habitada por una pareja de criollos y que se veía muy pobre; para esta gente yo era un fenómeno de la cabeza a los pies. Mi ropa, el material de que está hecha, todo lo inspeccionaron en detalle y lo admiraron, la mujer me tomó de la mano y examinó con gran regocijo el anillo y me acarició la mano; el hombre examinó con la misma atención la llave del reloj que colgaba fuera de mi bolsillo, me sacó el reloj, lo examinó, se deleitó con él como un niño y lo volvió a meter en mi bolsillo. Por primera vez se me ocurrió pensar que en mis paseos podía encontrarme fácilmente con admiradores apasionados de relojes y anillos y decidí que nunca más llevaría los chismes encima. Sin embargo, los adoradores de ese momento no me asustaban en lo más mínimo, pues los inspeccionaban con gran candidez, y cuando, a su pedido, les mostré el mecanismo de la silla de campaña, su alegría se desbordó en ruidosa sorpresa. (Íbidem: 49)

Luego del encuentro referido en la anécdota, Bellermann continuó su recorrido hacia la población de San Esteban, región ubicada en el tramo Occidental de la Cordillera de la Costa, al sur de Puerto Cabello; una de las regiones preferidas por los viajeros alemanes que transitaban el país.

El camino hacia San Esteban era recorrido por mulas y burros que transportaban mercancía entre las poblaciones aledañas; desde allí pudo apreciar hermosas vistas de Puerto Cabello y del mar. En el trayecto se encontró a un hombre muy conversador que lo invitó a acercarse a una casa ubicada en el camino en la que funcionaba una destilería y allí se dispuso a desayunar:

Un hombre muy simpático estaba en un cuarto grande, tendido en una hamaca, fumando y leyendo. Pedí algo de tomar, y a su mandato un muchacho negro puso sobre la mesa una botella de madeira y una de agua que yo mezclé según las costumbres locales, bebí varias veces y después pedí también algo de comer (...) No había pasado mucho tiempo cuando llegó mi posadero y me mostró que el desayuno estaba listo. Consistía en sopa, carne asada y frutas, para terminar chocolate; mi posadero comió rápido y poco, yo en cambio me serví bastante y también paladeé el madeira, luego me levanté y quise pagar, pero mi anfitrión me dio a

entender que él no era ningún posadero y que su casa estaba mi disposición si yo quería pasar la noche en ella. Yo me impresioné mucho y estaba completamente avergonzado, pues había ordenado todo sin ceremonias, como en una posada... (Ibidem: 50)

La exuberante vegetación del trayecto captó el interés del curioso viajero. Allí se abrió paso entre palmeras y árboles cubiertos de enredaderas. Sólo su fascinación por la vista que le ofrecía el entorno pudo mitigar el agotamiento durante este recorrido. Durante su permanencia en Puerto Cabello realizó varios paseos junto a varios de sus compatriotas, como Sonntag o el señor Glöckler quien poseía una hacienda en San Esteban cuya belleza inspiró a Bellermann algunos de sus más bellos bocetos y lienzos.



Hacienda de azúcar en San Esteban, Ferdinand Bellermann

Sobre su estadía en este valle refiere en su diario: “Ese tiempo que pasé allí pertenece a los más hermosos de mi vida, y lo que antes ocupaba todos mis recuerdos de viaje, a saber, mi estadía con el amigo Schreiber en Ilsenburgo, ahora tiene un paralelo.” (Íbidem: 54)

Bellermann estudió los bosques y cañadas de las montañas de Valencia, cuya vegetación era magnífica, pero difícil de penetrar. Pintaba diariamente al aire libre, algunas veces metido en el agua o soportando un calor sofocante o la lluvia.

Los recorridos que conformaban el itinerario dependían siempre de la disponibilidad de pastizales donde los animales pudieran alimentarse y de los albergues disponibles para pernoctar. Algunos de los sitios más interesantes para los científicos viajeros no cumplían estas condiciones, lo que muchas veces retrasaba el tiempo establecido para cada viaje.

III.4.3 El camino hacia Caracas

El 4 de diciembre de 1842 se embarcó de Puerto Cabello hacia La Guaira para presenciar los actos en honor a llegada de los restos del Libertador. El camino entre La Guaira y Caracas no le resultó tan interesante como lo había imaginado. Se recorría durante media hora a la orilla del mar hasta Maiquetía, donde se iniciaba la subida. Sobre este trayecto describe:

Un punto del antiguo cerco de fortificaciones se llama El Salto, allí hay un puente sobre una cañada y existe la leyenda de que una vez alguien saltó desde ahí. Se tienen muchas vistas hermosas del mar; es curioso, en el lejano horizonte parece que el mar casi no se puede diferenciar del aire, pues uno ve también las nubes sobre el mar como el cielo. En todas partes del camino se observa la más fantástica florecencia, árboles y arbustos; todo resplandece con la mayor magnificencia. (Íbidem: 61)



Camino entre La Guaira y Caracas, Bellermann

Después de desayunar en una posada llamada “La Venta” llegó a la parte más plana del camino a la que llamaban “La Cumbre” desde donde pudo observar el gran valle de Caracas. Al igual que otros viajeros, su primera referencia sobre este lugar es el impacto que le generó ver las ruinas del terremoto que había azotado la ciudad en 1812.

III.4.4 Caracas

La puerta de Caracas estaba a media hora de la ciudad y el recorrido se hacía entre las ruinas y los escombros del terremoto. Por cada mula que pasaba por La Puerta había que pagar un real, sin embargo el camino desde La Guaira estaba en muy malas condiciones. Ya en la ciudad las calles eran regulares, aunque mal empedradas. Allí se hospedó en la Posada del León Dorado, donde conoció a Wegener, un alemán fabricante de sombreros con quien salió a cabalgar en la noche. Durante este paseo vio a un grupo de nueve indios, ocho hombres y una mujer de color cobrizo oscuro que vestían taparrabo de paño azul y cargaban bultos a sus espaldas, arco y flechas en las manos y tenían un gorro de paja. Acerca de este encuentro señala: “Una conversación con ellos era imposible, pues su jefe hablaba casi tan poco español como yo y los otros nada en absoluto. El primero era un hombre hermoso, muy fuerte, con cabello negro largo, los otros también se veían bien.” (Íbidem: 62)

En su diario también ofrece su impresión sobre las mujeres de Caracas, opinión que es compartida en general por sus coterráneos:

(...) el señor Wegener nos había invitado a contemplar desde su casa a las bellas caraqueñas, camino a la iglesia, y en verdad respondían a su fama, pues uno veía muchas damas y notablemente hermosas, lo que sorprendía cuanto más que en otros lugares se ven pocas mujeres locales verdaderamente hermosas. (Íbidem)

Y más adelante señala:

(...) aquí las damas llevan normalmente en la calle lo que entre nosotros sólo en bailes; sobre todo la gente más pobre, que vive en chozas miserables, usa los domingos sus trajes blancos y velos de fantasías, una visión que sorprende singularmente.” (Íbidem: 66)

Su amigo y compatriota, el señor Vollmer, lo invitó a hospedarse en su casa durante las ceremonias en honor a Bolívar y le pidió que recogiera en sus dibujos tan importante acontecimiento.

La llegada de los restos del Libertador estaba prevista para el 15 de diciembre, pero los preparativos se habían iniciado desde el 13. Se pintaron e iluminaron las calles y se adornó la plaza del mercado con ramos de palma y colgaduras de luto mientras la milicia realizaba sus ejercicios. Desde La Guaira, a donde arribaron los restos, el camino estaba adornado con arcos triunfales, erigidos para el paso del cortejo. En Caracas Bellermann asistió a los actos en compañía de su amigo Vollmer. Cientos de personas esperaron la llegada del cortejo a la capilla de La Trinidad, donde, según su testimonio, los restos de Bolívar serían llevados provisionalmente.

El 17 de diciembre continuaban los actos. Sacaron el féretro de la capilla en un carruaje. Lo acompañaba el Estado Mayor a caballo y al frente un regimiento de la nueva caballería. El presidente Páez seguía muy de cerca el carruaje, rodeado de oficiales, funcionarios públicos y cónsules. Sobre la solemnidad de este acto relata en su diario:

Los uniformes de la recién formada milicia de ciudadanos eran esplendorosos; en general toda la decoración era esplendorosa, no había visto nada igual. En las calles habían levantado obeliscos dedicados a las diversas victorias de Bolívar; frente a la catedral ardían grandes braseros llenos de incienso, por todas partes ondeaban banderas y pendones. La iglesia estaba decorada muy bonita en negro y plateado; sólo la misa, la música y el canto eran malos, éste último más gritado que cantado; también el discurso de honor de Bolívar fue demasiado largo. En total la decoración fue regia, pero la ejecución mala. En Caracas, durante esta festividad, reinó un lujo como nunca había visto; se dice que algunas familias vendieron sus casas sólo para poder brillar ese día (...) Me dicen que la inhumación de Bolívar en su panteón familiar, que vino después, transcurrió más o menos en el mismo estilo. (Íbidem: 68)



Caracas, Bellermann

Durante esta estadía en Caracas realizó paseos por las zonas aledañas a la ciudad junto a sus amigos Vollmer y Küchenthal. En una de estas ocasiones atravesaron Chacao, sitio en el que abundaban las plantaciones de café y en el que pudo apreciar una gran abundancia. Fueron pocos los días que permaneció en la capital, pues quería adentrarse a explorar el Ávila, por lo que se estableció durante un tiempo en La Guaira, desde donde pudo hacer algunas excursiones hasta Galipán y Buena Vista. En su afán por recorrer la montaña se estableció entre El Ávila y La Silla en un choza muy humilde, propiedad de don Mamerto, quien le permitió amablemente colgar su hamaca para pasar la noche y en las noches de mucho frío lo recibió dentro de su casa. De la choza de don Mamerto hizo un dibujo fechado el 21 de febrero de 1843, que acompaña el relato.

A principios de marzo se hospedó en Galipán en casa de un señor al que describe como “un poco borracho pero muy atento”, que quiso sorprenderlo esmerándose en las condiciones del alojamiento, pues sabía que venía de hospedarse en casa de Mamerto. En las diferentes estancias que encontró por la

montaña, en su mayoría plantaciones de café, recibió las amables atenciones de los lugareños, a quienes describe como personas muy hospitalarias. Durante sus recorridos por esta región hizo estudios de palmeras, helechos, árboles y enredaderas; también realizó diversos esbozos en los que describió la fisonomía de la vegetación de la zona montañosa.

El 30 de marzo de 1843, el viajero alemán regresa a Caracas por el llamado “camino viejo” que pasaba por un sitio denominado El Polvorín. Las ruinas de antiguas fortificaciones le brindaron hermosas vistas. Este recorrido le pareció mucho más bello que el del camino que había tomado anteriormente. Así lo describe:

Uno pasa por bosques hermosos y hay partes, donde se cruza el río de Maiquetía, que son particularmente bellas. Sus fuentes se encuentran aquí y el río forma cascadas realmente preciosas con exuberantes bosques de palmeras y otras plantas tropicales. Más adelante se pasa por diversos asientos pequeños, las montañas se tornan más desérticas y al llegar arriba hay una interesante vista de Cabo Blanco y del valle de Caracas. En la cumbre el camino se empalma con la vía principal. Al bajar hacia Caracas me alegró ver la Silla con tanta claridad, nunca la había podido ver así desde este lado. (Íbidem: 84)

En la ciudad en pintor se hospedó en casa de su cordial amigo el señor Vollmer. Allí pudo conocer al pintor inglés Adams y al botánico y zoólogo Nicolás Funck, quien dos días antes había hecho una desafortunada excursión a La Silla en compañía de Wegener y Karl Moritz, sobre la cual refiere Bellermann:

Lamenté mucho no haber tomado parte en la excursión, pero cuando por la noche ardió en llamas todo el bosque de la Silla, cambié de opinión. Los señores estaban muy preocupados y asustados pensando que quizás el incendio había comenzado por una hoguera que ellos habían hecho para protegerse del frío de la noche, y que no habían apagado bien. (Íbidem)

En las mañanas, Caracas tenía una vida muy activa, debido al mercado que tenía lugar en la plaza mayor. También durante las noches la gente solía dar paseos para disfrutar del aire fresco; pero a partir del mediodía y en horas de la tarde, las

calles permanecían vacías y la ciudad se mostraba desierta. “Nadie sale al mediodía si no tiene necesidad de hacerlo y sólo se ve algún negro u otros sirvientes por aquí y por allá (...) A cualquier otra hora Caracas se parece más o menos a las ciudades europeas; a mediodía es americana.” (Íbidem: 85-86)

La Semana Santa es descrita en general por los extranjeros como una temporada de actos pomposos en los que los venezolanos participaban animosamente. El Jueves Santo Bellermann fue invitado a participar en una cabalgata nocturna hacia el pueblo de Petare, siguiendo el camino de Chacao. El viajero describe a Petare como un lindo pueblo montañoso. También realizó por esos días un paseo hasta La Vega, lugar donde Vollmer tenía una fábrica de ladrillos. A este último lo describe como un pueblo miserable, con una hermosa iglesia en ruinas.

El 20 de mayo de 1843 el pintor partió desde La Guaira en compañía de sus amigos botánicos Funck y Moritz hacia Cumaná, con el fin de visitar La Cueva del Guácharo.

III.4.5 Cumaná

El 25 de mayo avistaron la costa de Cumaná y el golfo de Cariaco, “...que es quizá la bahía más grande del mundo...”. También destaca la belleza de la llanura del Salado y del río Manzanares: “... a cuyas orillas se encuentra Cumaná, y por el que pueden navegar hasta la ciudad los pequeños barcos. El río forma una hermosa vega con cocoteros y pastos humboldtianos en las riberas. Es el primer río que se me parece a los de mi país.”

En un almuerzo disfrutó del canto y la música con sus amigos alemanes, acompañados en el piano por un francés. Le sorprendió que, según las costumbres del país, quienes pasaban por la calle frente a la casa y tenían interés, entraban a escuchar. De esa misma noche, refiere esta escena:

Por la noche uno de los personajes importantes de Cumaná dio un baile y nosotros fuimos hasta allá, pero, como es la costumbre aquí, los que no están invitados se instalan en las ventanas y miran desde ahí. Cuando llegamos encontramos todas las ventanas ocupadas

por personas muy respetables, algunas habían llevado sillas, otras estaban paradas detrás de ellas, etc., una costumbre encantadora. En el baile vi una elegancia desbordante, también vi cómo bailaban la difícil contradanza española. (Íbidem: 91)

El alcalde lo invitó a recorrer la ciudad y luego los llevó a una pequeña finca de su propiedad situada cerca del río Manzanares. Describe la vivienda como una barraca miserable, con un caney grande a un costado, cubierto de hojas de palmera, que se usaba como sitio de reunión. No le faltaron halagos para las cumanesas, a quienes describe como “muchachas muy bellas”. El día transcurrió entre bailes y celebraciones. Al anochecer llovió muy fuerte, por lo que mandaron a buscar varios burros para trasladar a las mujeres; pero como no fueron suficientes, quienes disponían de caballo o mula recibieron “una novia” para llevarla consigo. Así relata su decidido intento de galantería:

Es así como yo recibí un ángel para llevarla detrás de mí y cada vez que bajábamos por el camino empinado, sus dulces brazos me abrazaban con toda confianza. Yo farfullé en español todo que sabía, pero no conseguí que ella hablara mucho. Mis compañeros, que sí hablan bien español, me dijeron que sus “novias” también eran muy simples, pero no por timidez, sino que aquí hay pocas jóvenes que sepan conversar. (Íbidem: 92)

Durante su permanencia en Cumaná visitó el fondeadero de Punta Arena con su castillo y sus ruinas, la playa, el gran lago salado. Allí trabajó con mucho empeño en la descripción y registro de las especies botánicas y zoológicas.

En junio de 1843 se despidió de Cumaná junto a Moritz, dejando a su compañero Funck porque se encontraba enfermo. Este último se les uniría en el viaje más adelante, cuando mejoraran sus condiciones de salud. Avanzaron por las riberas del Manzanares hacia Cumanacoa donde permanecieron hasta agosto, cuando prosiguieron su viaje por una zona montañosa con grandes peñascos y rocas. Así describe el trayecto:

Nos encontramos con nuestras cargas, que se habían adelantado, en mala situación; un burro se había desbarrancado y costó mucho trabajo volver a subirlo. En cuanto el camino comenzó a subir,

empinado cuesta arriba, entramos en una selva virgen con quebradas verdaderamente terroríficas, todo estaba oscuro como la noche, la vegetación era muy exuberante. (Íbidem: 116)

Entre junio y noviembre los tres viajeros recorrieron la región Oriental del país. En su diario Bellermand dejó sus impresiones sobre el Golfo de Cariaco, la meseta del Cocollar, San Antonio y San Francisco; pero la descripción de su visita a la Cueva del Guácharo sólo se recoge en una carta que dirigiera a Ignaz von Olfers, director del Museo Real de Berlín, a quien además le enviaría constantemente durante su permanencia en Venezuela, diversos dibujos, pinturas y bocetos. Así refiere esta exploración en la misiva:

Puerto Cabello, 28 de septiembre de 1843

(...) El 9 de agosto visitamos la gran cueva del Guácharo cerca de Caripe acompañados por el padre de San Antonio; como el camino hasta allá es tan atroz, y tanto mis compañeros de viaje como yo teníamos quehaceres para largo rato, montamos ahí nuestra morada por ocho días. La cueva es lo más bello que he visto hasta ahora y nada más quisiera que mis dibujos lo demostraran. Durante nuestra estadía en ella la recorrimos en todas sus partes y el señor Funck, con mi ayuda incluso elaboró un plano.

El 15 de agosto los indios que habíamos contratado nos abandonaron de repente y nos vimos en la necesidad de dejar también la cueva y dirigirnos a San Agustín, desde donde visitamos el camino de Cariapo, El Purgatorio, y el 18 de agosto salimos para Caripe. (Carta de Bellermand a Ignaz von Olfers, citada en Bellermand, 2007: 122)

III.4.6 El Orinoco

Entre noviembre de 1843 y enero de 1844, partiendo de Puerto Cabello a bordo del *Margareth*, el pintor recorrió las islas de Margarita, Barbados, Trinidad y Tobago y las riberas del Orinoco y Angostura. El Orinoco, según su relato, es un laberinto con árboles colosales y grandes palmeras, que por sus numerosas bifurcaciones es imposible navegarlo sin el acompañamiento de alguien experimentado. Describe este paisaje fluvial con hermosos samanes, ceibas y enredaderas, no sólo en su diario sino también en sus bocetos. En su recorrido se encontraron con una embarcación ya conocida por ellos, el *Emily*, un barco con bandera de Hamburgo, cuyo capitán, el alemán Boison, los invitó en varias ocasiones a abordar la embarcación para departir.

El 12 de octubre llegaron al puerto de Angostura, donde encontraron anclados cuatro barcos alemanes junto a otros barcos españoles y algunas goletas y faluchos que venían del Orinoco cargados de tabaco. Era un puerto lleno de vida y al desembarcar se dispuso a recorrer la ciudad. Una calle junto al desembarcadero bordeaba la ribera del río y estaba llena de comercios. En una edificación estaba establecido el mercado, cuya actividad se iniciaba desde muy temprano, pero se encontraban allí muy pocos productos y hasta las frutas, que en otras regiones eran abundantes, escaseaban en Angostura. Así prosigue su descripción sobre la ciudad:

Angostura está construida en forma de anfiteatro alrededor de una colina. La iglesia se eleva sobre la ciudad, pero no tiene torre. Está pintada de amarillo y blanco, las ventanas son de vidrio y tiene cortinas rojas (...) De la ciudad, que está en la margen derecha, parte una fila de árboles que llega hasta el río, son ceibas viejas y majestuosas. Desde la altura de Angostura el Orinoco se presenta grandioso. (...) Una escena me llamó especialmente la atención por su carácter nómada: había una hamaca colgada entre dos árboles, al lado había dos sujetos sentados en un banquito y jugando cartas, detrás de ellos la choza; al lado la cocina, es decir, algunas piedras donde estaba ocupada la señora, en medio utensilios y trastos, etc. Cada vez que pasé por ahí, siempre vi la misma escena. (Íbidem: 138)



Puerto de Angostura, Bellermann

Bellermann encuentra muchos alemanes establecidos en el lugar, como las familias Siegert, Monck; Bärmann, Hermann o Jürgens; y aunque pudo conocer personalmente sólo a unos pocos, porque no llevaba consigo ninguna carta de presentación, no le resultaron tan corteses como sus entrañables amigos de Puerto Cabello, La Guaira y Caracas.

III.4.7 La Colonia Tovar

Entre enero y julio de 1844 Bellermann realizó varios viajes a su apreciado San Esteban y otros parajes como Naguanagua, Valencia, Los Cayos, San Joaquín, La Cabrera, San Mateo, Maracay y La Victoria. Otro lugar donde permaneció durante este tiempo fue la Colonia Tovar, a donde fue invitado junto a su compañero Moritz por el coronel Agustín Codazzi, quien recién había fundado esa colonia alemana en las montañas de Aragua.

Emprendieron su viaje desde La Victoria, montaña arriba. Así describe parte del trayecto:

Aquí el valle de Aragua es muy bello, por todas partes hay plantaciones con campos sembrados de azúcar y edificaciones que hablan de riqueza; el valle está poblado de caña brava y de los curiosos cañaverales (...) las montañas son majestuosas e imponentes como sólo pueden serlo también las de Suiza. Además la tarde era espléndida, había un aroma y una atmósfera en el paisaje que no se pueden describir; yo hubiera querido pintar cada paso. Más arriba, donde el valle se estrecha, muchas veces hay que cabalgar por el río. (Íbidem: 175)

Después de pasar la noche en Pie del Cerro, en el sitio conocido como La Vizcaína, que no era más que la choza de una vizcaína que además del alojamiento sólo les pudo ofrecer café y frijoles. A la mañana siguiente y tras dos horas subiendo la montaña, llegaron a La Lagunita, un hato donde se guardaba el ganado para aprovisionar La Colonia Tovar. Cabalgando por una cumbre y atravesando un bosque pudieron divisar la Colonia por primera vez. Se trataba de una aldea cuyas casas asemejaban las de los campesinos alemanes con techos de paja; aunque en estas tierras les ponían techos de palma.

En la colonia alemana permaneció unos meses, con la intención de explorar la selva virgen. Su anfitrión en el lugar fue Benitz, administrador de Codazzi. Durante esta estancia disfrutaron Moritz y Bellermand de compartir en un hogar alemán y disponer de una habitación con ventanas. Así describe en pintor el recién fundado poblado:

El pueblo está lindamente construido y se concentra en torno a la pequeña iglesia, frente a ella hay una plaza de donde parte la calle principal, pero las edificaciones del pueblo terminan con la escuela. Los colonos han levantado sus casas más esparcidas; como las primeras casas que encontraron al llegar eran muy caras, Codazzi les aconsejó que construyeran sus propias casas, y así lo hicieron. (Íbidem: 179)

Bellermand sostiene en sus anotaciones que Codazzi, con quien pudo compartir personalmente en varias ocasiones, impulsaba planes de colonización de la Cordillera de la Costa, por lo que esperaba la llegada de más inmigrantes europeos. El pintor resalta el carácter benévolo e indulgente del coronel italiano de

este modo: "...él ha sido demasiado bueno y (...) ahora, incluso cuando se ve obligado a ser severo, se muestra muy caritativo en toda ocasión." (Íbidem: 182)

Codazzi le encargó a Bellermann que dibujara panoramas de la Colonia y sus alrededores, porque quería presentarlos al Congreso de Caracas para mostrarles lo que se había hecho en los terrenos que le habían sido adjudicados para fundar el poblado.



La Colonia Tovar, Bellermann

Se despidió de la Colonia el 15 de julio de 1844 siguiendo el camino de La Victoria. El día 22 partieron rumbo a Caracas. Después de atravesar El Consejo y San Pedro, entraron por Las Adjuntas, el punto de confluencia del Guaire y el Macarao. De este paso refiere: "Ahí desayunamos; había mucha animación, todos politiqueaban, las posadas de todo el camino estaban llenas de panfletos, hay mucha animosidad contra el gobierno." (Íbidem: 209)

III.4.8 Maracaibo

El 7 de octubre partió desde La Guaira con Mortiz rumbo a Maracaibo, a donde llegaron después de cinco días. La ciudad lo sorprendió por su magnífica apariencia:

Una gran cantidad de casas se prolongaba a lo largo de la orilla, por encima surgían varias iglesias, y enfrente había algunas embarcaciones; pero la sorpresa fue realmente grande cuando navegamos frente a la larga fachada de las casas, manteniéndonos siempre a cierta distancia, y al doblar un recodo vimos frente a nosotros una bahía encantadora, hacia la cual bajaba la ciudad en una bellísima perspectiva. La bahía es el puerto de Maracaibo, que estaba lleno de embarcaciones grandes y pequeñas. La orilla de la bahía que queda frente a la ciudad está poblada de cocotales grandes y pequeños; además se ven de vez en cuando lindas casitas campestres y un poco más arriba se eleva una iglesia. Esa orilla termina en un barranco llamado Punta Santa Lucía. El sol se puso sobre Maracaibo en todo su esplendor antes de que ancláramos... (Íbidem: 219)

Los alemanes de Maracaibo fueron extremadamente atentos con Bellermann y Mortiz. Entre sus anfitriones estaban los señores Schön, Struwe y Schmilinsky. Este último les prestó la ayuda necesaria para continuar el viaje que tenían programado a la cordillera andina. Según el viajero refiere en su diario, para ese momento Maracaibo tenía cerca de 18.000 habitantes.

El 24 de octubre partieron rumbo a La Ceiba, en la Costa Oriental del Lago; desde donde comenzarían su travesía hacia la cordillera.

III.4.9 El camino de Los Andes

El 26 de octubre al atardecer avistaron La Ceiba. La selva les ofrecía paisajes maravillosos, de abundantes especies de palmeras, corozos, juncos, ceibas, samanes, bucares, lechosas, heliconias, cirios; muchas de ellas nuevas para los viajeros Bellermann y Moritz.

Sin embargo, no todo el trayecto resultó tan idílico como aquella majestuosa naturaleza que se abría ante sus ojos. Así lo señala Bellermann en su diario:

El lado oscuro de esta hermosa selva era el horrible pantano que formaba el camino y por el que tuvimos que abrírnos paso penosamente durante 14 leguas. Nunca en mi vida me había imaginado que fuese posible atravesar un camino semejante, además fue un trabajo terrible, ora se quedaba pegado un animal de carga, ora un jinete, y muchas veces sólo con el mayor esfuerzo lográbamos sacarlos, en muchos lugares hubo que abrir un nuevo camino. (Íbidem: 226)

Después de pasar Betijoque, Escuque, Valera y Mendoza; se hospedaron en una próspera granja propiedad del señor Antonio Rubio, que tenía sembradíos de caña de azúcar, un trapiche y una pulpería. Así describe Bellermann la vivienda:

El interior de la casa se distinguía poco del resto de las casas del país, las paredes de tierra estaban sin blanquear y un entramado de hojas de palmera formaba el techo; en la pared principal había una repisa de madera llena de figuras e imágenes de santos que parecía ser una especie de altar casero; peste y un arpa eran algo nuevo y diferente del mobiliario de las casas que había visto en otras provincias, y puesto que los encontré después con frecuencia, deben ser típicos de esta región. De resto las paredes estaban guarnecidas con armas e implementos de montar, sobre el suelo habían extendido pieles de osos y de tigres como lechos. (Íbidem: 230)

El señor Rubio tenía animales para alquilar, así que se los ofreció a los viajeros para su expedición. Prosiguieron el viaje avanzando por La Puerta, transitando un camino fatigoso que bordeaba el imponente Motatán y ya montaña arriba se encontraron con Timotes. Además de los puentes, llamó la atención de los alemanes las muchas cruces que encontraron a lo largo del camino, y el hecho singular de que en varios sitios consiguieron, colgando del tronco de algún árbol, cestas o sacos con alimentos, como pan, plátanos, casabe; puesto allí para socorrer a los viajeros que se quedaran sin provisiones; pues en esos parajes era difícil conseguir víveres. Tal muestra de piedad por parte de los habitantes de estas tierras le sorprendió gratamente a Bellerman. De este modo describe a los andinos:

La fisonomía de la gente muestra una llamativa mezcla india; se ven pocos mulatos y negros prácticamente ninguno. Las personas tienen una apariencia fresca con mejillas coloradas; la mayoría de las jóvenes son bonitas, pero se ven todas iguales. En esta región se ve mucho bocio, parece que viene del agua, pues a diferencia de otras regiones aquí las personas no transportan cargas en la cabeza. También llevan muchas cobijas marrones pequeñas, los hombres van casi siempre envueltos en cobijas y llevan sombreros guarnecidos de telas enceradas de todos colores; a caballo llevan puestos pantalones de montar de pieles de tigre o de osos... (Íbidem: 233)

A las cuatro de la mañana del 2 de noviembre se pusieron en marcha para cruzar el temible páramo. La vegetación y los paisajes eran alpinos, cubiertos de frailejones de distintas especies con hojas verde plata y flores amarillas.

A medida que ascendían el aire frío era más penetrante y las dos cobijas que cada uno llevaba no lo lograban protegerlos. “En las montañas nevadas de Noruega no me helé tanto como aquí en el páramo”, escribió en su diario el pintor. Las vacas y los caballos de aquellas montañas estaban cubiertos de pelos largos; pero los que traían los viajeros consigo no, y en estas zonas frías no era fácil conseguir forraje para tantos animales. Sumado a esto, la lluvia, el granizo o la espesa niebla podían ser compañeros permanentes en un recorrido por el páramo.

Después de sufrir un desmayo a causa de la fatiga y el frío, Bellermann pudo seguir avanzando en medio de las condiciones más adversas, con la ayuda y el cuidado de su amigo Moritz y del resto de sus acompañantes. Finalmente, después del extenuante recorrido llegaron a Mucuchíes. Allí se hospedaron en casa de un pulpero donde le prepararon un lecho de pieles de animales y le ofrecieron un té de manzanilla que le hizo mucho bien.

Luego de dormir durante doce horas, los viajeros siguieron su camino bordeando el impetuoso río Chama. Sobre este trayecto refiere el pintor en su diario:

Las montañas se elevan majestuosas pero espantosamente sombrías en todo el derredor; una iglesia destruida, que uno se encuentra al paso, encaja perfectamente en esta región. En las gargantas laterales de la montaña torrentes agrestes precipitan su aguas en el Chama y puentes temerarios pasan sobre estos torrentes indómitos. (Íbidem: 236)

Después de disfrutar de un chocolate en Mucurubá, siguieron su camino con el Chama de compañero permanente. Luego de cruzar dos puentes comenzaron a subir la meseta de Mérida hasta que se encontraron con una puerta enrejada que daba paso a La Columna, un monumento erigido en honor a Bolívar en la entrada de la ciudad. En este dibujo Bellermann muestra el portón que daba entrada a la ciudad:



Portón de Mérida, Bellermann

III.4.10 Mérida

Aquella Mérida incrustada en las montañas era un destino tan distante como atractivo para los viajeros valerosos que asumieran el reto de llegar a ella. Era el caso de Bolívar, quien estuvo en Mérida en cuatro ocasiones, la primera en mayo de 1813, a la cabeza de la Campaña Admirable, cuando fue aclamado por los merideños con el título de Libertador; la segunda cuando iba rumbo a Trujillo, en 1820; de regreso a Bogotá, en diciembre de ese mismo año pasó de nuevo por Mérida y estuvo por última vez en la ciudad en su marcha a Carabobo, en 1821.

A las 4 y media entraron cabalgando a la que llama en su diario el pintor la “segunda capital de Venezuela”. El primer sitio al que llegaron fue la casa de la familia de un alemán llamado Linde, quien se convirtió en su anfitrión durante el tiempo que pasaron en la ciudad y los ayudó a conseguir una cómoda vivienda con patio, cocina y establo para los animales. Allí los recién llegados aventureros procedieron a instalarse, pues viajaban con algunos sirvientes y cinco animales. Desde el patio de esta casa, Bellermann pudo contemplar en la mañana los cinco picos nevados de la sierra merideña y sintió nostalgia de su patria. El siguiente dibujo muestra cómo era el espacio de la cocina y caballeriza de su estancia en Mérida:



Cocina y caballeriza, casa de Bellermann y Moritz en Mérida, dibujo de Bellermann

Los dos viajeros contrataron a un cocinero que les serviría de mucha ayuda durante el tiempo que permanecieran en Mérida. Al poco tiempo de haberse instalado, recibieron la constante visita de gente que se ofrecía para hacerles servicios o hacer negocios con ellos, lo que les resultó bastante incómodo.

En su primer recorrido Bellermann describe de este modo la ciudad:

Mérida se encuentra en una bella meseta rodeada por tres ríos, el Chama, el Milla y el Albarregas. Está construida muy regularmente, tiene iglesias y una catedral en construcción, la plaza del mercado es grande y tiene una pila en el medio, hay un hermoso cementerio, es la sede del obispo y del gobernador, tiene un colegio y se llama a sí misma la segunda capital de Venezuela (...) en todas las calles crece la hierba sobre el empedrado y en muchas pacen los animales, los plátanos sobrepasan los muros y las casas. Grandiosos son los alrededores: hay vistas bellas hacia todos lados (...) Aquí se ven manzanos en flor, matas de naranja, agaves, yuca, palmeras y plátanos, todos mezclados. (íbidem: 239)



Calle en Mérida, Bellermann

La ciudad contaba también con un convento de monjas. Mérida era un lugar propicio para la exploración de nuevas especies y tanto Bellermann como Moritz aprovecharon el tiempo para realizar excursiones por las zonas aledañas, como el cerro de los Flores, La Culata y Vallecito.

Pasaron esa Navidad en casa del señor Troconis, donde hubo un baile hasta las 12 de la noche y de allí fueron a cenar a la casa de Linde. Los días siguientes los pasaron preparando su excursión hacia la Sierra Nevada. Era importante aprovisionarse con todos los víveres necesarios para todos los tres días que tenían previsto pasar en la montaña, porque por aquellos rincones se encontraban pocas provisiones. Bellermann y Moritz contaban con un caballo para cada uno y un animal de carga para transportar los víveres. Los acompañaron también varios sirvientes y un arriero.

III.4.11 Acenso a la Sierra Nevada

El 3 de enero de 1845, antes del amanecer, se pusieron en marcha. Salieron de la ciudad por la columna de Bolívar siguiendo el Camino Real hacia Mucuchíes. Cruzaron el Chama por un puente y continuaron por un sendero lleno de granjas cultivadas. Después de cabalgar montaña arriba, llegaron a un bosque de árboles muy altos y allí hicieron una fogata junto a un riachuelo y acamparon para desayunar. Luego de comer siguieron avanzando, pero no les fue posible seguir cabalgando porque el camino era cada vez más escarpado y escalonado. Refiere Bellermann sobre este recorrido: "...llegamos a los temidos callejones (hondonadas) (...) Los callejones son gargantas singularmente estrechas, de sólo 2 pies de ancho en promedio, con elevadas paredes rocosas formadas por tierra y roca." (Íbidem: 243)

Estos callejones resultaban muy peligrosos para los viajeros cuando había mal tiempo porque el suelo reblandecido ocasionaba derrumbes que podían

sepultar a las personas. Al igual que habían visto en el camino del páramo, una cruz adornada con flores de frailejón indicaba una desgracia ocurrida en ese sendero. Esa noche se alojaron en la casa del dueño de un hato que encontraron en su travesía. Indica el pintor:

La noche fue muy fría, nosotros nos habíamos provisto de buenos abrigos y cobijas, pero de todas maneras nos helamos mucho porque nos acostamos sobre el suelo desnudo, usando la silla como almohada; también había muchas pulgas. El firmamento estaba lleno de estrellas y nunca vi tantas y tan nítidamente; por así decirlo las estrellas no dejaban ver el cielo. También los glaciares se veían muy bellos. (Íbidem: 244)

A la mañana siguiente, día 4 de enero, siguieron su viaje con la intención de subir a pie el glaciar de en medio de los cinco que tenía la Sierra Nevada. Moritz no pudo seguir adelante, pero Bellermann se sentía aún con ánimos de avanzar hasta el glaciar. Acompañado del baquiano, hijo del dueño del hato donde se habían alojado, el pintor siguió el trayecto por un terreno muy fatigoso. Después de rodear la cima los espantó el crujido del hielo como una explosión. El baquiano se quedó atrás y Bellermann siguió su marcha. Así éste el audaz episodio:

Seguí subiendo por la nieve congelada hasta una quebrada que había llenado de hielo las grietas y todo. Allí la luz se refractaba espléndida en los colores del arco iris cuando el sol brillaba sobre la superficie de la capa de hielo; la nieve tenía una capa considerable sobre la que se asentaba el hielo en las rocas graníticas. Aunque a esa altura es difícil respirar y yo tenía que detenerme cada 8 pasos, seguí subiendo y llegué a un segundo gran campo de nieve. Cuando estuve ahí empecé a dar grandes voces para que Moritz pudiera verme, pero aunque todos me oyeron ninguno pudo verme. No me parecía nada difícil subir desde allí hasta la cumbre del glaciar, y tenía muchas ganas de hacerlo; hasta ahí el tiempo había sido cálido y claro, pero ahora me envolvió de repente una niebla espesa, y al desaparecer la luz del sol llegó el frío (...) yo me senté para descansar, pero como en seguida me acometió una gran somnolencia me pareció peligroso seguir vagando tan solo por esa región y renuncié a otros intentos, tomando el camino de regreso. (Íbidem: 246)

Regresó al campamento donde lo esperaba su compañero Moritz y se dirigieron a la casa que los había alojado la noche anterior. A las 5 de la mañana del día siguiente emprendieron su regreso a Mérida y llegaron a las 3 de la tarde. En el trayecto fueron azotados por una banda de ladrones que se llevaron la comida. A Moritz uno de los hijos de su posadero le robó una escopeta que le había prestado para que le cazara algunos pájaros. Al llegar a la ciudad Moritz denunció el hecho ante el alcalde, y éste mandó a unos guardias en busca del ladrón en el hato de su padre. Este suceso desencadenó una serie de eventos desafortunados debido a que el perseguido era un criminal experimentado. Todo esto afectó el ánimo de los viajeros, aunque finalmente pudieran recuperar la escopeta.

III.4.12 El Sur de Mérida

El 16 de enero partieron hacia Jají, pasando en su recorrido por La Punta, Ejido y La Mesa. De esta travesía Bellermann dejó valiosos testimonios gráficos. En Jají permanecieron unos días, luego visitaron Lagunillas y la Laguna de Urao. Sobre este lugar detalla: “La tierra llena de cactus y mimosas me recordó mucho a Cumaná, la forma de las montañas a Caracas, también el colorido. Los plátanos, matas de tabaco y de caña de azúcar (...) le daban al panorama algo muy tropical y encantador.”



Laguna de Urao, Bellermann

En Lagunillas se hospedó en casa del señor Dávila, quien poseía unas de las viviendas más ricas del pueblo. Sobre su anfitrión relata: "...el señor Dávila tiene la fama de que sacó de la laguna una caja llena de plata; sin embargo la señora de la casa y los niños eran muy desaseados, las copas de plata contrastaban notablemente con los cochinos..." (Íbidem: 253)

Bellermann reseña en su diario las calamidades del retorno a la ciudad de Mérida:

Finalmente llegamos a la terrible quebrada del Enfadoso, por la que uno sube hasta la Mesa, y donde se encuentra el camino a Ejido. Para hacerse una idea del horrible camino basta decir que uno pasa el río, de la manera más fatigosa y pedregosa, 32 veces en una hora. La prisa que llevábamos me hizo perder un hermoso caballo, pues cayó y se rompió una pata y no me quedó otro remedio que sacrificarlo; Florencio no quiso hacerlo, lloró como un niño, yo también estuve muy cerca de las lágrimas. Me había costado 150 táleros y era un animal muy fuerte y bien entrenado. (Íbidem: 254)



Puente sobre el río Chama, Bellermann

Cumpliendo el sueño de Humboldt, Bellermann había podido ascender a Los Andes venezolanos y recorrer gran parte de su geografía, dejando para la posteridad testimonios escritos y gráficos de su imponente y variada naturaleza y de la belleza de sus paisajes.

Así se despide de Mérida el pintor alemán, en marzo de 1845:

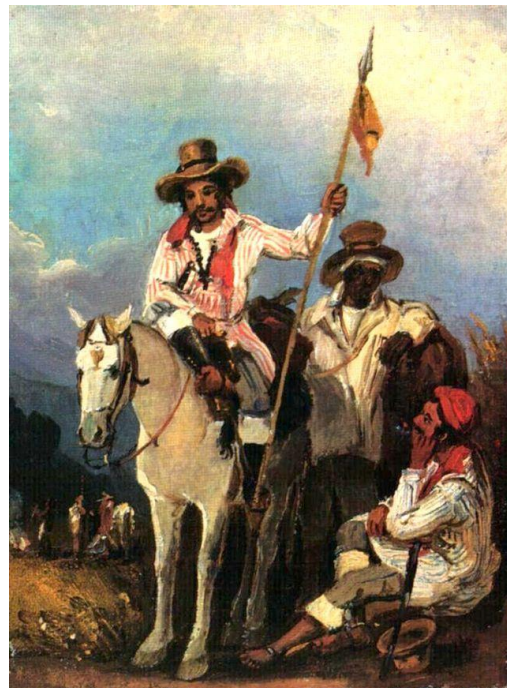
Cuando cabalgué por última vez por el encantador valle del Albarregas con sus pintorescos meandros, puentes, asientos, palmeras y bucares en flor, y subí la Mesa de Mérida, desde la cual se precipitan los Chorros de Milla en múltiples cascadas rumorosas, con la sierra Nevada frente a mí en desacostumbrada claridad, me invadió una gran tristeza porque estaba viendo toda esa belleza por última vez, pues nuestra partida para Maracaibo ya era inminente. (Íbidem)

III.4.13 Pintura etnográfica

Aunque los motivos de Bellermann se centran en los paisajes, en algunos de sus cuadros incorpora representaciones humanas en las composiciones. Se trata siempre de gente sencilla desarrollando la faena en su contexto. Muchas veces se trata de pequeñas figuras humanas, apenas perceptibles en la inmensidad del paisaje natural. Sin embargo, también representó a los personajes haciendo hincapié en los detalles de sus atuendos y características étnicas, como en “Llaneros”; “Vendedor de gallinas”; “Indios Guajiros” y “Cacique con mula”.



Vendedor de gallinas, Bellermann



Llaneros, Bellermann

III.4.14 Pionero del paisajismo venezolano

Los primeros registros gráficos del paisaje venezolano se los debemos a Bellermann, antes de él ningún artista se ocupó de representar la belleza de nuestra imponente naturaleza. Lo más representativo de nuestra diversa geografía quedó inmortalizado por el pincel de este artista alemán que recorrió durante más de tres años nuestras costas, selvas, ríos y las escarpadas montañas andinas. Gracias a su obra los venezolanos podemos ver el rostro de nuestro país en un tiempo en el que aún no había llegado la fotografía y nuestros artistas estaban más preocupados por hacer retratos. Sus paisajes venezolanos son uno de los mayores homenajes que se hayan hecho al país, los cuales no sólo tienen un incalculable valor artístico sino también documental.

III.5 Christian Anton Goering (1836-1905)

La obra de Humboldt sobre Venezuela, convirtió a nuestro país en el destino predilecto de infinidad de científicos, especialmente alemanes, quienes desde sus distintas aproximaciones, recorrieron el país descubriendo las particularidades de sus especies botánicas y zoológicas. Algunos de éstos tenían especiales habilidades en la pintura o el dibujo, otros como cronistas, ambos captaron la atención de un público europeo ávido de aventuras sobre el “nuevo” continente. Anton Goering, como mejor se le conoce, reunía ambas habilidades, era pintor y dibujante, destreza que le sirvió de apoyo para su interés científico, reproduciendo en acuarelas especies zoológicas y botánicas; pero además era un hábil narrador; lo que hizo que las crónicas de sus travesías despertaran el interés del público europeo.

Había nacido en Schönaide, Prusia, en 1836. Recibió una sólida formación como zoólogo, ornitólogo y taxidermista. En 1866 llegó a Venezuela, para seguir la

trayectoria de Humboldt y Bellermann, como parte de un trabajo para la Sociedad Zoológica de Londres. Las costas orientales, la Cueva del Guácharo, las serranías de Caripe, el lago de Valencia, los valles de Aragua, el lago de Maracaibo y los páramos merideños; son parte de su travesía.

Llegó al puerto de Carúpano en 1866 y desde el primer momento se vio deslumbrado por la naturaleza venezolana. “Hace Goering una suerte de geografía lírica”, refiere Venegas Filardo en el prólogo a la edición de 1993.

Personaje de gran entereza, enfrentó las más increíbles calamidades para vencer los múltiples contratiempos del viaje. En el tránsito por parajes escarpados escaló senderos al borde del precipicio cordillerano y resistió las agresiones de la naturaleza tropical: intensos fríos en las cumbres, lluvias torrenciales en las selvas, ríos crecidos y la actitud de algunos pobladores que no entendían la misión científica que el sabio alemán cumplía por este lado del mundo. (Venegas Filardo, Prólogo a Goering, 1993: 6)

Goering llevó a cabo exploraciones fundamentales para el llamado descubrimiento científico del país, que había iniciado Humboldt. Sus acuarelas litografiadas fueron difundidas en Alemania e Inglaterra, junto a los relatos sobre sus expediciones, en revistas científicas de su época. Permaneció ocho años recorriendo Venezuela, hasta que en 1874 regresa a Alemania, llevando consigo todo el material recogido durante su estadía en tierras venezolanas. En 1892, dieciocho años después de su expedición, publica su libro “Desde las bajas tierras templadas hasta las nieves perpetuas”.

La primera edición en español de su libro, “Venezuela, el más bello país del trópico”, fue publicada por la Universidad de Los Andes en 1962, con traducción de María Luisa de Blay; y la segunda la editó Playco en 1993, con traducción de Nora López y Verónica Jaffé. Ambas cuentan con un gran formato e ilustraciones de los dibujos y las acuarelas de sus paisajes a todo color.

La introducción que Goering hace a su libro tiene una enorme fuerza poética, que se mantiene a lo largo de toda la obra. No se trata de un diario ni de una relación ni cuaderno de apuntes; el de este viajero alemán es un extraordinario trabajo literario, pictórico y científico; que no es de extrañar viniendo de un investigador de carácter sensible, con habilidades artísticas.

III.5.1 Las costas orientales

Sostiene en el inicio de su relato el científico alemán, que sobre aquella extensión de 20.223 millas geográficas establecidas por Codazzi, estaban representados todos los paisajes. En aquel espacio, relativamente pequeño, había encontrado "...las imágenes paisajísticas más hermosas y los mayores contrastes, a veces uno junto al otro..." (Goering, 1993: 17) Nuestra formación costera, de 381 millas geográficas, la más bella de todas las costas de Suramérica.

Después de una corta estadía en Puerto España, donde departió con algunos de sus compatriotas, arribó una oscura y calurosa noche a la costa de Carúpano. Apenas al llegar tuvo que soportar, por no disponer de un lugar donde resguardarse y durante varias horas, una tenaz lluvia tropical.

Al amanecer los rayos del sol iluminaron la costa. Tenían problemas para desembarcar, pues el oleaje era muy fuerte. En la playa se encontraron a varios indios guaiqueríes "...marrones y semidesnudos"; quienes "... habían estado atentos y al instante nos ofrecieron sus espaldas para cargarnos a tierra. Por una casualidad caí de cabeza al llegar a la sueva arena, con lo cual espanté a toda una manada de cochinos negros que se había enterrado en la tierra húmeda y fresca. Éste fue mi aterrizaje en Venezuela." (Íbidem: 19)

En sus primeras exploraciones en esta costa encuentra al colibrí o *Chysolampis moschitus*, de cuello dorado y cabeza rojo carmín, "Bajo la luz del sol parecen chispas de fuego danzantes que rodean las flores". También al cardenal rojo fuego o *Cardinalis phoenicus*, que se balancea sobre las mimosas. Resalta a

estos dos pájaros “como figuras encantadoras de este paisaje”, porque según él, “pertenecen a éste y no se encuentran en otras regiones como en la selva alta”. Describe también los cocoteros, que se encuentran formando filas en la playa, donde la sal marina les presta las mejores condiciones para su crecimiento. (Íbidem: 21)

Al científico lo cautiva el vuelo de los colibríes, observar sus formas y colorido, sus diferentes zumbidos y gorjeos, que él llega a diferenciar, según el tamaño del pájaro. A esta pequeña ave le dedica largas descripciones e incorpora en su obra un dibujo donde muestra la diversidad de especies que de ésta se pueden encontrar. “A nadie se le ocurre ahuyentar estos queridos y pequeños visitantes, incluso los nativos del país, que en regla general muestran poco interés por su hermosa naturaleza, miran con agrado al *chupa flor*, nombre que se le da al colibrí en la América de habla hispana.” (Íbidem: 79) Aprecia especialmente a este pájaro y muestra su enfado porque los cazan por miles para adornar los sombreros de las damas: “A menudo he intentado estorbar esas actividades asesinas con fuertes amenazas. Sin embargo, más podrían hacer nuestras damas por esta buena causa, si renunciaran a colocar en sus sombreros estas avecitas suntuosas, convertidas en caricaturas deformes después de taxidermias mal hechas.” (Íbidem: 79)

Desde Carúpano realizó varios viajes al interior, como el que hiciera al Delta de Orinoco y a Caripe, “...aquí fue donde Humboldt descubrió el extraño pájaro de las cuevas...” (Íbidem: 22) De todos estos recorridos hizo dibujos o acuarelas que complementan las descripciones y así las organizó en la edición que hiciera de su libro.

Al alejarse de las costas de Paria, emulando el recorrido que hiciera Humboldt, pasa por Margarita, Cumaná, Puerto Cabello, los arrecifes de coral de Patanemo; el valle de San Esteban; los manglares y su interesante diversidad de aves; los campos de caña de azúcar. Describe lo que observó a su paso hasta acercarse a la Cordillera de la Costa y divisar la Silla de Caracas.

El valle de San Esteban le resulta particularmente encantador. Sin duda inspirado en los paisajes representados magistralmente por Bellermann y en sus anotaciones, donde destaca la belleza del lugar; Goering revive la experiencia de su antecesor y lo define como “el valle costero más bello de Venezuela”.

III.5.2 Paso por el Zulia

Pasando por Curazao, de donde entran y salen gran cantidad de barcos, se acerca a la costa occidental de Venezuela. Así se describe Goering su impresión sobre esta zona del Lago de Maracaibo:

El golfo de Maracaibo es por lo general muy movido por efecto de un fuerte viento que nos favorece, por lo que muy pronto alcanzamos la entrada del gran lago de Maracaibo (...) A nuestra derecha, pero invisible, se encuentra en una bahía, un pueblo de indígenas guajiros, Sinamaica, construido con palafitos (...) Estas construcciones acuáticas supuestamente sugirieron a los primeros españoles el nombre de Pequeña Venecia, de lo cual derivaría Venezuela (...) Pasando por un promontorio de la orilla se presenta sorpresivamente ante nosotros la importante ciudad comercial de Maracaibo. (Íbidem: 26)

En la ciudad son recibidos amablemente por sus compatriotas, quienes tienen lugares de veraneo a los que llaman “haticos”.

De este recorrido describe particularmente a los goajiros, quienes habitan “...aun independientes...”, toda la península cuyo nombre comparten. Se dedican a la cría de ganado y no admiten extraños en sus tierras. Venden en el mercado sus “apreciados caballos guajiros” y luego se ven con sus familias comprando mercancías con lo que obtuvieron por la venta de sus caballos; también se les ve pidiendo limosna. (Íbidem: 27)

Hizo algunos dibujos de estos indígenas a quienes les dio una paga y con la ayuda de un traductor que hizo el trabajo de argumentar, logró convencerlos. Cuenta uno de los casos, que resultó particularmente difícil: “Sólo después de largos argumentos del traductor -pues este indio no sabía español- se mantuvo quieto

algún tiempo, mientras que sus acompañantes, y sobre todo la vieja y oscura madre, lanzaban espantosos aullidos.”, pues pensaban que con esa representación se podrían causar mal desde la distancia. Algo semejante le había sucedido en Argentina cuando dibujó a la mujer de un cacique. (Íbidem: 27) El incidente con el goajiro fue tan incómodo que tuvo que intervenir la policía, pues era mucha la gente que se había acercado a presenciar el singular suceso. Después de este percance el científico decide no volver a hacer tales estudios artísticos a gente de la calle.

En Maracaibo prepara su equipo para el ascenso a la cordillera andina. En un velero, preparado con algunos amigos, navegó hasta el sur del lago, entre ensenadas, juncas y desembocaduras de ríos. “El lago de Maracaibo es una gran fuente de riquezas para numerosas clases de peces y otros animales de agua que nos recreaban durante el viaje. Un experto podría trabajar aquí por años.” (Íbidem: 31)

III.5.3 Viaje por la selva

En uno de los asentamientos encontrados en el trayecto pudo pintar las chozas que servían de vivienda a los lugareños, los extraordinarios frutos, como el aguacate; la caña de azúcar, que no falta en ningún conuco, pues preparan con ésta “...un jugo muy refrescante que, guardado en vasos de arcilla, pronto comienza a fermentarse y se toma mucho como *guarapo*. La primera pregunta del cansado y sediento viajero, cuando llega a un asentamiento después de un largo andar, es siempre por el *guarapo*”. (Íbidem: 42) Observó también en este conuco al “totumo”, cuyo fruto servía para fabricar no sólo recipientes que eran utilizados para comer o beber, sino también para fabricar maracas. Goering admira la forma como los nativos graban y tallan los utensilios preparados con la concha seca de estos frutos.

Durante su estadía en este paraje presenció una celebración en la que bebieron *guarapo* del jugo del guanábano y ron que había llevado el “patrón” del velero que aún lo seguía acompañando, bebida que “animó la sangre de estos alegres habitantes de las llanuras calientes. Se produjo un gran contento, y el baile,

que no puede describirse como gracioso o discreto, duró hasta tarde en la noche”. Describe a los habitantes del conuco en general, como una mezcla de blancos e indios: “Entre las mujeres, había algunas relativamente bonitas, lo que es muy frecuente si no corre sangre negra por sus venas.” (Íbidem: 45)

Continúa su viaje en velero navegando las muchas vueltas del río Escalante, y las poblaciones aledañas, en la ruta hacia las ansiadas montañas de Mérida. De los pueblos de San Carlos y Santa Bárbara refiere:

Ambos pueblos son pequeños y las construcciones son chozas en su mayoría. La importancia de ellos para el comercio es apreciable, pues aquí se realiza el intercambio de los artículos y productos de esta zona. Los productos de la cordillera, sobre todo el café, llegan aquí en grandes caravanas de mulas para ser cargados en los barcos que esperan sobre el río y que los llevarán hasta Maracaibo. Y, al revés, los artículos que viene de allá son transportados hacia el interior. Así hay una gran vida y actividad en medio de la selva. (Íbidem: 45)

En San Carlos se hospedó mientras hacía los preparativos para su viaje hacia la cordillera, para lo que consiguió un buen guía, arreadores, animales de carga y otros para montar. Transitaron una selva de tal espesura que difícilmente dejaba pasar algún rayo de luz, pues sobre ellos se levantaba una bóveda vegetal formada por miles de plantas entrelazadas. Cabalgaba uno detrás de otro por angostos senderos, “Solamente de vez en cuando el guía profiere un grito de alerta para que cualquier recua de mulas que venga de frente se detenga en un lugar ancho o, si puede, se arrime hacia los matorrales para dejarnos pasar.” (Íbidem: 49)

A medida que se acercaban a las ciénagas del Chama y del Onio, el camino se tornaba más dificultoso, por las lianas y los troncos que obstaculizaban el paso y por los pantanos, que hacían que las mulas se quedaran atascadas en el barro, por lo que debían despojarlas de su carga y desensillarlas para sacarlas del lodazal. Una vez rescatadas las mulas y devueltas a alguna parte segura del camino, debían volverlas a cargar. Estos inconvenientes eran frecuentes a lo largo del viaje, lo que hacía que al llegar a terrenos más anchos y secos, los viajeros pudieran descansar

del esfuerzo invertido en enfrentar tantas penalidades. En el caso de nuestro zoólogo viajero, este reposo en el trayecto le permitió disfrutar del paisaje; del vuelo de las mariposas azules y la gritería de los loros y las guacamayas rojas. Pero no podemos olvidar que se trataba también de un cazador, que llevaba consigo un bolso en el que guardaba armas de fuego, recipientes de metal, alcohol destilado, jabón arsénico para la preparación de las aves, algodón y papel para envolver los cadáveres de las especies cazadas.

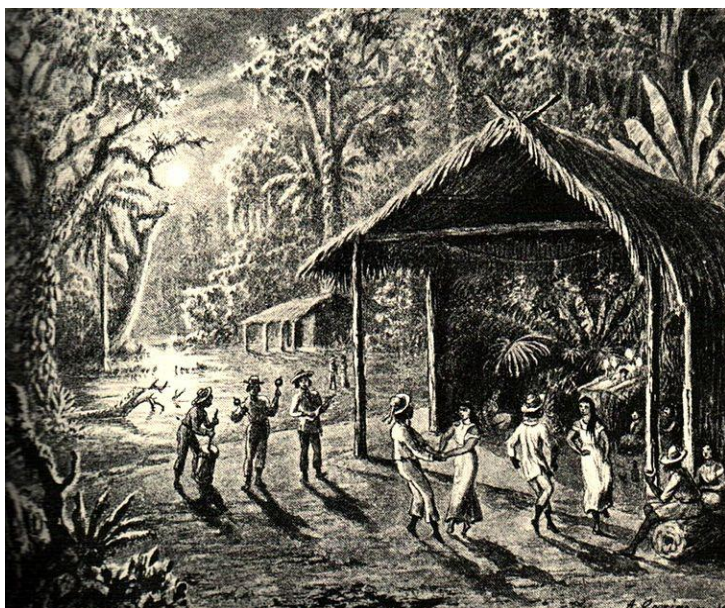
Los animales recogidos durante el día eran preparados en la siguiente parada para garantizar la preservación. La recolección de “bellos y raros ejemplares” era un trabajo que realizaba con “amor y pacer”. (Íbidem: 39) Producto de estas cacerías, fueron a dar muchos ejemplares vivos el Acuario de Berlín, como un “...cuchi cuchi” o *Cercoleptes caudivolvulus*, que él mismo se llevó a Alemania y del que refiere: “El animalito se acostumbró tanto a mí, que entendía cada una de mis palabras y quería estar todo el tiempo a mi lado. En la larga travesía por mar nos divirtió mucho con sus gracias, y pronto se convirtió en el consentido de los pasajeros.” (Íbidem: 54)

A su fervor coleccionista de especies, se sumaba el de la realización de registros gráficos de flora y fauna; además de algunos dibujos dedicados a los grupos humanos. Cuando el cansancio los vencía y llegaba la noche antes de llegar a algún caserío donde descansar, armaban el campamento en el primer espacio amplio que consiguieran, despejando el lugar a fuerza de machete.

Más adelante en su recorrido llegaron a una aldea donde “reinaba un ajetreo inusitado”. Se trataba del velorio de un niño, al que fueron invitados y aceptaron acudir para no parecer descorteses. Le extraña al viajero este festejo en el que los lugareños celebran bailando, al son de guitarras y maracas, la muerte de un niño, al que consideran una vez muerto un “angelito”.

El cuerpo del angelito lo llevaban muchas veces de choza en choza para continuar durante varios días el velorio. Los cantores improvisaban versos dedicados al angelito y también le dedicaron otros al viajero alemán, que decían:

“Que el blanco curioso tenga salud, que encuentre muchos pájaros bonitos, que pueda pintar lo que quiera, que vuelva a encontrar a su novia, si tiene una, etc.” (Íbidem: 66) Las manifestaciones de duelo por los adultos, en cambio, le parecieron al científico muy desagradables. Según él, cada uno quería llorar y lamentarse más fuerte que el otro.



Velorio, Anton Goering

En algunos de sus recorridos, debido a sus habilidades con el pincel, le pidieron que restaurara algunas imágenes de santos que estaban deterioradas y gracias a este trabajo de restauración los habitantes del pueblo en cuestión contribuían con productos agrícolas y naturales para su alimentación. “Mis gastos fueron cubiertos por colaboración, es decir, cada familia tenía que dar una contribución según su posición y medios (...) con pequeños favores como éste se consigue que la gente sea servicial.” (Íbidem: 94-95)

III.5.4 Ascenso a la cordillera

A medida que avanzaban en su trayecto por la selva, comenzaron a aparecer en el paisaje pequeñas quebradas de agua clara proveniente de las montañas. Los viajeros sedientos y cansados de beber durante muchos días agua estancada y cenagosa, saborearon con placer el agua fresca. En estos parajes pudieron detenerse y el científico se dedicó tranquilamente a recolectar especies y trabajar en su cuaderno de dibujos. Abandonaron el caserío de Caño Negro en el estado Zulia y poco después de subir un camino pedregoso y empinado, pudieron percibir el murmullo del río Chama: “Este río nace en el páramo de Mucuchíes y pasa por nuestro objetivo final, Mérida, de donde parecía que nos traía saludos.” (Íbidem: 76)

A medida que iban ascendiendo, las lluvias y el suelo fangoso del camino dificultaron la marcha de las mulas; pues eran trayectos empinados de barro, sin piedras en las que los animales pudieran apoyar sus cascos con firmeza. Sin embargo se resbalaban a cada momento, por lo que trataban de mantenerlos alejados unos de otros, pues si el animal que iba adelante se resbalaba y caía al abismo, se llevaría toda la recua.

(...) de repente resonó la voz del guía ¡se va la mula! El pobre animal que llevaba una carga bastante pesada no había podido con una cuesta empinada y fangosa y se resbaló, pero no cayó sobre el animal que iba detrás, sino que se precipitó por la izquierda de la ladera. Cuando corrí al lugar vi a la pobre criaturita suspendida entre dos troncos a unos quince metros de profundidad (...) Afortunadamente en ese lugar la ladera no era demasiado escarpada, pudimos realizar la labor de salvamento y el animal sólo sufrió unas ligeras escoriaciones. (Íbidem: 85)

Al llegar a Estanques un arriero que encontraron en el camino, que acababa de perder a uno de sus burros de carga después de que el animal cayera por un abismo, les informó que las laderas estaban “muy malas”, pues en el sendero riescoso se habían abierto grandes grietas a causa de las lluvias. Con mucha dificultad prosiguieron la marcha dominando el torrente del espumoso y crecido río y los angostos riscos por donde a duras penas cabía un jinete. Refiere el científico

que el trayecto era tan riesgoso que sus compañeros se encomendaban a sus santos patronos antes de enfrentar cada peligro.

En el pueblo de Lagunillas exploraron la laguna, de la que destaca el raro mineral llamado *urao* "...una sal sódica que los indios extraían antiguamente sumergiéndose en la laguna y utilizando *totumas*." (Íbidem: 87) Los nativos utilizaban esta sustancia para hacer un ungüento espeso al que llaman *chimó*, que los venezolanos llevan consigo en cajitas hechas de cacho u hojalata y lo usan en lugar del tabaco.

Cuenta el viajero que en el pueblo de Jají lo rodearon los habitantes, sobre todo mujeres preguntándole si traía hilos, espejos o perlas, porque lo habían confundido con un comerciante; pero cuando les dijo que el motivo de su viaje era cazar aves e insectos y pintar, pensaron que se trataba de un loco. En las cercanías del río Capaz encontraron un pequeño caserío, que fue abandonado por sus habitantes cuando sintieron la llegada de los viajeros. Sólo después de que éstos gritaran varias veces *¡somos amigos!* se fueron regresando poco a poco al lugar los pobladores, quienes les explicaron a los visitantes que habían huido porque pensaron que se trataba de soldados que tenían la intención de llevarse a sus hijos varones. Reseña Goering sobre estos individuos:

Para ser indios esta gente era bastante bonita. Las muchachas hasta mostraban cierta gracia. Al poco ya había hecho amistad con ellos, les di algunos regalitos que les encantaron, especialmente los espejitos (...) Definitivamente es preferible tratar con los indios de habla hispana que con otros habitantes con mezcla de sangre negra, y durante mis viajes siempre tuve el cuidado de elegir indios como guías. Sin embargo, en la costa es muy difícil conseguir gente de sangre pura, pues ahí la mayoría de los obreros, marineros, arrieros y comerciantes son negros, aunque muy pocas veces son artesanos. Pero mientras más se adentra uno en el país, más escasos se vuelven también los negros. En las provincias de la cordillera debe haber muy pocos. (Íbidem: 93)

A medida que recorre la geografía venezolana, Goering advierte en los pobladores un colorido muy diverso, producto de los más variados tipos de mezclas humanas; que se fue conformando paulatinamente a partir de las tres razas principales. Consideraba el científico, por ejemplo, que la mezcla entre blancos e indios, es decir mestizos, causaba una mejor impresión y que éstos poseían un carácter y unas capacidades superiores a las de los zambos, descendientes de negros e indios.

Después de pasar el pueblito de Ejido, rodeado de frondosas plantaciones, el viajero divisa la meseta de Mérida y como telón de fondo la Sierra Nevada. “Los picos se mostraron en todo su esplendor y majestad. El sol cada vez más bajo lanzaba sus rayos sobre los picos nevados. *¡El sol de los venados!* Exclamaron mis acompañantes; *un buen presagio para tu llegada a Mérida.*” (Íbidem: 97)



Mérida y la Sierra Nevada, Goering

“He conservado en mi memoria los efectos de luz, que me recordaron vivamente el arrebol de nuestros Alpes, e intento reproducirlos hasta donde es posible en la estampa adjunta.” (Íbidem: 98), escribe Goering sobre su impresión al ver la Sierra Nevada de Mérida bajo el sol de los venados.

III.5.5 Mérida, la perla de la cordillera

La llegada de los viajeros a la ciudad causó gran sensación, los curiosos salieron a las calles desiertas de la ciudad a preguntarles quiénes eran y qué querían; pues el aspecto de los visitantes después de la larga y tortuosa travesía llamaba más la atención que el cargamento de monos, loros, cuchi cuchis y otros animales que habían capturado a lo largo del viaje. “Ya estaba bastante oscuro cuando nuestra tropilla se detuvo frente a la única posada del lugar, la cual se encuentra cerca de la plaza principal y donde nos recibió amigablemente el posadero, el coronel Ranjel (sic). ¡Gracias a Dios que estamos en Mérida, la perla de la cordillera!” (Íbidem: 98)

La ciudad que describe Goering, situada a 1.630 metros sobre el nivel del mar, tiene un clima de perenne primavera, cuyos picos más altos se conservaban llenos de nieve. Para ese momento tenía entre cinco mil y seis mil habitantes, dedicados principalmente a la agricultura y el comercio. Al igual que Caracas, Mérida mostraba los vestigios del terremoto que la había azotado cincuenta y siete años antes, en 1812.

Durante su primer día en Mérida, se dedicó a observar la majestuosidad del paisaje circundante. Las faldas de las montañas, las plantaciones de café en las laderas del río Chama; el río Albarregas, que recibe en su curso al pequeño río Milla; las calles cruzadas en ángulos rectos; las modestas casas, que debido a los frecuentes temblores, generalmente no tenían sino un piso y las nueve iglesias, entre las que destacaba la catedral, ubicada frente a la plaza principal.

El ganado pastaba en las calles y plazas de la ciudad, que siempre estaban cubiertas de hierba. Los lugareños se retiraban a dormir muy temprano y ya a las ocho la ciudad se encontraba totalmente desierta. El lunes resultaba más animado, pues era el día de mercado, y según nuestro viajero se trataba del mercado más interesante de Venezuela, pues se comerciaban allí productos de todos los climas. De Mucuchíes traían trigo, papas, mantequillas, quesos, arvejas, coles; y al lado de estos productos se exhibían los del trópico, como la caña de azúcar, aprovechada por las señoras de Mérida para preparar dulces y tortas. Ese día era el ideal para conocer a la gente que venía de las zonas aledañas a vender las mercancías que traían desde sus localidades, a lomo de mula o burro. “Las muchachas indias que vienen de las regiones montañosas son de piel más clara y usan ropas oscuras de lana apropiadas para su clima local. Los indios de los valles cálidos, en cambio, son más morenos y se visten con trajes claros y ligeros que apenas les cubren la forma del cuerpo.” (Íbidem: 103)

Entre la gente que vio en el mercado, particularmente algunos mestizos le recordaban a sus compatriotas de las comarcas del norte de Alemania. Hombres y mujeres de cabellos rubios y ojos azules, de quienes afirma: “De hecho se puede suponer que por sus venas corre sangre alemana.” (Íbidem) Lo que atribuye el científico al tiempo cuando trajeron a Coro soldados alemanes, los cuales se dispersaron por la cordillera. Suponemos que se refiere a las primeras décadas del siglo XVI, cuando los Welser administraban la provincia de Venezuela con permiso del rey de España. Tiempo en que muchos alemanes se vinieron a estas tierras con el compromiso de fundar ciudades y fortificaciones, aprovechando la oportunidad de explorar y hacer negocios en el “Nuevo Mundo”.

Continúa su relato de aquel día de mercado en Mérida el explorador alemán, haciendo referencia a una exquisitez que encontró en la esquina diagonal a la iglesia: “...helados de frutas hechos con hielo natural traído de la Sierra Nevada.” (Íbidem: 103) Venezuela importaba hielo desde principios del siglo XIX, pero se trataba de una exquisitez que sólo estaba al acceso de familias adineradas. Se usaba como medicamento, pero también para elaborar bebidas y helados. Sin

embargo, en Mérida el hielo era traído desde la Sierra Nevada, por cargadores indígenas que lo transportaban en sus espaldas en maletas hechas de cuero de chivo. Cada una de esas maletas podía llegar a pesar más de 35 kilos. Existen relatos que dan cuenta de cómo las familias más acaudaladas de la ciudad de Mérida halagaban a sus invitados más especiales adornando sus mesas con hielo traído de los picos. (García, 2010: 25)

Los campesinos que llevan productos al mercado gastan el mismo día en el mercado el dinero que ganaron con sus ventas, porque también los comerciantes de la ciudad se benefician con sus ventas el día de mercado. Las jóvenes merideñas observan el ajeteo de ese día desde las ventanas de sus casas, “Esta es casi su única distracción en la aburrida vida social de la ciudad” (Goering, 1993: 103)

III.5.6 Los amigos y ayudantes

Goering estableció amistad en Mérida con diversos grupos, entre los que se encontraban algunos sacerdotes, quienes en general se mostraban muy amables con los viajeros, aunque éstos fueran de otras religiones. Sus amigos merideños lo ayudaban frecuentemente con sus trabajos de recolección y otros que eran campesinos lo apoyaron en sus excursiones. “Llenaba frascos con alcohol y los repartía, y el lunes siguiente me los entregaban llenos de escarabajos, según mis instrucciones, y yo les pagaba una pequeña cantidad. La noticia pronto se regó por toda la cordillera de Mérida, a tal punto que tuve que rechazar la exagerada afluencia de ayudantes de naturalista.” (Íbidem: 104) Al igual que le sucedió en Caripe, algunos de estos ayudantes terminaban poniendo los insectos en agua porque el alcohol era demasiada tentación para ellos, de modo que tuvo que inventar que le había colocado un veneno al alcohol, lo que hizo que se redujera la afluencia de voluntarios.

Pero entre tantos voluntarios y amigos, el principal acompañante que tuvo el alemán durante su estadía en Mérida, fue un mestizo llamado Esteban, que desde la llegada del viajero se le presentó diciendo: “Jo también sui naturalista” (sic),

porque había servido de guía a otros viajeros coleccionistas que había pasado anteriormente por la ciudad. El muchacho sabía disecar aves y coleccionar insectos, por lo que su colaboración era muy útil. “Esteban compartió conmigo penas y alegrías.” afirma Goering en su relato.

III.5.7 Las bonitas y laboriosas merideñas

Aunque se trataba de una celebración religiosa, la del Corpus Christi traía mucha alegría a la ciudad. De los campos llevaban a la ciudad cargamentos de flores, frutos y pájaros; que servían para que las jóvenes pertenecientes a las más importantes familias de la ciudad, adornaran arcos que eran colocados en las cuatro esquinas de la plaza. Relata el científico alemán que esta oportunidad le sirvió para conocer a algunas damiselas merideñas, pues era muy difícil verlas por la calle, exceptuando cuando iban a misa, siempre ocultas tras sus elaborados atavíos.

No podía faltar alguna referencia acerca del atractivo o falta de éste en las mujeres, que en sus descripciones de cada lugar por donde pasa es tema frecuente en sus comentarios. “Entre estas jóvenes hay algunas verdaderamente bonitas y su tez sonrosada revela que viven en el clima templado de las alturas...” (Íbidem: 104) Luego de terminar la celebración los adornos de los arcos fueron vendidos, por lo que el científico pudo hacerse con algunas orquídeas y más de un pájaro de las altas montañas.

Las peleas de gallos y en especial la fiesta de los toros eran otras de las festividades que alegraban la vida de la apacible ciudad. Las corridas de toros generalmente se llevaban a cabo los días de fiesta nacional, de este espectáculo refiere Goering que las mujeres eran bastante aficionadas.

Aunque para el tiempo de la visita de Goering a Mérida, la ciudad ya contaba con una universidad, afirma éste en su relato que la gente joven procuraba irse a estudiar a Caracas “...donde el doctor Adolfo Ernst, un alemán que es director del Museo Nacional, enseña todas las Ciencias Naturales...” (Íbidem: 106)

En los sitios que visitó este científico procuró dar a conocer a los lugareños el trabajo que estaba realizando. En Mérida pudo presentar exposiciones de sus bocetos y colecciones y, como solía suceder, la gente quedaba impresionada al conocer tantas cosas de su propio país que les eran desconocidas. “En donde sea que estuve, siempre traté de lograr que la gente se interesara en las bellezas naturales de su país (...) Cuántas veces oí decir: *¿Y en nuestras selvas hay tantas especies de aves bellas?*” (Íbidem)

III.5.8 Las excursiones

En compañía de su amigo merideño Esteban, llamado por Goering “San Esteban” como apelativo a aquel hermoso valle tan estimado por Bellermann; recorrió los páramos y campos circundantes. San Jacinto, La Otra Banda, el valle del Chama y el valle que cruza el río Mucujún, El Encanto, la Loma de los Ángeles, Tabay, Mucurubá y Mucuchíes. “La naturaleza invita a hacer excursiones hacia todos los rumbos y por todos lados se encuentran rinconcitos acogedores para hacer una siesta.” (Íbidem: 116)

Con los señores Kirsten y Bock, hamburgueses, amantes de la naturaleza y su sentido artístico, emprendió una excursión que los llevó por Tovar, La Grita, El Zumbador, Táriba, San Cristóbal y Cúcuta. “Debe haber sido la primera vez, y quizá la última, que aparecieron por la cordillera tres alemanes cabalgando juntos.” (Íbidem: 122)

Para el ascenso a la Sierra Nevada decidió aventurarse a pie, sin animales de carga ni cabalgaduras. En compañía de Esteban y otros dos ayudantes, abastecidos de carne de res, pan, maíz, café, azúcar y aguardiente; emprendieron el ascenso aquel junio, con buen tiempo. Los ayudantes debían descansar a cada rato, arrepentidos de haberse ofrecido a llevar la carga estuvieron a punto de regresarse; sólo la promesa del científico de pagarles más dinero los retuvo acompañando la desafiante empresa. Cruzando los páramos llegaron a los pasos más altos, donde encontraron por todas partes cruces de madera en memoria de

los viajeros que allí habían muerto. Distingue de este paisaje especialmente a la *Espeletia Argentea* o frailejón, con sus hojas gruesas y aterciopeladas. Después de ocho días en el páramo, cuando el cielo aclaró, subió al picacho La Columna. “Felices por esta visita y reconfortados con la comida y la bebida, nos dirigimos a preparar un refugio para la noche debajo de un bloque de piedra que estaba montado sobre otros, formando una especie de cueva; pero mi gente sólo se dispuso a hacerlo después de que les prometí otro aumento de salario.” (Íbidem: 136)

Aunque no pudo escalar la cumbre del pico, tuvo la satisfacción de haber llegado lo suficientemente alto. Persuadido por sus acompañantes, se despidió del picacho agitando el sombrero. En septiembre de 1869 se despidió de Mérida, muy a su pesar. Frente a la casa del General Balsa, quien lo alojó durante los últimos meses en su vivienda frente a la plaza mayor, una de las pocas que contaba con dos pisos en la pequeña ciudad; se reunió un grupo de jinetes para acompañarlo. Cruzando Mucuchíes y Apartaderos, salió de Mérida en dirección a Barinas. “Lleno de nostalgia volví a mirar una vez más en dirección a Mérida. Por sobre las alturas del páramo de Mucuchíes se alzaban al fondo, a la derecha, los picos nevados más altos de la Sierra Nevada.” (Íbidem: 139)

III.5.9 El regreso a Caracas

Desde Maracaibo navegaron diez días hasta las costas de Puerto Cabello y tuvo la oportunidad de visitar de nuevo su añorado San Esteban. Allí disfrutó de la hospitalidad de algunos de sus compatriotas alemanes, como los señores Römer, Leseur, Ermen, Gruner, Schieremberg, entre otros más que se habían establecido en la región. Durante esta estadía realizó excursiones por la selva montañosa hacia el lago de Valencia.

Sobre el llanero refiere que el llanero se parece al gaucho de las pampas argentinas en su modo de comportarse.

“Es un excelente jinete y parece más bien un centauro cuando corre sobre su caballo por las sabanas y caminos del llano. Con completa conciencia de su fuerza y audacia acostumbra cantar:

Con mi lanza y mi caballo
no me importa la fortuna,
alumbre o no alumbre el sol,
brille o no brille la luna.” (Íbidem: 145)

Después de un breve descanso bajo el gigantesco Samán de Güere, siguieron el viaje a Caracas. Y más adelante escribe: “Desde un cerro entre Antímano y la ciudad dibujé el boceto que originó el cuadro a colores adjunto.” (Íbidem: 145)



Valle de Caracas con la Silla, Goering

Como lo muestra el cuadro, refiere Goering, desde esta ciudad capital se pueden emprender excursiones muy gratificantes en todas las direcciones. La impresión que causa la vista de este valle, que posee una agricultura bien desarrollada, es de sosiego y belleza. “Pero ¡cuántas veces no se ha

desencadenado la furia de la guerra en este valle majestuoso! ¡Cuántas veces lo ha asolado la revolución!” (Íbidem: 148). Así se despide del valle de Caracas:

Como un nido de golondrinas construido entre rocas se encuentra La Guaira, el puerto de Caracas. Justo detrás de la ciudad, un viejo camino para caballos, de la época española, sube por la montaña hacia la Silla. Más hacia el oeste existe desde hace poco un ferrocarril que da una vuelta amplia buscando el paso más adecuado. Al seguir este camino, cuando se pasa el punto más alto, se nos abre un paisaje esplendoroso. Se ve el valle alto de Caracas con la capital de la república en forma de un tablero de ajedrez. (Íbidem: 22)

III.5.10 La Venezuela de Goering

Ocho años permaneció este curioso alemán recorriendo la geografía de nuestro país. De estas vivencias relata: “En este tiempo viví tres revoluciones y una gran cantidad de las llamadas *revolucioncitas*. Las pausas ocasionadas por ellas las utilicé para hacer mis bosquejos de viaje, tomando como residencia las ciudades costeras donde viví hermosas horas rodeado de amables compatriotas que siempre recordaré agradecido.” (Íbidem: 14)

Para aquellos años en los que nos visitó Goering; Venezuela acababa de enfrentar la guerra más larga de su historia, que había mantenido en pugna a las dos tendencias políticas surgidas después de la Independencia. Después del triunfo del Liberalismo, se producen dos insurrecciones; la conocida como *Revolución Azul* (1867-1868) y la *Revolución de Abril* (1870), rebelión que consolida a Guzmán Blanco en el poder.

Goering hace pocas referencias al contexto político venezolano, sin embargo, en algunas ocasiones deja ver su apreciación acerca la cultura política de los habitantes del país, como en esta anécdota que referimos:

La ingeniosidad de mi zambo y el interés que tomaba en mis trabajos me indujeron a confiarle el cargo de mi sirviente personal, cosa que al parecer le gustó mucho a pesar de que tenía un alto rango militar de “coronel teniente”. En Venezuela y en la mayoría de los demás países suramericanos predominan circunstancias muy

curiosas a este respecto. Uno puede encontrar carreteros y arrieros, gente apenas iniciada en los secretos de la lectura y la escritura, que no por eso son menos que “generales”. También el honor militar se rige aquí por conceptos extraños. En las frecuentes épocas de las revoluciones vi personas que un día eran “azules” y a la mañana siguiente “amarillos”, es decir, que según el resultado de la revolución cambiaban de partido y de color. Con este fin llevaban cintas de los colores respectivos en el bolsillo, de manera que si triunfaba el enemigo podían prenderse rápidamente su divisa en el sombrero y pasar a ser desertores. (Íbidem: 71)

Nos resulta interesante su testimonio acerca de la criminalidad en el país, no sólo por su mirada de extranjero, sino porque fueron muchos los años que permaneció viviendo en el país y recorriéndolo. Refiere que en Venezuela hay pocos asesinatos por robo, pero los hay más por causas políticas. “Esta tranquilidad se refleja en el sistema de prisiones. Algunos pueblitos no tienen ningún tipo de cárcel”. (Íbidem: 140) Sin embargo, como hemos podido evidenciar, es la política lo que subvierte el sosiego de aquel territorio que comenzaba a conformar su identidad. “Mucho menos apacibles son las circunstancias cuando estalla alguna de las frecuentes revoluciones. Entonces tanto las tropas del gobierno como los rebeldes se apropian sin miramientos de los caballos, mulas y burros, sin fijarse si pertenecen a amigos o enemigos. También se obliga a la población a prestar servicio militar.” (Íbidem)

Este científico y artista, fue un espectador distraído por la belleza natural de Venezuela, en tiempos de reyertas y gestación de una nación. Los venezolanos, ocupados en sus propias luchas políticas, no tenían tiempo para la contemplación de su majestuoso y rico entorno natural. Afirma Goering: “Muchas veces tuve la oportunidad de ser testigo de luchas largas. De ellas la que conservo más viva en mi memoria es la que tuvo lugar en Caracas en el año 1870. Después de tres días de luchas horribles, la ciudad fue tomada por el General Guzmán Blanco. Luego, como presidente de Venezuela, Guzmán Blanco mantuvo el país en calma por largos años. Gritando y disparando de todas direcciones, entraron hordas abigarradas muy variadas en la Plaza Mayor, donde una agresiva salva de artillería

pregonaba el triunfo del nuevo dueño del poder.” (Íbidem: 148) Se refiere a la Revolución de Abril, que marcaría el inicio del período guzmancista.

Goering se despide de “el más bello país del trópico” en 1872. Para el momento de su partida, considera que el país había avanzado mucho y estaba a la cabeza de los países sudamericanos.

(...) aunque nuevas revoluciones estorban el progreso (...) Venezuela se convirtió prácticamente en mi segunda patria. Y cuando después de ocho años de largas estadías y viajes por todos los rumbos llegó el momento de la despedida, miré las montañas costeras de Puerto Cabello y la majestuosa Silla de Caracas, desde la cubierta del barco, con sentimientos muy encontrados (...) este cuadro encantador es imborrable para mí, y así también el ardiente deseo de volver a verlo en la realidad. ¿Se cumplirá alguna vez este deseo? (Íbidem: 151)

III.6 Miguel María Lisboa (1809-1881)

En los albores del siglo XIX Brasil recibió en su territorio a la élite monárquica que hasta ese momento había gobernado esa colonia desde Portugal, y que ahora huía a América, amenazada por la crisis del viejo continente. La sociedad brasileña colonial acogió al monarca, Joao VI y a 15.000 miembros de la nobleza europea que viajaron con él, para protegerlos de la invasión a la Península Ibérica por parte de Napoleón. Cuando en 1808 la corona portuguesa llega a Brasil, cambia el rumbo histórico de esta colonia sudamericana. “Se produce la desnaturalización del estatus colonial y se le confiere un certero golpe al viejo sistema colonial, pasando Portugal a convertirse en la colonia del Brasil.” (Mendible, 2011: 115)

En 1820, después de la revolución portuguesa de Oporto, el rey Joao VI retornó a Portugal; pero su hijo Pedro I no quiso regresar y luego de proclamar la independencia de Brasil, con el conocido “Grito de Ipiranga” en 1822, él y su hijo Pedro II, quien lo sucediera en el trono, consolidaron un Estado nacional brasileiro, que llegó a ser conocido como Imperio de Brasil. Por lo tanto, la independencia de

Brasil, "...se incubó dentro del seno imperial mediante un acuerdo dentro de la familia real gobernante." (Íbidem: 116)

Miguel María Lisboa, también conocido como el "Consejero Lisboa", fue un diplomático brasileño, perteneciente a una familia noble de origen portugués. Fue el primer embajador del Imperio de Brasil en Venezuela, donde estuvo en dos ocasiones; la primera entre 1843 y 1844, como Ministro Consejero del Gobierno de Brasil; y la segunda vez entre 1852 y 1854, como Ministro Plenipotenciario. En el desempeño de esta labor diplomática, logró establecer con éxito tratados de amistad, limítrofes, de navegación fluvial y de extradición de reos.

Durante su segunda estadía en Venezuela, viajó a Barcelona, Cumaná y Margarita. Aun cuando no pudo visitar la Cueva del Guácharo, hizo el primer plano del lugar "...logrando ensamblar una descripción bastante fiel de lo conocido para esa fecha, que alcanzaba hasta el *Salón Precioso* (...) Con el conocimiento actual de las fuentes históricas del siglo XIX, creemos que este es el primer plano publicado de una cueva venezolana." (Urbani, 1986: 29)

Su experiencia en Venezuela está relatada en su *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador*, que fue publicada en portugués en 1866; y en español por la Presidencia de la República de Venezuela en 1954.

III.6.1 La Guaira

Para su segundo viaje al país, describe La Guaira como una ciudad de aspecto triste, con edificios irregulares, casas de sobra y espaciosos almacenes de mercancías; calles atestadas de burros de carga; una plaza-mercado adornada con árboles y una fuente pública. De lo que fue un importante puerto colonial, apenas se conservaban las fortificaciones de la costa, y el castillo que coronaba la ciudad estaba desartillado y desmantelado, "...quien no tenga allí negocios que lo reclamen no podrá dejar de sentir un movimiento de impaciencia para abandonar este puerto, especialmente si tiene conocimiento del ameno valle y apacible clima de que le

separa la empinada sierra que comienza a elevarse desde el centro de la población.” (Lisboa en: Pino Iturrieta y Calzadilla: 1992: 24)

La población de La Guaira, que se elevaba aproximadamente a 10.000 habitantes, estaba compuesta principalmente por hombres de color, ágiles y robustos. Fondeaban en su ensenada entre treinta y cincuenta embarcaciones nacionales y extranjeras, entre estas últimas la mayoría eran españolas, americanas, inglesas y francesas, “A mi llegada a La Guayra, de 30 barcos que había en el puerto, contando todo el cabotaje, nueve eran españoles.” (Íbidem: 25)

Con la misión de mejorar las condiciones de este puerto, el gobierno de Venezuela había contratado a Mr. Walter, uno de los más reconocidos ingenieros de los Estados Unidos; quien propuso construir una escollera que se prolongase en ángulo agudo con la costa y un muelle de desembarco. El gobierno aprobó los recursos para el proyecto del estadounidense. Uno de los miembros del Consejo de Estado, vecino de Caracas, fue a examinar personalmente el lugar y consideró que la obra no se correspondía con la finalidad que se perseguía y que con esas proyecciones el puerto se llenaría de arena y no resistiría un “mar de leva”. El consejo de este ciudadano no fue atendido y Mr. Walter prosiguió con la obra:

(...) para acarrear la gran masa de piedra que debía formar la muralla submarina, construyó un extenso camino de hierro, cumpliendo con escrúpulo aquello a que se había comprometido. Yo le vi terminado, en el año 1847, y pasé sobre sus plataformas; oí entonces tachar de presunción al venezolano que se atrevió a predecir la inutilidad de una obra tan elegante y perfecta; y yo le vi en 1852 (...) Arruinado e inutilizado, el recinto que había formado, obstruido por la arena; el muelle de desembarco, en seco; la muralla, que parecía tan fuerte, completamente desmoronada y reducida a un montón de piedras sueltas (...) Útil lección para los gobiernos americanos, que les enseña que respetando mucho los progresos que ha tenido la ciencia en Europa, deben tener en cuenta, siempre que tengan que arriesgar sus capitales, los consejos de la práctica local... (Íbidem)

III.6.2 La ciudad de Caracas

El diplomático brasileño nos ofrece una descripción muy detallada que nos permite conocer cómo eran las calles, las viviendas, los servicios públicos. Comienza pormenorizando la conformación física de la ciudad. Cuenta con 16 calles que se extienden longitudinalmente entre la sierra y el Guaire; cruzadas por 17 calles transversales que sólo en el centro de la ciudad están edificadas en toda su extensión. “Estas calles se cruzan, como en todas las poblaciones españolas, en ángulo recto y forman manzanas a las que llaman cuadras (...) Este sistema de manzanas, de igual tamaño, facilita los cálculos de distancia; no se acostumbra a medir ésta por fracciones de legua o de milla, sino por cuadras, y con decir: “...tal lugar dista de la plaza diez o doce cuadras, o tal casa dista de aquí dos cuadras hacia abajo o tres a la izquierda, se da una idea más fácil de comprender...” (Íbidem: 26)

Prosigue Lisboa refiriendo que aunque las calles de Caracas tienen sus nombres, la gente conoce los lugares por las esquinas; por lo que la ciudad tenía 140 esquinas con sus nombres, que en algunos casos aluden a títulos de familia, como las llamadas de Las Madrices o del Conde. Las calles de la ciudad son incómodas, su piso es de piedra menuda o guijarro comprimido. Comparándolas con el estado en que se encontraban en su primer viaje, en esta segunda oportunidad la ciudad estaba en mejores condiciones. Se habían construido aceras cómodas y sólidas, más altas que el centro de la calle, por donde transitaban generalmente carretas de transporte de géneros. Según el posadero, “...Coches de dos ruedas particulares hay muy pocos, de alquiler, sólo el posadero Delfín tiene algunos muy malos que alquila para los viajes a La Guayra (para donde existe una línea regular y diaria de diligencias) y para los paseos a los arrabales de la capital.” (Íbidem)

La ciudad tenía ocho plazas, la principal estaba ubicada en el centro de la ciudad. Por no estar esta plaza a la misma altura de los edificios circundantes, para llegar a su centro había que subir algunos escalones si se venía desde la parte inferior o bajar algunos escalones si se venía desde la parte norte. Allí se celebraba todas las mañanas el mercado principal, en el que abundaban plátanos, mangos, aguacates, caobos, zapotes, naranjas, melones, apios; también llegaba diariamente pescado desde La Guaira. Otros animales que se vendían en el mercado eran la tortuga y el jabuti "...cuyo hígado se considera exquisito y es comparable al *foie-gras*; a veces llegan langostas y ostras, alguna caza, como pacas, caticus, mutum, zorzaes, etc." (Íbidem: 27)

Se extiende el diplomático en su descripción del Palacio de Gobierno, despacho del Presidente de la República, que estaba ubicado en la parte Oeste de esta plaza. Se trataba de una buena casa, sin pretensiones arquitectónicas. Había tres conventos, a saber, el de las hermanas dominicas; el de las carmelitas y el de las concepciones. El Palacio del Arzobispo era un edificio extenso, pero sencillo, compartido con la Universidad de Caracas. El mejor de Caracas, espacioso y elevado, era el del antiguo convento de San Francisco, sede de las Cámaras Legislativas; según refiere el visitante.

En general, las casas eran espaciosas y estaban construidas con una masa de tierra y paja llamada *adobe*. Las más lujosas estaban edificadas con ladrillo o mampostería. Tenían una sola planta, por el temor que tienen los habitantes de la ciudad a los estragos ocasionados por los terremotos. De este modo expresa Lisboa la impresión que le generaron los vestigios que permanecían del terremoto de 1812:

¡Quien llega por primera vez a Caracas no puede dejar de contemplar, con un sentimiento de melancolía, los testimonios que aún están allí, a pesar de haber transcurrido más de cuarenta años, del fatal terremoto de 1812! No fatigaré al lector con una nueva descripción de este terrible azote en el que perecieron 12.000 personas; baste decir que de todas las iglesias de Caracas, sólo lo resistieron la de San Francisco y la Catedral. Tuvo lugar aquel terremoto el 26 de marzo, Viernes Santo, a las cuatro y siete minutos de la tarde, cuando estaban llenas de gente las iglesias y se preparaba una procesión. (Íbidem: 34)

Prosigue detallando las viviendas, cuyas ventanas exteriores eran altas y anchas, y estaban protegidas externamente por rejas de hierro, lo que representaba un estorbo para los transeúntes. “Sobre muchas puertas de calle existen letreros que patentizan aquella unción religiosa, característica de los pueblos iberos (...) *Ntra Sra. del Carmen, patrona de esta casa, Dios, Uno y Trino, patrón de esta casa, etc.*” (Íbidem: 34)

Por la mayor parte de las calles corría una acequia de agua corriente que era alimentada con los sobrantes de las fuentes públicas. “Vense, con todo, algunas casas con sobrado, como los palacios del Gobierno y del Arzobispo, la casa del Municipio y algunas otras particulares. Las residencias de los Condes de San Xavier y de Tovar (la primera muy estropeada), estando en buen estado, sería un excelente palacete en cualquier parte del mundo.” (Íbidem) En los comercios, ubicados en su mayoría entre la Plaza de San Francisco y de San Pablo, había abundante mercancía y quincallería inglesa, francesa, alemana y americana; aunque, según el juicio del diplomático, distaban mucho del lujo de los almacenes de Londres y París; incluso de los de las calles de Ouvidor y Quintada, en Río de Janeiro. La iluminación de la ciudad consistía en faroles encristalados con candiles.

Acerca del único teatro de la ciudad, sostiene Lisboa “...tal nombre no merece el miserable sitio...” Era éste el llamado *La Unión*, frecuentado únicamente por las clases más bajas de la sociedad. Las corridas de toros y el coleo, prácticas muy arraigadas en la sociedad caraqueña, se llevaban a cabo en las calles, causando peligros y molestias a los transeúntes. Entre los entretenimientos más populares de los vecinos de la ciudad y de los venezolanos en general, estaban las peleas de gallos, para cuya realización existían recintos llamados *circos de gallos* o *galleras*.

III.6.3 Los ríos y quebradas

Sobre el río Catuche se extienden los puentes de La Pastora, Trinidad, Puncelles, Candelaria y Monroy. El río Anauco tiene un puente; el Caroata tiene dos. “Sobre El Guayre, en el camino que va hacia la villa de Valle, se empezó a construir un magnífico puente que no costará menos de 100.000 doll.; pero se paró la obra por falta de fondos...” (28) El agua que beben los caraqueños se distribuye por conductos de barro cocido que van desde el río Catuche, hacia las fuentes públicas de la ciudad. Hay particulares que se pueden obtener una fuente, costeando su conducción y haciendo un pago anual al municipio por el servicio. Sin embargo, el agua del Catuche no es tan buena como la que se recoge en los arroyos de la sierra y en el Anauco. Los caraqueños tienen este proverbio: “El que bebe de Katuche (sic) vuelve a Caracas”. (Íbidem: 28)

III.6.4 Los venezolanos

El pueblo bajo de Caracas, sostiene Lisboa, manifiesta una confusión en sus ideas y sentimientos... “cierta mezcla de sumisión y altivez, de desconfianza y presunción, de extremo afecto y esquivez, en fin, cierta falta de fijeza de carácter, que es la consecuencia natural de su origen servil, modificado por la influencia de la revolución y de la subsecuente emancipación que es incapaz de obrar por sí en ningún caso, y constituye una mera máquina que sólo se mueve a impulso de los ambiciosos que la emplean en provecho propio.” (Íbidem: 34)

Del pueblo caraqueño, particularmente de las clases bajas, destaca su aseo, en especial el de las mujeres y el cuidado de su vestimenta. “Visten faldas de colores claros o blancos, llevan sobre su cabeza un manto (...) y sobre su cabeza un sombrero de paja. Todo ello tan limpio, tan planchado y tan alegre, que es un verdadero placer el visitar la plaza del mercado a las seis de la mañana y contemplar la gran concurrencia de vendedoras y compradoras, brillando con sus alegres trajes bajo los rayos del naciente y vivificador sol.” (Íbidem: 37) Los hombres usan

calzoncillos y camisa de algodón y sombrero de paja. El poncho, llamado en Venezuela *cobijo*, es de uso generalizado en todas las clases; bien sea fino o barato.

Destaca Lisboa el esnobismo de los caraqueños ante las modas venidas de Europa. La gente elegante de la capital viste al modo de París o Londres, "...los jóvenes caraqueños son pintureros y caprichosos para vestir..." (Íbidem: 38). Las señoras siguen las modas de *El pequeño correo de las damas*, aunque a Caracas no llegan las modas con la misma prontitud que a Río de Janeiro, aunque "...algunas caraqueñas, utilizando las facilidades que les proporcionan sus activas corresponsales de París, que les inician con anticipación en los importantes arcanos de los *Baisiens* y de los *Constantins*, se anticipen y brillen sobre las demás." (Íbidem)

Las caraqueñas, continúa Lisboa, como todas las mujeres latinas se esmeraban mucho en lucir su belleza, realzada ésta por sus finas cinturas y pies diminutos. Ellas en general no usaban sombrero, pero siempre iban a misa con la cabeza cubierta con un velo o mantilla. Allí se sentaban a la morisca, es decir, sobre sus alfombras, pues las iglesias de Caracas no tenían sillas, ya que era considerado poco compatible con la diversidad de castas. (Íbidem: 43)

El consejero describe a las clases altas como corteses y hasta elegantes en sus maneras, obsequiosos en la medida de sus modestas posibilidades, pues no se trataba de gente que tuviera profusas riquezas. Manifestaban una susceptibilidad extrema hacia las críticas que les pudieran hacer los extranjeros, que adjudica Lisboa a la conciencia que tenían estos estratos "del atraso de su país". Si una familia pasaba por alguna tribulación o enfermedad, la casa se vería llena de amigos, que no acudían movidos por la curiosidad, sino por un auténtico interés de ayudar en lo que se requiriera. De igual modo si se trataba de una celebración, baile o comida, los amigos se ayudaban mutuamente, sin que hubiera competencia, contribuían con el anfitrión para que todo culminara de manera exitosa. (Íbidem: 36)

Las señoras celebraban el día de su santo con una reunión o baile, que muchas veces se extendía hasta el amanecer, amenizado con polkas y contradanzas. Como los nombres más comunes entre las caraqueñas, eran

Mercedes, Dolores, Carmen, Rosario o Teresa; los días de esas santas había en la ciudad festejos simultáneos. El baile favorito de las jóvenes caraqueñas era la contradanza, que bailaban como un fandango, con una ligera cadencia de rumba, que "...si tiene algo de lascivo es la poesía de la lascivia...". La rumba propiamente dicha sólo era bailada por las clases bajas. (Íbidem: 40)

Era común en Caracas que durante los bailes; las ventanas, patios y puertas interiores, se atiborrraran de criados y esclavos de ambos sexos "vestidos aseadamente", que, sin mezclarse con los invitados, acompañaban a las señoras a los festejos, "...no es raro verlos por los rincones aprovechando la música de los valeses y polkas, entregándose con ardor al ejercicio del baile." Esta costumbre, según Lisboa, da cuenta del carácter bondadoso de los americanos en general, quienes, sobre todo en los espacios urbanos y a pesar de la distancia que los separaba, trataban a sus esclavos como parte de la familia. (Íbidem)

Los mantuanos, pertenecientes a las familias más acaudaladas de la ciudad, como los Toro, Tovar, Ponte, Herrera, Palacios, Bolívar, Ibarra, Solórzano, Mijares, Ribas, Blanco, etc. conservaban la hidalguía de sus antecesores y pactaban alianzas dentro de las mismas familias, afectando el mejoramiento de la raza, pero evitando otros peligros. Desde tiempos antiguos existían en esta clase dos bandos enfrentados, conformados por el enfrentamiento entre dos familias: los *Toros* y *Tovares*. De esta rivalidad surgieron, por un lado la facción conformada por Toros, Herreras e Ibarra; y por otro la de los Tovares, Ribas y Blancos. (Íbidem: 37)

Existía la costumbre de *ofrecerse*, lo cual era un acto de cortesía que todo forastero que llegara a la ciudad debía realizar si quería relacionarse en sociedad. Esto consistía en enviar una tarjeta a las personas "principales" para establecer la primera visita. "Una vez iniciadas las relaciones, los caraqueños cumplen puntualmente sus deberes sociales, devuelven las visitas, respetan escrupulosamente los usos de felicitaciones y pésames, y hasta conocen los modernos de visitas de sobremesa, fiestas y Año Nuevo." (Íbidem: 39)

Caracas tiene hombres distinguidos por su saber, como Andrés Bello, “...autor de un tratado sobre el derecho de gentes, escritor de reputación, no sólo nacional sino europea...” (Íbidem: 44) También el político y financiero Santos Michelena, asesinado por el tumulto de enero de 1848. El doctor Vargas, médico que sigue los progresos de la ciencia o Fermín Toro figura distinguido como político y botánico. “Yo no sé si la actual tendencia política favorece los progresos de la educación; temo mucho que la relajación que el espíritu demagógico va sembrando por todas partes lo retrase por el contrario. Sería una lástima, porque los jóvenes caraqueños son vivos por naturaleza, fáciles de comprensión y elocuentes...” En éstos era corriente el empleo del francés, y el inglés comenzaba a popularizarse; debido a la facilidad de comunicaciones con Europa y a la vecindad con Estados Unidos, país a donde viajaban con frecuencia los jóvenes venezolanos y neogranadinos. (Íbidem)

Del hablar propio del venezolano destaca Lisboa el uso de los diminutivos, poniendo de ejemplo frases como: *lloviznandito*, *andandito*, *todito* o el tan generalizado *ahorita* (de ahora); fenómeno que no había observado en ninguna de las otras repúblicas americanas que visitó y que considera el diplomático, le dan “un sonido tierno” a la conversación, “muy en armonía con las costumbres suaves de los americanos”. (Íbidem: 45)

III.6.5 La cultura política

Según su criterio, el pueblo venezolano no tiene esa ferocidad que le atribuyen algunos “observadores apasionados”. Aunque engañado o seducido meta bulla y vocifere, el pueblo “bajo” es más bien dócil y fácil de manipular. Refiere el Consejero Lisboa, a modo de ejemplo, un acontecimiento ocurrido en Caracas, en ocasión del final del mandato de un presidente que había suscitado muchas enemistades y no quería entregar el poder a manos que no fuesen amigas. Había tres posibles sucesores, uno de los cuales era el vicepresidente y favorito del pueblo. Sin embargo, la última palabra la tenía el Congreso a quien le correspondía

decidir entre los tres candidatos más votados. El Presidente, que no confiaba en absoluto en su vicepresidente estuvo a punto de proclamarse dictador, pero un consejero le propuso un plan que acabaría torciendo la voluntad popular. La maniobra consistió en que durante tres noches un grupo de entre 150 y 200 hombres vestidos con ponchos recorrieron la ciudad con antorchas, echando tiros al aire y gritando “Muera el vicepresidente”, haciendo ver esta manifestación como un “pronunciamiento del pueblo”. Tal acontecimiento, aterrorizó de tal modo a la población y a los propios congresistas que el día de la elección terminaron favoreciendo las aspiraciones de otro candidato que además era pariente del presidente. (Íbidem: 35)

Las mujeres caraqueñas, sostiene el Consejero, lo mismo que las brasileñas, limeñas o argentinas; han representado un digno papel dando ejemplo de abnegación y firmeza. Así como hicieron en la guerra de Independencia, en las “...discusiones civiles ellas han tomado parte con calor, desinterés y nobleza; me consta que más de un compromiso de casamiento ha sido roto por la novia a consecuencia de las opiniones políticas del prometido.” (Íbidem: 37)

El testimonio de Lisboa da cuenta de que la prensa caraqueña tenía una buena reputación y ejercía una notable influencia sobre la opinión pública en las nuevas repúblicas. Refiere la existencia de periódicos como “El Liberal de Caracas”, “El Correo”, “El diario”, “El Semanario” y “La Gaceta”; algunos de ellos incluían noticias sobre el extranjero y todos se ocupaban preferentemente del acontecer en América del Sur. La prensa no se usaba únicamente para la impresión de hojas periódicas; también se imprimían en Caracas, entre los cuales destaca las obras del poeta y dramaturgo venezolano José Antonio Maitín; nuevas ediciones de Bello o de Zorrilla y una bella edición que tenía por título *Biblioteca de Escritores Venezolanos*, que contenía obras de Baralt, Bello, Cagigal, García de Quevedo, Toro, Vargas, entre otros. (Íbidem: 44)

III.6.6 La educación

Sostiene el diplomático que para tiempos de su visita, existían en Venezuela trece escuelas nacionales y otras en las provincias; tres de éstas cerradas por falta de alumnos y diez en buen funcionamiento. Contaba el país con dos universidades, una en Mérida y la de Caracas. Había un *Código de Instrucción Pública*, cuyas leyes regían tanto la educación superior como la educación primaria y secundaria. La universidad de Caracas era poseedora de bienes considerables que habían pertenecido anteriormente a los conventos, y que ahora eran administrados por el rector, por lo que éste resultaba un cargo muy apetecible "...de manera que la elección del rector de la Universidad es muy disputada y en ella procura influir el gobierno con empeño." (Íbidem: 45)

La universidad de Caracas confería grados en cinco facultades: Teología, Cánones, Leyes, Filosofía y Medicina; además del grado de bachiller en estas disciplinas, se conferían títulos de doctor, con el sólo requisito de que el candidato pagara ciertos derechos y justificara haber practicado durante dos años consecutivos su profesión.

La ciudad referida por Lisboa tenía una escuela de música, con treinta alumnos y una de dibujo, con sesenta; ambas dependientes del gobierno municipal. El diplomático tuvo oportunidad de acudir a una exposición de los trabajos hechos por los estudiantes, que presentó trabajos al óleo y a lápiz. De esta actividad destacó la copia de una obra de un cuadro de Murillo, hecha por el joven Cristóbal Rojas.

Distingue el Consejero entre todas estas instituciones educativas, la Escuela de Artesanos, que dependía de la Diputación Provincial. Allí se ofrecían clases gratuitas de lectura y caligrafía; aritmética, álgebra y geometría. La escuela se ubicaba en el edificio de San Francisco y las clases se daban todas las noches y los días domingos. La edad de los estudiantes estaba comprendida entre los doce y los cincuenta años, había más de quinientos aprendices; entre éstos carpinteros, albañiles, herreros, hojalateros, etc. Reflexiona el diplomático:

Es este un hermoso establecimiento donde las clases inferiores de la sociedad adquieren una instrucción (...) adaptada a sus más urgentes necesidades, práctica y útil, y al mismo tiempo dedican al estudio las horas que se perdían antes por las tabernas y consagraban al vicio (...) la prontitud con que los obreros de Caracas empezaron a frecuentar esta escuela atestigua una índole pacífica y unos deseos de mejorar de condición que les honran. ¡Ojalá no se entrometa la maldita política en este establecimiento y lo transforme, como temo que pueda suceder, en un club de conspiradores! (íbidem: 48)

Tenía Caracas, según este testimonio, una biblioteca pública, ubicada en el mismo edificio de San Francisco. Se trataba de la antigua biblioteca del convento de los franciscanos, cuya modesta colección había sido aumentada por los esfuerzos del doctor José María Vargas.

El testimonio dejado por Miguel María Lisboa nos ofrece un panorama muy detallado de la Caracas de la segunda mitad del siglo XIX. Su minuciosa descripción es un viaje en el tiempo que nos lleva por sus calles, casas, plazas y templos; pero también nos muestra su gente, sus costumbres, sistema de valores y sus particulares formas de vida.

III.7 Karl Ferdinand Appun (1820-1872)

Este botánico alemán pertenecía al grupo de discípulos que el maestro Humboldt continuaba tutelando, a través de las peticiones hechas a Federico Guillermo IV, rey de Prusia, para que éste siguiera financiando el estudio de las regiones tropicales de América. En el caso de Appun, Humboldt le pidió al monarca que sufragara la expedición científica que le daría continuidad al trabajo de Bellermann, pues además de naturalista este botánico había estudiado paisajismo en la Academia de Berlín y era un adiestrado dibujante.

Karl Appun llegó a Venezuela en enero de 1849 y para quedarse hasta 1858. Durante estos nueve años recorrió el país recolectando ejemplares de flora y fauna que enviaba constantemente a Europa. Transitó la geografía de varias regiones,

como Tucacas; los llanos de Cojedes; las montañas de Trujillo; sin poder llegar a las cumbres de la cordillera de Mérida. También exploró la Cordillera de la Costa, el Caroní y el Delta del Orinoco. En su diario describe no sólo la naturaleza, sino también las costumbres de los habitantes de estas tierras y particularidades de la sociedad caraqueña.

A su regreso a Alemania escribe *Unter den Tropen*, (1871). La parte de esta obra correspondiente a Venezuela fue publicada en español en 1961 por la Universidad Central de Venezuela, con el nombre *En los trópicos*. Fue asesinado cuando apenas tenía cincuenta y dos años, en 1872, mientras realizaba una expedición a la Guayana Inglesa (hoy territorio de Guyana), cerca del río Mazaruni. Entre sus últimos trabajos está una descripción etnográfica de los goajiros y los guaraúnos (waraos). Un río que nace en Perijá y desemboca en el Lago de Maracaibo, lleva su nombre: “Apón”.

III.7.1 La sociedad

A su llegada al país fue conducido por “el capitán” a una posada para refrescarse, allí vio entre los huéspedes “...a un criollo de piel oscura, vestido a la moda, en cuyos zapatos en el lugar correspondiente a los dedos, había grandes agujeros por los cuales se asomaban las blancas medias, sin que nadie se escandalizara (...) lo cual encontré más tarde muy común en Venezuela, donde se observa la mayor comodidad con respecto a los pies. Cada uno, al sentirse apretado por los zapatos, les hace sin más un hueco para el lugar doliente.” (Appun, citado por Pino Iturrieta y Calzadilla, 1992: 52)

Describe el viajero que a su llegada se topó con un alemán, quien al reconocerlo como paisano le ofreció su compañía y lo familiarizó con la cultura venezolana. Se trataba de un compatriota que se dedicaba a la elaboración de sombreros en una fábrica ubicada en La Guaira. Según Appun, la mayoría de los alemanes residentes en el país se dedicaban a actividades comerciales o a la artesanía, entre estos últimos destacaban los sombrereros. “Es difícil encontrar en

todo el país una ciudad donde no exista uno o más sombrereros alemanes...". (Íbidem: 52) En Venezuela, ricos y pobres llevaban sombrero. Los extranjeros y los criollos de clase alta usaban el de jipi-japa y la clase más numerosa, como la de los arrieros, llevaban sombrero de palma.

Le generó extrañeza la forma como vendían la carne, en largas y delgadas tiras duras y negras, semejantes a correas de cuero. La carne seca reemplazaba a la carne fresca, que escaseaba sobre todo en los campos.

En Venezuela, hombres y mujeres de todas las clases se bañaban en el río al mismo tiempo y a menudo muy cerca. Las damas criollas y las "de color" se bañaban con una larga camisa de baño, generalmente de tela tan fina que al mojarse se ceñía al cuerpo dejando ver las formas de sus cuerpos. Esta costumbre, heredada de los españoles, por lo que no suponía ninguna indecencia. Las europeas de clase más alta no se bañaban en público. (Íbidem: 61)

En general, los venezolanos, según este viajero, son personas corteses y hospitalarias con los extranjeros; práctica que contrasta con el carácter horriblemente rígido y el severo espíritu de casta que es exigido sobre todo en Alemania. (Íbidem: 64)

El menú diario del venezolano siempre incluía carne salada o frita; sancocho, plátanos asados, frijoles y "...las imprescindibles yemas fritas." (Íbidem: 75) El pan de los venezolanos, por la dificultad de cosechar trigo en tierras tan cálidas, era de maíz. Para ello se trituran los granos en una pila con un mazo de madera para quitarles la concha, se enjuagan durante medio día, se vuelve a triturar la mezcla, se vuelve a enjuagar y se muelen formando una masa y finalmente unas tortitas redondas llamadas *arepas* que se tuestan sobre un tiesto, calientes son muy sabrosas. (Íbidem: 72)

Entre los oficios referidos por Appun, está el de los *paleros*, una especie de correo, generalmente de origen indio y aspecto salvaje, proveniente de los pueblos cercanos al lago de Valencia. Ellos llevaban hasta Puerto Cabello, para la venta, loros, monos, pollos, huevos, queso, vajillas de arcilla, cuerdas de cocuiza y otros

artículos. Iban casi desnudos y en pareja, soportando el variado cargamento en un palo de *majagua*, *bambú* o *pita*. Por ese mismo camino los ganaderos, cochineros y chiveros llevaban, desde los llanos distantes, grandes rebaños de vacas, novillos y chivos; hasta el puerto de Borburata. Al canto del guía de la caravana, que era generalmente el capataz o amo del ganado; los animales caminaban uno detrás de otro. Debido a que provenían de zonas distantes, las bestias solían estar hambrientas y enflaquecidas. Estos animales estaban tan acostumbrados al canto del guía, que si éste se callaba, la caravana se enredaba. (Íbidem: 71)

Cuando más se acercaba al interior del país, el viajero se iba encontrando con más presencia de descendientes de los indios y mucho menos de negros y blancos. En las ciudades de la costa venezolana los negros conformaban la mayor parte de la población. Cuando eran esclavos se dedicaban a trabajar en las haciendas; pero ahora, señala el viajero, desempeñan principalmente el oficio de cargadores y carreteros. “Desde que alcanzaron su libertad, por su inclinación a la vida desordenada del vagabundo y a la holgazanería, dejaron esta ocupación desplazándose hacia los puertos, donde ganan mucho como estibadores, debido a sus enormes fuerzas físicas que los capacitan para llevar grandes cargas sin un esfuerzo excesivo.” (Íbidem: 79)

Debido a la escasez de posadas para alojar a los viajeros, el que se desplazara por el país debía conformarse con las pulperías “...frecuentadas por las clases más bajas...”, a menos que se disponga de recomendaciones que les permitan alojarse en casas particulares. En estas posadas la hamaca es la cama del viajero, los más pobres se acuestan en el suelo envueltos en una cobija. (Íbidem: 80)

Los venezolanos eran gente muy dadivosa, tanto que en este país toda admiración que se expresase por alguna cosa, originaba como respuesta por parte del dueño la expresión “es suyo”, por lo que no había que tomar en cuenta estos modismos de cortesía para no terminar inmerso en una situación embarazosa; advierte Appun.

Las mujeres criollas tenían una tez indescriptible, que, según el testimonio de este viajero, cambiaba según la hora del día. Cuando recién se han levantado son amarillentas; al mediodía tiene su piel un color semejante al alabastro; por la noche la piel tiene una blancura "... más pura y transparente, en la que los grandes ojos negros y fogosos nadan en húmedo brillo, aureolados por la abundancia exuberante de los cabellos sedosos y negrísimos. Entonces las criollas no tienen comparación y es difícil que un hombre al verlas guarde la temperatura normal de su sangre." (Íbidem: 91)

III.7.2 La Política

La imagen política del país se le presentaba al viajero, según sus propias palabras, en ocasión de una manifestación que se dio en la costa, cuando una aglomeración de gente exclamaba *¡Viva el Presidente Monagas!* Mientras los cañones de guerra saludaban con descargas, provocando la exaltación de la muchedumbre, "...la multitud negra y trigueña bailaba con regocijo y daba gritos de júbilo en la blanca arena costanera." (Íbidem: 53) El alborozo era la expresión popular de la victoria del gobierno en una batalla que había librado contra el General Páez. "Esta era la causa del júbilo del pueblo desagradecido que prefería ser explotado y tiranizado con la mayor desvergüenza a tener por Presidente o, al menos dejar en su patria, al varón que poseía después de Bolívar, los más grandes méritos ante la patria, por haber liberado a Venezuela del gobierno español." (Íbidem) Refiere que durante su permanencia, que duró diez años, no hubo un año en el que no se desarrollaran sucesos revolucionarios.

A su paso por la población de San Felipe, reinaba un gran júbilo. Los lugareños celebraban con bailes y bebidas la liberación del yugo español, que había sucedido en 1811. Allí asistió al baile dado por un francés al que había conocido en Puerto Cabello. El anfitrión supo dirigir la celebración "con la más cabal decencia de un parisiense", y hasta dispuso en uno de los cuartos, a un sastre francés que proveyó a los invitados del indispensable frac negro y de sus accesorios. Las danzas

principales fueron *el fandango, la paloma, la guacharaca y la cachucha*. Allí bailaron y bebieron como en la misma Alemania, en una sala iluminada con linternas de establo y bujías de sebo. “La clara iluminación de la sala fue ensombrecida por completo debido a las fogosas miradas que brillaban desde centenares de negros ojos pertenecientes a las bellezas femeninas de San Felipe y sus alrededores.” (Íbidem: 64)

En su testimonio del tránsito por el camino que sube entre la montaña de La Piedra de los Indios, bordeando el río San Esteban, Appun denuncia el abandono en que encontró el trayecto, en cuya construcción los españoles debieron hacer una cuantiosa inversión, lo que refleja el desorden político reinante en el país. “Todavía hoy perdura en el pueblo el antiguo odio a los españoles por cuya razón, aún hoy poco instruido, mira con repugnancia las buenas cosas que aquellos hicieron por Venezuela mediante la construcción de varios edificios y caminos ahora completamente descuidados y casi en ruinas.” En el mismo tono, denuncia del país, su apego a las instituciones, a las costumbres indias y también el desdén hacia todo lo nuevo que viene de Europa. (Íbidem: 65)

En uno de los descansos en un paraje del llano, el aspecto de quienes conformaban su caravana llamó la atención de un grupo de personas: “...tres extranjeros con largas barbas y caras blancas, armados de escopeta y sable, los burros cargados de cajas y dos gigantescas cigüeñas y un arriero casi negro.” Con miradas amenazantes les gritaron *¡Son monaguistas!* Más adelante, al entrar a una pulpería en el pueblo de El Baúl, uno de los llaneros que se encontraba en el lugar le preguntó: *¿Ustedes son oligarcas?* A lo que Appun respondió: *¡...somos amigos del General Páez!* Esto causó la complacencia de los congregados en el establecimiento, expresado en vivas al general. “En la ribera hay muchos grupos de llaneros trigueños y barbudos, manifestando con vivos gestos y en voz alta y excitada a los circunstantes sus opiniones revolucionarias.” Después de estas manifestaciones, refiere el viajero: “...evité muchas escenas desagradables que hubieran podido resultar peligrosísimas, dada la fuerte efervescencia revolucionaria del pueblo.” (85-86)

III.7.3 Puerto Cabello

Los extranjeros, principalmente comerciantes, tenían su residencia en el casco de Puerto Cabello. En esta zona abundaban los almacenes y era sin duda la calle más bella y grande de la ciudad. Los depósitos de mercancías eran muy amplios y estaban tan repletos que apenas quedaba espacio para desplazarse en ellos. La calle era un bullicio y en el puerto había montones de sacos llenos de café, cacao, pieles, especies de madera, etc.; todo amontonado para ser embarcado por trabajadores negros, zambos, mulatos "...y como quiera que se llamen los múltiples matices de color de los descendientes originados en la mezcla de tres razas humanas." (Íbidem: 53) La faena se realizaba en medio de una gran algarabía, sin la que allí no se trabajaba, refiere el viajero, lo que producía cierta indisposición en quienes no estaban acostumbrados a tal escándalo. Entre enero y abril, tiempo de cosecha del café; la calle de la Libertad se llenaba de centenares de burros, mulas y caballos, que venían desde las demás regiones cargados con productos criollos y volvían a sus destinos atiborrados de mercancías. Las bestias, atadas unas a otras, eran dejadas en medio de la calle a su libre albedrío por los arrieros, causando molestias a los transeúntes que debían buscarse paso entre los animales echados en el suelo.

En la plaza del mercado había mucho movimiento desde las cinco hasta las diez de la mañana. Las negras holandesas provenientes de Curazao, cubrían sus cabezas con un turbante, para protegerse del calor, y provistas de grandes paraguas, se sentaban frente a las frutas que ofrecían a los peatones en papiamento, una mezcla de holandés, español y alguna lengua africana. Así describe la escena el explorador alemán:

De lo más sorprendido me detuve ante estas pilas de frutas sin cansarme de admirar la variedad de sus formas y colores (...) Estas visiones me recordaban, sin quererlo, las frutas tropicales descritas tan hermosamente en los cuentos de Las mil y una noches; sólo que hubiera preferido ver sentadas tras ellas unas princesas persas o indias, a cambio de estas mujeres negras y demasiado gordas, con caras oscuras y apergaminadas que se arrugaban ya amenazadoramente a causa de mis fijas miradas. (Íbidem: 54)

En las tiendas alrededor del mercado se ofrecían, entre otros artículos, totumas, quincallería, café, ron y aguardiente. Ante la plaza se encontraban los burros tan sobrecargados de malojo que del animal sólo se veían las puntas de sus características orejas, las cuales sobresalían entre las hojas de maíz.

Appun describe el comedor de una posada porteña, que ofrecía para el almuerzo el típico sancocho. También tenían en abundancia pescados, biftecs, rosbif, chuletas, guisado, albóndigas, tortillas y postres, frutas y vino rojo. Describe las pulperías como establecimientos pequeños, sobrecargados de artículos, con repositorios llenos de botellas de vidrio de colores, botellas de ginebra vacías y vajillas de losa pintadas de colores chillones, a modo de adorno. Latas de sardina, papelón, barras de jabón, queso, tabaco de mascar y cigarros, mezclados con pescado, carnes secas, tortas de casabe, entre otras mercaderías. Del techo colgaban racimos de cambures, plátanos, cebollas y ajos; a modo de guirnaldas. El público que acudía a estos establecimientos estaba compuesto principalmente de trigueños y negros, en su mayoría sirvientes y amigos de las bebidas alcohólicas. Se ofrecía una bebida preparada llamada *ron inglés*, preparada por el mismo pulpero, que era teñido con papelón cocido y condimentado con pimienta española “...para las gargantas de sus aficionados negros y trigueños.” Bajo la mesa hay una tinaja grande que contenía la bebida más solicitada: el guarapo. (Íbidem: 56)

En el río San Esteban se topó con unas negras lavanderas que golpeaban fuertemente piezas de la más fina seda o gasa, con una piedra que sostenían en su mano derecha, provocando un gran estruendo. Algunas tenían grandes vasijas de barro que ponían sobre el fuego, donde hervían la ropa sucia. El viajero no estaba interesado en observar de cerca esta labor, por lo que afirma: “...la escena de la mañana en el mercado había despertado en mí gran antipatía contra las negras.” Estando en el mismo río, buscaba un lugar donde bañarse: “En vista del negro ejército de ocupación establecido en el río, se me hacía difícil encontrar un lago apto para bañarme. Como recién llegado a América y siendo de gran sensibilidad, no quería en modo alguno exponerme a las miradas de las bellezas negras...” (Íbidem: 57)

Son frecuentes sus referencias sobre los negros. Reseña una ocasión en la que ingresó a una vivienda desde donde provenía una música “horrible”. Allí halló a tres negros que cantaban acompañados de una guitarra y dos maracas. Otros, de ambos sexos y ligeramente vestidos bailaban “la baduca y el zapatero”, al son de la música. “Como no me fuera posible entregar por mucho tiempo más mis órganos olfatorios al picante aroma que llenaba el salón estuve contento al encontrarme de nuevo en la calle.” (Íbidem: 61)

III.7.4 Boca de Aroa

En esta localidad, Appun fue recibido por el Juez de Paz. Allí las viviendas eran paredes hechas con tablas y techos de hojas palma. Cercano a la ribera del río Aroa había dos edificios más grandes, de paredes de barro que estaban semiderruidos, que anteriormente habían pertenecido a una compañía de minas. Montones de mineral de cobre, lanchas y cascos yacían en las ruinas “...como triste recuerdo del infausto suceso que, hacía diez años, había ocurrido en el alto Aroa a la compañía de cobre, en otro tiempo tan importante.” (Íbidem) Se refiere a la compañía inglesa que con mucho éxito había explotado las minas de Aroa y de Tucacas. El mineral crudo era enviado a Inglaterra, desde donde remitían el valor en mercancías y en dinero en efectivo. Esta compañía le daba trabajo a un gran número de personas, entre ingleses y criollos; lo que había representado una gran prosperidad, en comparación con otros pueblos venezolanos.

Pero como en todas partes de Sudamérica reina entre la población de color envidia y odio contra las felices operaciones de los extranjeros, la ganancia de la compañía fue exagerada por los venezolanos, quienes decuplicándola, decían que el beneficio principal se debía al oro que se encontraba en abundancia entre el mineral de cobre; circulaban también otras exageraciones con el fin de incitar al pueblo contra los extranjeros (...) Otros motivos, entre los cuales predominaba la avaricia, se unieron al odio de la gente de color contra los blancos y dieron por resultado un ataque sangriento contra los empleados de la compañía. (Íbidem: 62)

Los acontecimientos sucedieron un sábado en la tarde, después de la llegada de un barco que, proveniente de Inglaterra, traía el dinero para pagar a los obreros de las minas. Ya éstos se habían retirado a sus casas, cuando una banda de quince negros "...y gente de color", con las caras pintadas y armados con lanzas y machetes, entró al edificio de la compañía, asesinando a los empleados que se encontraban laborando aún. Luego invadieron las casas de otros trabajadores ingleses y asesinaron allí a hombres y mujeres. Los atacantes se llevaron el dinero en efectivo, consistente en monedas de plata, y desaparecieron. Luego de estos acontecimientos la compañía minera fue liquidada, según Appun, debido a la escasa protección que las leyes y el gobierno venezolano prestan al extranjero. Appun se lamenta porque "Los pueblos anteriormente florecientes de Aroa y Tucacas se transformaron en lo que son ahora: pobres aldeas costaneras, cuyos habitantes han de buscar, apenas suficientemente, su vida en la navegación y la pesca." (63) Aquí se muestra claramente ese optimismo ante el progreso, la prosperidad traída por la empresa minera inglesa y el atraso adjudicado a la vida campesina, tópicos del progresismo propio de la época.

III.7.5 Naguanagua

Este viajero alemán nos ofrece una evocadora descripción de una posada en el pueblo de Naguanagua, a donde acude a saciar el hambre en medio de uno de sus tantos viajes por el interior del país. Appun inmortalizó este instante en su diario, junto a los personajes que confluyeron en aquel lugar, los jinetes y sus atuendos, las coquetas señoritas de ojos negros. Un pintoresco retrato que nos acerca al venezolano de aquel tiempo:

Hay caballeros con largas polainas abotonadas hasta las rodillas, encima de los pantalones, con la blanca manta corta y bonitamente bordada que cuelga sobre la chaqueta, y jipi-japas de alas dobladas hacia arriba con atrevimiento, y en los pies con grandes espuelas sonantes de la época de los caballeros. Estos coquetean y cuchichean con señoritas pálidas y encantadoras de ojos y cabellos negros que se mecen en hamacas o "rocking-charis", con sombreros grises, adornados de espléndidas plumas de avestruz y

trajes de Amazonas del mismo color, corridos los velos azules, replican con la sonrisa más pícaro las miradas de amor o escuchan serias y meditabundas, las declaraciones amorosas de sus caballeros. (Íbidem: 75)

III.7.6 Maracaibo

El puerto tenía un cómodo desembarcadero. En la plaza había mucha vida y tres de sus lados estaban ocupados por edificios importantes. Había vendedores de todo cuanto se puede encontrar en el trópico. Las mercancías se ofrecían en las bodegas o en el suelo. Destaca Appun los caballos que llevaban para la venta los goajiros. Eran hombres pardos, de estatura pequeña y aspecto salvaje; pero musculosos. Los caballos eran pequeños, blancos o isabelinos, patas bellas y torneadas, cuello largo y cabeza pequeña; parecidos a los caballos árabes. “En los fuertes muslos traseros llevaban la señal de los goajiros, una línea en zigzag grabada mediante la punta de una flecha.” (Íbidem: 87) Más adelante, en su relato acerca de su viaje a Maracaibo, el viajero describe a los goajiros como “...los enemigos más decididos de cualquier otro pueblo...”, que vivían en constantes riñas con los venezolanos. Refiere que en estas disputas siempre vencían los goajiros, por ser más numerosos y salvajes. “No permiten a nadie entrar a su país; matan o mutilan horriblemente a todo el que se atreve a pasar los límites de su territorio.” En vista de esta situación y para protegerse de las invasiones de los goajiros, los venezolanos habían construido los fortines de Sinamaica y Carabulla, armados de cañones y ocupados por soldados. En las costas que habitan ejercen la piratería y engañan con señales falsas a los barcos para apoderarse de ellos. Su riqueza consiste en ganado vacuno y ganado caballar; viven de la carne y venden los caballos a los venezolanos. Por un precio ínfimo, Appun les compró a dos caballos algo de ron, cobijas, sacos de maíz y unos puñales. (Íbidem: 89-90)

En los alrededores de una plaza grande que estaba rodeada de bellos edificios nuevos, encontró alojarse en una de las mejores posadas de la ciudad, que lo que le ofrecía era un cuarto en un rincón oscuro y sin ventanas que ocasionalmente tuvo que compartir con señoritas y caballeros forasteros. Allí

presenció la algarabía de gente de la ciudad que se había reunido para compartir fogosos discursos políticos a favor del general Páez, cuya entrada a Venezuela se anunciaba con entusiasmo.

En Maracaibo Appun encuentra edificios bonitos a lo largo del muelle, y plazas ocupadas por casas lindas que se abren a la playa. De ahí se exportaba tabaco, índigo, pieles, cacao, café, madera y drogas, como el bálsamo de copaiba y sésamo. Este puerto, "...como en todos los puertos venezolanos está en manos de extranjeros, especialmente alemanes." Allí también encontró a los "inevitables" sombrereros alemanes. (Íbidem: 88) Llamaban aquí "Los Haticos" a un pequeño pueblo conformado por quintas de extranjeros, principalmente alemanes, que estaban ubicadas aproximadamente a una hora de la ciudad, en las cercanías del lago. El camino hacia esta localidad ofrecía un paisaje lleno de bonitos edificios y cocoteros de playa, por cuyo tronco se asomaba el lago.

Recuerdo con placer las bellas noches que con tanta alegría pasé en Los Haticos reunido con mis paisanos cultos y joviales, entre los cuales, en primer brillaban las damas por su belleza y amabilidad. Terminaban estas bellas noches con el regreso a la ciudad a través del hermoso lago; de los botes que se deslizaban suavemente, llenos de gente desbordante de alegría, salían canciones alemanas en la noche tranquila. (Íbidem: 89)

III.7.7 Ciudad Bolívar

El viajero describe en esta ciudad, fundada en el declive de un cerro, sus calles mal conservadas y llenas de huecos, como sucede en todas las ciudades venezolanas, según su testimonio. Exceptuando la calle de Coco, ubicada a lo largo de la orilla del Orinoco, donde los comerciantes alemanes tienen sus negocios y se levantan edificios magníficos. Las calles más importantes van paralelas con el río y están atravesadas por otras que se extienden cerro arriba. El estilo de las casas en esta ciudad es muy agradable, adaptadas al clima porque son altas, con techo planos y azoteas donde los habitantes disfrutaban por las noches de la brisa fresca. Algunas de estas azoteas se unen entre sí por escaleras. El suburbio de Perro Seco,

ubicado al Oeste, es menos bonito y allí tiene sus chozas “el pueblo trigueño de clase baja”, sus calles son desordenadas y están obstruidas por enormes rocas negras llenas de zamuros. (Íbidem: 93)

Describe el viajero a los caribes que habitan el Orinoco como una gente “orgullosa y bélica”, que viven en constante guerra contra los guaraúno (waraos), a quienes atacan y matan; para después cortar sus cabellos muy cerca del cráneo y tejer con éstos cinturones que luego ofrecen a sus mujeres como prueba de amor. “Las mujeres en Taguache llevan todas tales cinturones hechos de cabellos humanos, muy distintos con respecto al grosor, pero no quisieron en absoluto venderlos cuando se los propuse.” (Íbidem: 94) Señala Appun para el momento de su estadía en Venezuela la existencia de 10.000 caribes entre Barcelona, el Caroní y el Cuyuní. Sobre la apariencia de este grupo étnico refiere que eran altos y que las mujeres eran muy bellas, “...lo cual era un fuerte contraste con los caribes de la Guayana inglesa y Surinam que resaltan por su fealdad.” (Íbidem: 97)

Con los guaraúno establece una relación muy cercana y permanece un territorio que éstos habitaban, llamado Santa Catalina, estudiando sus formas de vida, trabajos que publica en la revista alemana Ausland. Tenían como viviendas, ranchos de barro cubiertos de palmas. Se pintaban la cara con onoto y usaban como única ropa el guayuco. Las mujeres jóvenes y los niños adornaban sus brazos, piernas y pechos con abalorios. El cacique portaba una lata pequeña donde guardaba la patente de cacique que le otorgara el gobierno venezolano.

Como afirma Venegas Filardo (1983), la obra de Appun sobre nuestro país es una novela en la que él es el protagonista, el escenario es el paisaje venezolano y los personajes los hombres y mujeres de la Venezuela del siglo XIX.

III.8 Pal Rosti (1830-1874)

Científico y fotógrafo húngaro que viajó por América siguiendo la huella de Alejandro de Humboldt. Había estudiado ciencias naturales y química en Alemania y en Francia estudió fotografía, para ilustrar su viaje por América. Justamente en Francia, el científico Nicéphore Niepce, a principios del siglo XIX había obtenido la primera imagen fotográfica con la utilización de una cámara oscura y una placa recubierta en betún. Niepce le enseña la técnica a Louis Daguerre, quien, a la muerte de aquel, se encarga de perfeccionar la técnica con el uso de sales de plata. Esta nueva técnica se siguió desarrollando en Francia, con los aportes de Hércules Florence e Hippolyte Bayard.

Desde sus inicios, la fotografía se convirtió en una herramienta muy útil con fines documentales, en disciplinas como la antropología, la etnografía o las ciencias naturales. En este sentido, el gran aporte de Rosti durante su paso por nuestro país, en 1857, fue el haber realizado las primeras fotografías paisajísticas del entorno venezolano. Así describen Pino Iturrieta y Calzadilla (1992) su estancia en Venezuela: “Entre marzo y agosto de 1857 los venezolanos vieron interrumpidas sus actividades al paso de un hombre que se hacía acompañar de un arreo de mulas portando una descomunal y extraña carga, aquella rigurosamente imprescindible para ejecutar a cabalidad el milagro fotográfico.” (Pino Iturrieta y Calzadilla, 1992: 103)

Estas fotografías complementaron la versión original de sus *Memorias de un viaje por América* (1861), obra en la que detalla los pormenores de su viaje científico por Cuba, Venezuela y México. Josune Dorronsoro, pionera de los estudios de la fotografía en Venezuela, sostiene: “Rosti no prepara las vistas para un espectáculo, ni responde a la petición de un cliente (...) su preocupación ante el paisaje americano es utilizar la técnica fotográfica para lograr verificaciones casi tangibles de su experiencia, es decir, un apoyo efectivo a sus descripciones.” (Dorronsoro, 1983: s/p)

A principios de agosto de 1856 se embarcó desde el puerto Le Havre, en Francia, hacia Nueva York. Rosti recorrió los Estados Unidos, hasta el oeste de Wisconsin, pero no existen fotografías de esos viajes. Salió de Nueva Orleans en enero de 1857 y pasó por La Habana y Venezuela. Llegó a La Guaira en marzo de 1857 y durante los siguientes cinco meses recorrió, con su aparatosa carga, Caracas, los valles de Aragua, Ciudad Bolívar y el Orinoco; fotografiando plantaciones, pueblos y paisajes a lo largo del camino.

Rosti, quien no sólo poseía una amplia formación en ciencias naturales sino también en técnicas de fotografía; junto a los paisajes venezolanos, realizó una fotografía del Samán de Güere, aquella que le obsequiaría a Humboldt años más tarde y que motivaría en su anciano maestro una emotiva reflexión, citada anteriormente.

Junto a las fotografías, que son un testimonio iconográfico único de la Venezuela de mediados del siglo XIX; el relato de Rosti contiene elementos poéticos que le dan a su obra un sentido literario y artístico. La función descriptiva y testimonial de su narrativa se ve complementada con metáforas auditivas y cromáticas, lo que convierte la lectura en una experiencia profundamente sensorial. Y es que la mirada fotográfica de este científico viajero se evidencia también en su forma de narrar.

III.8.1 Venezuela

Rosti encuentra en Venezuela un territorio hermoso y fértil, de una superficie de aproximadamente 35.900 millas cuadradas, en el que sólo una mínima parte de ese territorio está poblada. Según la referencia de este viajero, para 1841 el país tenía una población de 1.200.000 habitantes.

Sostiene que se trata de una nación más grande que el Imperio Austríaco, Francia y España juntas; con selvas, costas, valles y llanuras. Las vastas selvas que se encuentran a orillas de Orinoco estaban habitadas por misiones y “tribus de

indios salvajes”. La zona más poblada era la del litoral, donde abundaban plantaciones de café y cacao, además de variados cultivos.

Amplio campo se abre aún para la industria, el comercio, la actividad del artesano y del agricultor, porque los ricos productos del país son muy apreciados en el exterior; el café de La Guaira, el cacao de Orituco y el tabaco de Barinas, gozan de fama en Europa. El azúcar, el añil, la vainilla y los cueros crudos son artículos de calidad excepcional, que se exportan desde los puertos principales del país: Porto Cabello (sic), Barcelona, Cumaná y La Guaira. (Rosti, en Pino Iturrieta y Calzadilla, 1992: 106)

III.8.2 La Guaira

Al igual que Humboldt y otros viajeros, considera que el puerto de La Guaira era más bien una rada, cuyo fondo no era propicio para anclar y el mar era siempre tumultuoso, lo que generaba muchos inconvenientes a las embarcaciones, que con mucho trabajo hacían la carga y la descarga. Eran los negros los encargados de hacer esta difícil tarea, llevando sobre ellos, equipajes, sacos de café y cacao, y hasta a los mismos viajeros que llegaban en las embarcaciones; enfrentando el oleaje con el agua llegándoles al pecho. Relata Rosti que tampoco se podían subir en ese puerto animales de carga a los barcos, lo que sí era posible en los otros puertos del país.

En La Guaira los comerciantes y la gente “principal” se reunía en el casino, un establecimiento nocturno que Rosti consigue semejante a los círculos de su país. Allí fue por invitación de uno de sus miembros para quien el viajero traía una carta, y fue recibido con mucha admiración cuando conocieron su lugar origen.

III.8.3 El camino hacia Caracas

Relata en su descripción este científico, que existen dos caminos que conducen de La Guaira a Caracas, uno viejo, escarpado, con despeñaderos, cascadas y hondonadas; y otro nuevo, rodeado de árboles gigantescos y tupidos bosques. Lo bordeaban en algunos parajes plantaciones de café y verdes praderas. Este camino generalmente era transitado por jinetes, arrieros y carretillas de dos ruedas. A caballo o en mula, el recorrido hasta Caracas podría durar entre tres y cinco horas.

El camino hacia Caracas, que inspiró en Humboldt uno de los fragmentos más evocadores del relato de su paso por tierras venezolanas, debido a la riqueza poética y expresiva con que es referido el entorno; también inspiró una de las descripciones más literarias de la obra de Rosti, por lo que la incluimos textualmente:

En cuanto llegamos a una región más alta, el calor se atenuó un poco; cada vez encontrábamos miradores más hermosos: allí se extendió ante nosotros el liso espejo azul del lejano mar, en el cual ondeaban algunas velas blancas, mientras la neblina cubría su inconmensurable borde, de modo que los límites del agua y el aire se confundían; bajo nosotros estaba La Guaira con sus casas níveas, sus estériles rocas bañadas incesantemente por las murmurantes olas, más allá los barcos de la rada, que se mecían inquietos, y alrededor -a lo largo de la costa- verdes colinas con ruinas de fortalezas, chozas de pescadores sombreadas por los palmares, y perdiéndose en la lejanía algunos pueblecitos y bosquecillos frondosos- ¡Que impresión debe causar este panorama al viajero nacido en el interior, que desde este punto ve por vez primera el mar! (íbidem: 107)

Junto a uno de esos hermosos miradores estaba la posada de “La Venta Grande”, allí desayunó con un caballero venezolano que también se dirigía hacia Caracas y que mostró encantado de que Rosti, habiendo oído de las bellezas de su patria, hubiese llegado de lejos a recorrerla. Amablemente el ciudadano venezolano contestaba sus preguntas sobre el país. Pero cuando Rosti le manifestó su curiosidad por saber a qué se debía que el camino que conducía a la capital del

país estuviera en tan malas condiciones, tomando en cuenta que se decía que a su mantenimiento el gobierno destinaba la suma de 20.000 dólares, el venezolano sólo se encogió de hombros.

De manera irónica el húngaro describe que en aquel momento su ocasional anfitrión pensó: “Ingenuo viajero, tú todavía no sabes cómo administran los bienes públicos en mi patria.” (Íbidem: 108)

Los arrieros eran las personas encargadas de llevar los equipajes, a éstos Rosti los describe como “...personas honradas, a quienes se puede confiar sin peligro considerables sumas de dinero y objetos valiosos, tanto más cuanto allí los robos son excepcionales.” (Íbidem)

III.8.4 Caracas

Este viajero describe a Caracas como una ciudad semiderruida donde impera un silencio sepulcral, que en al viajero acostumbrado al bullicio de las grandes ciudades, le produce tristeza y melancolía. Aquel hermoso valle parecía a su llegada “la ciudad de los muertos”. Su primera impresión fueron algunas negras que, portando largos velos blancos en sus cabezas, cargaban recipientes con agua o frutas en medio de un silencio en el que sólo se escuchaban los cascos de los caballos y el resoplido de algunos asnos que pasaban cargando de sacos de café, de alguna hacienda.

Señala Rosti que en Caracas eran desconocidos los coches y las carretas, por lo que para trasladarse las personas de un lugar a otro, lo hacían a caballo o en mula. Las calles eran rectas y anchas y se extendían del poniente al oriente. Las casas eran de una planta, hechas con ladrillos y techos de teja, casi todas nuevas, pues las viejas yacían en ruinas. Este viajero refiere una imagen que encontramos en otros relatos, y fue immortalizada por el pincel de Bellerman: la de los muros derruidos de antiguas casas y edificaciones, vestigio del terremoto que había devastado la ciudad en 1812: “Entre los abandonados muros derruidos de los

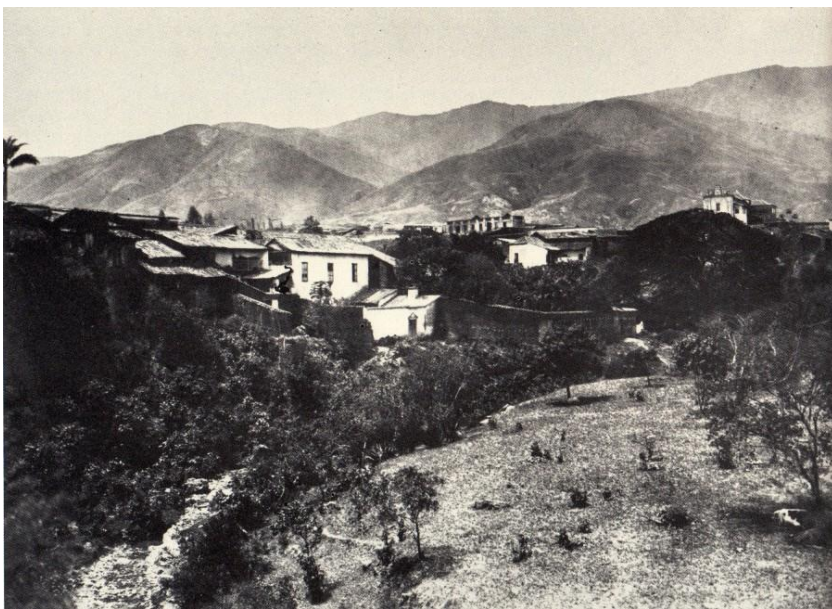
conventos, iglesias y demás casas altas de antaño, echaron raíces cactus y enredaderas, que acentuaban más el efecto entristecedor que tuvo en mí la ciudad sin vida, recordándome aquel terrible cataclismo del cual son resultados esas ruinas.” (Íbidem: 108) Más adelante añadirá: “...las continuas guerras civiles y la triste situación del país no permiten su florecimiento, su renacimiento.” (Íbidem: 109)

Casi todas las calles de la ciudad, según el testimonio de Rosti, conservan ruinas de aquel hecho devastador, incluso algunas están formadas sólo de despojos sin techo; habitados después por el pueblo más pobre, generalmente negros y mulatos. Es en las empinadas orillas de la quebrada de Catuche, que atraviesa la ciudad de norte a sur, donde el viajero evidencia las señales más terribles de aquel nefasto terremoto sucedido cuarenta y cinco años antes.

El contraste entre aquellos muros derruidos y la imponente naturaleza del valle de Caracas, le ofreció a este científico y fotógrafo, un paisaje pintoresco y sin duda particular, que lo llevó a representar con sus palabras, al modo de un artista, la experiencia evocada.

La riqueza metafórica de la narración sobre su primera impresión del valle de Caracas es una de las más ricas de su obra, particularmente su descripción de la montaña, pues los elementos poéticos convierten la narración en una experiencia multisensorial; que nos acerca al tiempo, al espacio y a la experiencia de este observador sensible de la naturaleza:

Detrás de la ciudad, el monte más alto de la región -La Silla de Caracas- alza majestuoso sus dos enormes cimas en el límpido cielo y posa su mirada dominante sobre el alargado valle, la ampliamente extendida ciudad y sus pintorescas ruinas de triste recuerdo, sobre los verdes campos, prados y cañamelares, en los cuales el pequeño río Guaire se abre camino bordeado de aromáticos arbustos de Berbería y sauces que se yerguen orgullosos presentando el aspecto de álamos, mientras a lo lejos los oscuros sotos y bosquesillos colman el aire con el delicioso aroma de cientos de arbustos florecidos, y todo tipo de gusanos, mariposas y luciérnagas -que semejan hadas de ojos llameantes- se persiguen y pululan entre el follaje, en medio del silencio nocturno. (Íbidem)



Iglesia de la Trinidad con el gran samán, Pal Rosti (1857)

Cuenta Rosti que el mercado estaba ubicado en la plaza mayor. Estaba cercado y alrededor, en puestos techados con toldos, vendían cuentas de vidrio, sedas, lienzo, cuchillos, rosarios, etc. También vendían pescado traído de La Guaira; carne de cabra; aves de corral; huevos; papelón; melaza; dulces como el de membrillo y guayaba; pan de harina de maíz y también pan de trigo; cazabe; verduras; flores; frutas y por supuesto, carne de res fresca y seca, ésta última cortada en largas tajadas a las que llamaban “tasajo”. Según su testimonio, la carne era el principal alimento y el más barato en Caracas.

Allí no había teatros ni salones de fiesta y la vida social estaba restringida a los círculos más íntimos. “Los caraqueños se encierran durante el día en sus habitaciones y duermen...”, señala nuestro viajero. Se almuerza entre las cuatro y las cinco de la tarde y al ponerse el sol las damas se sientan en las ventanas, mientras los señoritos pasean en sus caballos, “...no tanto por cabalgar a través del hermoso valle, sino por hacer la corte en las silenciosas calles de la ciudad. Cada caballero tiene su calle preferida, ante una de cuyas ventanas gusta sobre todo de

hacer caracolear su caballo. Luego de las ocho de la noche ya reina en toda la calle profundo silencio...” (Íbidem: 111)



Hacienda de caña de azúcar en el valle de Caracas, Pal Rosti (1857)

La vida social de la ciudad estaba limitada a la celebración de la misa o de alguna festividad religiosa, como las procesiones, los días de los santos locales más venerados y también las conmemoraciones de grandes acontecimientos de la vida política del país. Allí los caraqueños se encontraban con sus amistades, los jóvenes galanteaban y las damiselas aprovechaban para lucir sus vestidos y mantillas. Para algunas de estas celebraciones, en la plaza mayor se levantaban arcos hechos con hojas de palma, adornados con papeles de colores y flores.

El deporte nacional era el coleo de toros, diversión favorita de los jóvenes caraqueños, quienes mostraban su habilidad como una forma de galantear a las damas que iban a presenciar el espectáculo. La exhibición tenía lugar en las calles de la ciudad, donde se armaba una tarima adornada con ramas y allí se colocaba una banda. “La gente se apretaba bajo los portales, contra los tabiques que aislaban

las calles, etc.; mientras las señoritas se acomodaban en las ventanas y balcones.” Cuando la fiesta termina los jinetes desfilan por las calles precedidos por la banda y seguidos por la muchedumbre, mientras las damas les lanzaban coronas. (Íbidem: 120)

Las fiestas se hacían en las casas y los bailes de moda eran piezas europeas como la polka y el vals, pero la preferida era la danza. Los jóvenes les pedían a las damas todo un turno de baile, el cual estaba compuesto de tres o cuatro piezas y terminaba con una danza. “Por muy hechiceras que sean las damas caraqueñas, conversar con ellas es labor fácil”, asegura Rosti. Ellas siguen la moda europea, pero de manera exagerada, usando muchas cadenas de oro, joyas, cintas y encajes. Entre cada turno de baile hay un pequeño descanso en el que ellas se retiran a un rincón y los caballeros van al corredor a fumar cigarros de papel o a mirar a los jugadores de naipes. “No puede haber reunión sin el juego de naipes y juegan mucho dinero, así que la mesa está repleta de oro.” Cuando finaliza el festejo, a las dos o tres de la madrugada, los invitados se retiran caminando a sus casas.

III.8.5 Los venezolanos

Rosti sostiene que las uniones ilegales que favorecieron la mezcla de razas en los caraqueños, es lo que explica la dificultad para determinar con precisión su carácter. Afirma que la moral caraqueña es débil, pues se asume con normalidad, por ejemplo, que una jovencita de apenas 12 o 14 años tenga ya “su amante”, lo que además trae como consecuencia la abundancia de hijos ilegítimos o abandonados, y por consiguiente, de vagabundos. Y añade: “Pero la buena naturaleza se preocupó tanto de sus criaturas en estos favorecidos valles, que en muchos lugares -verbigracia: los valles de Aragua- es literalmente imposible morir de hambre. Aún el que no trabaja puede hallar abundante sustento, pues las bananas y otros frutos se dan en enormes cantidades”. (Íbidem)

A propósito de la naturaleza pródiga del valle de Caracas, tan elogiada en casi todos los relatos de quienes visitaron este lugar; es elocuente el siguiente testimonio, que de algún modo atribuye a la abundancia de nuestra tierra, la “holgazanería”, tan reiteradamente imputada a los venezolanos.

Dirijámonos a aquel mozo color café, que recostado indolentemente en la pared, parece no pensar sino en su cigarro que ahora mismo le ha preparado una joven mulata, y formulémosle la recién surgida pregunta:

¿Y por qué, señor? -responde, con los ojos entreabiertos y somnolientos-; ¿para qué, señor? ¿Para qué voy a trabajar?; el alimento necesario se da en todos los árboles; sólo debo estirar la mano para recogerlo, si me hace falta una cobija, o un machete o un poco de aguardiente, traigo al mercado algunos plátanos -u otras frutas- y obtengo abundantemente lo que deseo, ¿para qué más?, no la pasaría mejor ni que fuese tan rico como el señor X o Y.

Y así siente y opina cada peón de Venezuela. De este modo sucede después que a mí -por ejemplo- me costó cinco dólares (diez florines), mucho tiempo y gran persuasión enviar una carta de Caracas a La Guaira (y, sin embargo, el viaje se hace en sólo tres horas (...)) y así sucede que la mantequilla -a pesar de que en las praderas pastan miles de vacas- la traigan de Norteamérica o Europa; que las mejores verduras y alimentos lleguen a la mesa de los caraqueños distinguidos directamente de Francia; y así se explica que la industria y la agricultura se encaminan hacia la ruina y que la prosperidad del país decae año a año. (Íbidem: 110)

La capa superior de la sociedad caraqueña, señala, son los criollos, descendientes de los españoles. Ellos son altos, esbeltos y de abundante pelo. Las mujeres o son una verdadera belleza o son feas. Refiriéndose a su carácter, costumbres y modos de ser, el viajero asegura que, además del origen andaluz de sus conquistadores; hay que tomar en cuenta la ubicación y clima. Define como rasgos principales del criollo; bien sea de La Habana, México o Caracas: la ambición, el deseo de dominio, el orgullo, el apasionamiento y la rudeza; la apatía e indolencia ilimitadas; pero también la hospitalidad y “cierta caballerosidad”. En lo referente a la política señala el fanatismo “...con sus innumerables prejuicios y supersticiones, que mantienen al pueblo en la ignorancia...” (Íbidem: 111)

En Caracas las mujeres salen de sus casas excepcionalmente, durante el día, por alguna diligencia o para ir de visita, “...imitan en sus vestidos -con mal

gusto- la moda francesa...”, usan sombreros y vestidos altos que no van bien con los rostros españoles, como la mantilla y el velo habaneros que usan las damas en las celebraciones religiosas. Los caballeros usan trajes de paño, sombreros de copa alta, y los domingos o días festivos usan fracs negros, “...y luego refunfuñan continuamente por el gran calor, y con razón, ya que esa moda europea no es propiamente la más conveniente para aquel clima.” (Íbidem)

Las procesiones religiosas eran el acontecimiento que congregaba más gente de los que se realizaban en la ciudad, entre éstos el más importante era el de la Semana Santa, de la que Rosti hace una reseña bastante detallada. No es que los caraqueños fueran muy devotos, según este viajero, sino que estas fiestas eran la ocasión que les permitía hacer vida social, sobre todo en las procesiones, que juntaban a todas las clases para festejar hasta la medianoche. A propósito de esta celebración, el viajero describe al soldado venezolano. Esta imagen resulta interesante, no sólo porque apunta al perfil del venezolano de ese tiempo, sino porque evidencia los prejuicios de quien observa:

Apenas se puede imaginar cosa más cómica que la milicia venezolana en estas procesiones. La mayoría de los soldaos rasos son mestizos de estúpida expresión en el rostro. Su uniforme consta de pantalón azul con rayas vino tinto, frac de tela de lienzo con solapas vino tinto y cola corta; éste también sería azul -hablo del uniforme de gala-, pero está tan desteñido y roto que más bien parece gris o color de leche (...) El calzado y la corbata no son imprescindibles en el uniforme del soldado venezolano; no obstante, el que puede conseguir tan supernumerarios artículos los puede usar libremente. Por lo demás hay casos extraordinarios en que el recluta recibe -para todo el tiempo de su servicio- un par de botas (...) La cartuchera -colgada al cuello- y una mala arma le confería algo de tinte bélico al ejército, pero lo borra totalmente la actitud floja y negligente de los soldados, que podría ser de cualquier cosa menos de militar. Los oficiales (entre estos también son muchos los mestizos) llevan frac y pantalón de paño azul y sombrero de tres picos; éstos por lo menos están más o menos limpios. (Íbidem: 113)

Refiere el mismo viajero que para el tiempo de su visita el ejército venezolano estaba conformado por dos mil hombres. No había en Venezuela obligatoriedad para cumplir el servicio militar, como sí sucedía en muchas otras naciones; pero, señala de manera irónica, esta “recluta libre y voluntaria” consistía en “atrapar con lazo a los voluntarios”. Cuando las cárceles se llenaban demasiado o cuando se necesitaban soldados, condenaban a los malhechores que estaban presos a servir en el ejército por ocho o diez años, lo que, según Rosti, favorecía la entrada de “chusma”. Cierra esta reseña con una categórica afirmación: “la milicia es la miseria ricamente adornada”.

El criollo es muy hábil en el trabajo, aunque sólo cuando desea trabajar y esto sucede excepcionalmente. Es sencillo y se contenta con muy poco, lo que según el viajero húngaro constituye la fuente de su “pereza” y su dificultad para el progreso. Además, “Tiene miedo de todo y concede enormes proporciones al más mínimo obstáculo”, lo que dice haber confirmado durante su viaje al Orinoco, cuando le anunciaron inundaciones, enfermedades, ataques de ladrones, presencia de tigres; que describían de manera horripilante con la intención de hacerlo desistir de visitar el majestuoso río, y lo hubieran logrado, afirma Rosti, si él no hubiera estado seguro de la utilidad de su viaje. (Íbidem: 122) Los llaneros, que aún no enfrentan las necesidades del mundo citadino, son gente honesta, jovial y afable. (Íbidem: 124)

Durante su estadía en la población de Cagua, el viajero húngaro fue agasajado por algunas personas “de las capas superiores” del pueblo. Las velas iluminaban la modesta casa campesina donde se realizó la velada en la que un negro acompañaba un arpa con su canto, mientras otro tocaba las maracas. Improvisaban versos en los que el tema casi siempre era el amor. Intervenían cuatro parejas de bailarines y eran las mujeres quienes escogían sus parejas lanzándoles un pañuelo, “Una de las bellezas morenas de brillantes ojos me honró con su escogencia. Mis amigos creyeron que por ser forastero iba a quedar mal en el desconocido baile, pero estando iniciado en los secretos del *csárdás*, salí mal que bien del aprieto, ante la admiración de los presentes.” (Íbidem)

Sólo en las ciudades y en las regiones más pobladas había camas, en las regiones del interior del país se dormía en chichorros o hamacas y quien no llevaba consigo una hamaca debía dormir en el suelo. “Cuando nos hemos acostumbrado a la hamaca, resulta muy agradable descansar en ella (...) en cuanto llegué a tener una magnífica cama inglesa en Trinidad, no la aguanté durante la primera noche y colgué de nuevo mi viejo amigo [su chinchorro] entre el marco de la ventana y el picaporte, para encontrar el anhelado reposo.” Tampoco se conocen los cubiertos en las regiones apartadas de los núcleos más poblados, por lo que incluso las damas comen con las manos. (Íbidem)

Su paso por aquellos pueblos del llano generó tal expectación, que en una ocasión en la que se encontraba hospedado en una pulpería, llegaron dos damas al establecimiento, provenientes de una población cercana. El motivo de su visita era, como lo supo después, ver aquel europeo, rubio y de ojos azules que había llegado al pueblo; pues ellas jamás en su vida habían visto a alguien semejante. Aquellas damas asumían que el viajero era doctor, por lo que insistieron en que las ayudara a curar “sus más íntimos males femeninos”. (Íbidem)

A lo largo de sus viajes por las regiones del país, Rosti describió a los venezolanos que iba conociendo. Acerca de los habitantes de Angostura señala que aparte de ser pocos -lo que representaba escasez de mano de obra- era la gente más floja y terca entre todos los criollos que había conocido. Se trataba principalmente de zambos. “De todas las mezclas esta es la más infame”, apunta el viajero. Aunque también había negros y mulatos; y por supuesto, lo que él llama “la buena sociedad”, compuesta casi totalmente por europeos, principalmente alemanes. Pero éstos, en lugar de combatir la indolencia criolla; se vuelven criollos, aclimatándose “espiritual y físicamente”.

En los alrededores de Angostura viven indios “de pura cepa”, que muchas veces se acercan a la ciudad. Cuenta Rosti que se tumbaban perezosos a orillas del río. Compraban cintas, cuentas o cuchillos en las tiendas, con el dinero que recibían por la venta de cueros de tigre, loritas, totumas talladas o chinchorros.

Tanto hombres como mujeres se vestían envolviendo su cuerpo desde el pecho hasta las rodillas con una larga tela azul oscura, pasando un extremo por el hombro, a modo de una túnica romana. “Son absolutamente inútiles para el trabajo. Los comerciantes ya han tratado de atraerlos, pero en vano.” (Íbidem: 129)

III.8.6 La Política

Desarrolla el viajero húngaro una crítica en la que señala la codicia desmedida de los españoles y la crueldad que desataron en su afán de hacerse con las riquezas del “Nuevo Mundo”. Al explotar las colonias, obstaculizaron el desarrollo de su comercio e industria, lo que, unido al despotismo, produjo descontento en los criollos y su ruptura con España. Coincidiendo con otras apreciaciones de viajeros antes referidos, Rosti advierte que los venezolanos no estaban maduros para la independencia, pues apenas eran capaces de comprender la ideología de la libertad: “La libertad es un arma de doble filo: en manos de un hombre serio y de noble espíritu es arma gloriosa, bajo cuya protección el bienestar ciudadano y el honor nacional van desarrollándose audazmente; pero en manos del niño inexperto es arma hiriente que se vuelve contra sí misma.” (Íbidem: 104)

Luego de estudiar las dos antiguas colonias españolas de Venezuela y México, concluye que en estas repúblicas se abusa de la libertad y ésta sólo es empleada en robos, violencia y guerras civiles. Quienes gobiernan anhelan el poder y las riquezas y sólo llevan en su corazón el interés propio y de su partido, razón a la que le atribuye Rosti las constantes guerras civiles desatadas en esta nación.

Son muchos los que desean gobernar, mandar, enriquecerse o elevarse a rangos de Presidente, Ministro o General, pero muy pocos los que quieren obedecer y colaborar para fomentar el bienestar patrio. En estas circunstancias, la economía agrícola, la industria, el comercio y las artes infaliblemente se traban en su libre desarrollo, y así se explica que la población y producción de Venezuela disminuya año tras año. (Íbidem)

Atribuía Rosti la ruina de la agricultura y la industria a que el presidente José Tadeo Monagas había abolido la esclavitud buscando el favor popular. Aunque refiere de manera contundente: “De ninguna manera quiero yo defender la esclavitud, mas ésta es una plaga que no se puede eliminar de golpe.” (Íbidem: 104)

Sostiene que durante su estadía en el país la Cámara de Representantes se afanaba por preparar una nueva Constitución para elegir nuevamente a Monagas por un período de diez años, ya que dicho cuerpo legislativo obedecía fielmente las órdenes del Presidente. Si algún representante de la cámara se oponía, dejaba de recibir su sueldo y si esa sanción no bastaba como escarmiento, era hecho preso. Esta situación era posible, en parte porque los gobernadores de algunas provincias eran parientes de Monagas y gran parte de los cargos públicos importantes estaban ocupados por sus más íntimos, lo que le garantizaba el control absoluto del país.

Con la intención de explicar la situación política del país, Rosti determina de manera precisa a sus destinatarios, es decir, a quienes él estaba dirigiendo la obra que narraba su experiencia en Venezuela, la cual fue organizada a partir de sus anotaciones una vez regresó a Europa: “Para hacerles ver más claramente a qué manos está confiada allá la cosa pública y qué clase de gente son los hombres del gobierno, narro algunas anécdotas de las cuales tengo conocimiento según las fuentes más fidedignas y que, por otra parte, en Caracas están en todas las bocas.”

De modo que describe en algunos apartados de su escrito, anécdotas que ponen en evidencia el nepotismo y la corruptela en el manejo de los fondos públicos, situación que lamenta afirmando: “Es así el carácter de los hombres a quienes está confiado el gobierno de aquel pobre país, y es penoso que semejantes personas surjan del seno de este pueblo”. (Íbidem:105)

Rosti se lamenta de la inestabilidad política del país, y como otros extranjeros reflexionó en su obra sobre las nefastas prácticas de los funcionarios públicos. Sostiene que, a menos que ocuparan cargos en el Estado que les permitieran robar junto al gobierno, la mayoría de los venezolanos eran enemigos de éste. “¡Pobre país! Nuevamente está por sufrir una revolución, y si la situación no mejora pronto,

tarde o temprano caerá en poder de los yanquis esta hermosa provincia, aunque su conquista no es tan fácil como lo creen los vecinos del norte, no tanto por la oposición del ejército regular (...) sino por la resistencia que puede desarrollarse en la guerra de guerrillas. (Íbidem: 126)

III.8.7 Los caminos y pueblos

En Venezuela los viajeros se trasladan a caballo, en mula o es asno; pues no existen diligencias ni coches. Para ello se contratan arrieros, que pueden poseer entre diez y cien mulas. La mayor parte de los arrieros que llegan a Caracas provienen de Aragua, transportando productos agrícolas y comerciales.

Rosti contrató a uno de estos arrieros para que lo llevara hasta Maracay, en las cercanías del Lago de Valencia. Describe a estos trabajadores como gente honesta y laboriosa, en quienes se podía confiar. Por cada mula el viajero pagó un dólar diario, lo que daba un total diario de seis dólares por las seis mulas que necesitaba para el traslado. El viaje se hacía en cuatro días desde Caracas. Como equipaje llevaba su ropa, libros, apuntes y sus instrumentos fotográficos, los que tuvo que distribuir en cuatro de las mulas. Así se despidió de Caracas un 19 de abril y emprendió su recorrido por algunas regiones del país:

Delante iba yo, con un liviano y blanco traje de verano; mi sombrero de paja constituía una especie de turbante, que me protegía de los cálidos rayos solares; llevaba en la mano -para gran admiración de los caraqueños- una red de atrapar mariposas y en el cinturón mis únicas armas: una pistola de ocho cañones y un ancho cuchillo, que allá llaman daga. Detrás de mí iban, a paso lento, el arriero y las cinco mulas, formando una caravana. (Íbidem: 121)

A los viajes se partía desde el amanecer, el arriero cargaba los animales cerca de las seis y así se daba comienzo al recorrido, en el que no se detenían hasta llegar a la meta fijada para cada día, entre las seis y las ocho de la noche. Tanto el arriero como los animales comían sólo en la mañana y en la noche. En las posadas del camino se conseguía café, azúcar, papelón, cacao y chocolate; y como

pan se comía arepa. También vendían alimentos más completos, como papas, ñame o apio, y platos como el sancocho y el tasajo, de carne de res.

Las distancias y el tiempo en los recorridos se calculaban por comparación entre una y otra población, como señala Rosti: “Si preguntaba a qué distancia estaba algún lugar y cuándo llegaría, me respondían: *Si sale por la mañanita, llegará cuando el sol esté por aquí*; y señalaban donde estaría el astro...” (Íbidem: 125)

Las casas en los pueblos eran muy sencillas, para hacerlas se clavaban unas estacas en la tierra que luego se recubrían de barro para hacer las paredes. Los techos se hacían con hojas de palma. No tenían ventanas. En los cuartos había un soporte para colgar las monturas y alcayatas para colgar las hamacas y los chinchorros. La cocina se encontraba en una choza aparte, que podía ser simplemente un techo de palma apoyado sobre unas estacas, con un fogón en medio. En un andamio de madera colgaban carne de res en tasajo, para que se secara al sol. Esta carne podía prepararse triturándola en un pilón para luego amasarla y formar bolitas que se freían, plato al que llamaban “carne frita”. La carne constituía casi el único alimento de los llaneros, no vio Rosti en su recorrido por esas tierras que se comiera pan y ni siquiera arepas. (Íbidem: 126)

En Angostura los jornales eran enormes y un hombre fuerte podía ganar mucho dinero. La mercancía provenía de Europa o Estados Unidos. Artículos como cuchillos, botas, ropa, ollas, herramientas y comestibles enlatados “...de la fábrica de conservas de Lübeck”, por lo que se pagaban muchos impuestos en la aduana. Esta situación hacía que la vida en Angostura fuera “más cara que en Londres”. La exportación de tabaco es una de las actividades comerciales más importantes de Angostura. Los cigarros eran fabricados principalmente por mujeres y los hacen con un tabaco cumanés de muy buena calidad. (Íbidem: 127-128)

En Angostura no había posadas, los comerciantes provenientes de otras zonas se hospedaban en casas de amigos, el mismo Rosti tuvo que alojarse en casa de un comerciante alemán llamado Ernesto Han, gracias a que llevaba para éste una recomendación. En esa ciudad pudo disfrutar del casino, que tenía una

sala de billar y otra de lectura, con algunos periódicos mensuales, además ofrecía frecuentemente almuerzos y fiestas bailables. Allí pasó unos días agradables e hizo nuevas amistades. Al irse lamentaba no poder disfrutar por más tiempo de aquella capital de la Guayana española. (Íbidem: 129)

IV. El cuaderno del viajero

Desde la Edad Media, los relatos de viajes despertaron el interés de los lectores, por lo que llegaron a ser ampliamente cultivados, dando origen a una copiosa literatura, conformada entre otros textos por relatos, guías de peregrinación y relaciones de misioneros. Entonces ¿podemos considerar al relato de viaje un género literario?

El filólogo y romanista español Miguel Ángel Pérez Priego, en su “Estudio literario de los libros medievales” (1984), propuso un modelo a partir del cual se pueden analizar los rasgos que configuran los relatos de viajeros, intentando establecer a partir de éstos una categoría genérica.

Aunque en tiempos de la Ilustración el viaje adquirió otras características y funciones, vemos que en los testimonios de los viajeros incorporados en este trabajo; se manifiestan las categorías establecidas en el estudio de Pérez Priego a partir de los relatos de viaje medievales.

IV.1 El Itinerario

El discurso en el relato de viaje sigue el trazado de un recorrido que organiza su estructura de principio a fin. Todos los libros de viaje, desde los “itineraria” que describían las rutas y vías en la antigüedad, hasta las relaciones de embajadas o los viajes de aventura de la ficción, adoptan la estructura de un itinerario. Cada ciudad, pueblo o lugar visitado se va entrelazando con los otros en el relato a partir de las descripciones del autor y esto hace posible otro tipo de viaje; el que recrea el lector a partir de la experiencia literaria; sin embargo, este recorrido simbólico está vinculado a las cualidades narrativas del autor.

En la relación de Alejandro de Humboldt sobre su viaje al “Nuevo Continente”, el hilo narrativo del relato se estructura a través del recorrido que hace por la geografía de cada región visitada. El primer capítulo de su monumental obra parte de una reflexión acerca de la importancia de las expediciones científicas y de los

viajes como forma de conocimiento, a partir de su propia experiencia formativa. El recorrido descrito se inicia con los preparativos de la partida hacia América y su paso por regiones como La Provenza, Valencia, Tarragona y varios puntos importantes de la geografía de España hasta llegar a Madrid. La narración describe sucesivamente el tránsito por Castilla, el reino de León, Galicia y La Coruña, desde donde se embarcó hacia Cuba. Durante el tiempo de navegación describe las corrientes, los vientos, las presiones variables, los grados de latitud y las millas recorridas y así todo el relato se sigue desarrollando sobre la base su itinerario.

Cada momento del viaje determina la narración; por lo que en cada lugar el viajero introduce profundas reflexiones acerca de las prácticas y las formas de vida de sus habitantes; además de sus detalladas referencias al entorno físico. Cuando el recorrido se desarrolla en un entorno natural, el relato se enfoca en la descripción de los elementos de flora y fauna, además de la aplicación de los instrumentos de medición que le permiten recoger datos científicos; pero si el trayecto se desarrolla en un entorno urbano, las descripciones se centran en las costumbres y organización sociopolítica.

Del mismo modo, vemos como los textos de Depons, Goering, Appun y Rosti; están organizados de acuerdo al recorrido que realizan por las distintas regiones de Venezuela. Esto hace que los núcleos del relato sean la descripción de cada lugar, con sus anécdotas y las particularidades de cada paisaje y de su gente.

En su viaje por Venezuela, Bellermann sigue la ruta de un itinerario que se expresa sincrónicamente en su diario. El recorrido documentado en el relato, además de ser rico en detalles, es acompañado con los bocetos y paisajes de cada lugar. Las metáforas manifestadas en la narración son reforzadas con el pincel, de modo que la experiencia de observador se potencia, lo que permite llevar al espectador a los lugares y al tiempo reseñados. Las series de pinturas y bocetos que hiciera Bellermann, recogen su paso por cada región del país, siguiendo el recorrido que el pintor hiciera en su itinerario.

Los diplomáticos, como Lisboa, Depons o Ker Porter, no fueron viajeros de de paso, sino que se establecieron durante un tiempo en Venezuela, de modo que no construyeron itinerarios ni recorridos. Sin embargo, en el caso de Robert Ker Porter, al menos en los primeros meses después su llegada, su diario se construye a medida que va descubriendo la ciudad y sus alrededores. Los más ricos pasajes que describe son los recorridos por las zonas aledañas a Caracas y su mirada ante los paisajes es de deslumbramiento, lo que nos deja un relato cargado de metáforas y elementos poéticos, que buscan describirlo todo con un afán totalizador. Luego de establecerse en la ciudad, su narración se nutre del devenir social y político de la Venezuela de ese tiempo, lo que le permite además profundizar en el análisis del contexto histórico y en el papel de sus protagonistas.

Lisboa es quizá el extranjero con más afán descriptivo que refiere la Caracas del siglo XIX. Al igual que Porter su narración no sigue la ruta de un itinerario, sino que se desarrolla a medida que va descubriendo el entorno. Desde su llegada al Puerto de La Guaira hasta sus frecuentes recorridos por la ciudad de Caracas, describe calles, cuadras, plazas, quebradas, ríos, edificaciones públicas y viviendas; pero también los personajes, la educación, la cultura política y la organización de la sociedad; con una perspectiva de documentalista no exenta de prejuicios. Sin embargo, su narración contiene datos muy valiosos para conocer la sociedad caraqueña de mediados del siglo XIX.

IV.2 El Orden Cronológico

Los relatos de viajes, al articularse sobre un itinerario, van dando cuenta del recorrido siguiendo a la vez un orden cronológico, es decir, se enmarcan en una dimensión cuyo trazado lo determina el espacio y el tiempo. Hay una continuidad lineal que fusiona el tiempo narrativo con el espacio y los acontecimientos narrados. Los hechos descritos suelen suceder en algún lugar y en un tiempo que se aproximan al tiempo de la narración, como si el relato se construyera a medida que transcurre el viaje.

Una de las críticas más recurrentes que se le han hecho a este tipo de narraciones apunta a que sus autores escribían la obra desde el recuerdo, lo que, a criterio de algunos, los llevaba a cometer errores e imprecisiones, por ejemplo al precisar la distancia o ubicación de algunos lugares; afectando la veracidad de lo que se refería, debido al distanciamiento con el lugar y el tiempo reseñados.

Es cierto que algunos de estos relatos fueron organizados al culminar el viaje, ya que es cuando toda la documentación recolectada en esbozos, dibujos, muestras y anotaciones hechas en el recorrido; podían ser integrados en un discurso, siguiendo un orden cronológico que les otorgara coherencia, actualidad y proximidad con la narración. Esto hace que el lector experimente el recorrido como una experiencia vivida y le otorgue verosimilitud a los sucesos narrados y las realidades descritas, pues el texto lo convierte en testigo de todo cuanto se relata.

Un ejemplo lo encontramos cuando Humboldt describe un atardecer en Cumaná, llevándonos al instante preciso que refiere, un momento en el tiempo que suscita una experiencia icónica, como si lo hubiera representado con pinceladas de formas y colores. La experiencia del lector entonces se transforma en un viaje que lo conecta con el espacio y el tiempo narrado:

Colocado sobre una colina desnuda y calcárea, domina la ciudad y se exhibe de un modo muy pintoresco a las naves que entran en el puerto, destacándose a las claras sobre la cortina sombría de las montañas que hasta la región de las nubes llevan sus cumbres, cuyo matiz vaporoso y azulado se hermana con el azul del cielo.
(Humboldt, 1985: 386)

En el caso de Bellermann, al tratarse de un diario, los hechos descritos guardan mayor sincronía con el tiempo en que fueron experimentados, ya que generalmente realizaba las anotaciones de su diario al final de cada día. Al igual que lo hizo con su pincel, Bellermann construye imágenes textuales a partir de metáforas cromáticas y una detallada descripción sensorial de la naturaleza:

El paisaje de Punta Arena tiene un carácter casi invernal. La tierra es clara, compuesta más que nada por conchas de moluscos y corales, cubierta sólo por cactus y algunos arbustos. Los cactus

brillan como cubiertos de escarcha, el azul del lago y el blanco como agua congelada, pues como sólo hay unos pocos pies de agua sobre la sal, ésta se ve en su colorido natural. Las montañas que rodean el lago son calcáreas y todo el conjunto es sumamente desértico. (Bellermann, 2007: 93)

En cuanto a las referencias temporales, los viajeros señalan horas con precisión para dar cuenta del tiempo que se lleva recorrer algunas distancias, pues para ellos esta información es importante. Sin embargo, en sus relatos muchas veces se refieren a los momentos del día como “al amanecer”, “al atardecer”, “por la tarde” o “por la noche”, sin especificar la hora del día. Así encontramos referencias como: “Al amanecer los rayos del sol iluminaron la costa” (Goering); “Las señoras celebran el día de su santo con una reunión o baile, que muchas veces se extendía hasta el amanecer, amenizado con polkas y contradanzas” (Lisboa); “A los viajes se partía desde el amanecer, el arriero cargaba los animales cerca de las seis y así se daba comienzo al recorrido.” (Rosti); “...más por la tarde la atmósfera se carga, las montañas se empañan; regueros de vapores se ven suspendidos sobre sus cuevas...” (Humboldt).

Los testimonios muestran cómo el venezolano en general hacía referencia a las distancias y el tiempo en los recorridos, comparando la distancia entre una y otra población. Los términos “cerca” o “lejos” se manejaban con total subjetividad. De la misma manera, la población en general no hacía referencia al tiempo aludiendo a las horas del día, como hacemos actualmente. Las referencias al tiempo son: madrugada, mañanita, mañana, mediodía, tardecita, tarde y noche. Es elocuente el testimonio de Pal Rosti cuando señala: “Si preguntaba a qué distancia estaba algún lugar y cuándo llegaría, me respondían: *Si sale por la mañanita, llegará cuando el sol esté por aquí*; y señalaban donde estaría el astro...” (Pino Iturrieta y Calzadilla, 1992: 125)

A diferencia de los otros relatos contenidos en este estudio, en el de Francisco Depons, aunque se titula “Viaje a la parte oriental de tierra firme” y da cuenta de todo cuanto pudo reseñar a partir de su viaje a Venezuela; la narración no obedece

a un orden cronológico sino temático. Los capítulos refieren aspectos que van desde el proceso de conquista y establecimiento del dominio español, hasta la descripción de la población y su conformación étnica; el gobierno de las colonias españolas; el Tribunal de la Inquisición; el comercio o la hacienda pública. Según Pérez Priego esa falta de orden cronológico es frecuente en los “viajes fingidos” o de ficción, muchos de los cuales pretendían pasar por verdaderos. En el caso de Depons, aunque dedica un capítulo bastante documentado a la descripción de la región de Guayana, se sabe que sólo permaneció en Caracas y de allí únicamente visitó Puerto Cabello; lo que no le resta importancia al gran aporte que representa su vasta obra dedicada a Venezuela. De cualquier modo, la historia se sigue dividiendo entre los testigos oculares, que escriben sólo lo presenciado y los que consideran que lo escuchado de la memoria de otros tiene también valor documental.

IV.3 El Orden Espacial

En los libros de viajes el espacio recorrido es descrito con un afán totalizador, como si toda la realidad percibida pudiera ser incorporada al relato. Estos textos tienen en principio una función documental que busca registrar no sólo la naturaleza sino también la cultura y la sociedad observadas, desde una perspectiva etnográfica. Por eso, los autores se valen de técnicas de recolección de datos muy diversas que van desde los más sofisticados aparatos de medición de la época, hasta habilidades literarias y artísticas para poder hacer registros icónicos de lugares y especies. Todo cabe en el cuaderno de un viajero.

El orden narrativo está dado por el espacio recorrido “...como un inmenso mapa desplegado en palabras” (Pérez Priego, 1984: 226). Apunta este autor que en el itinerario se establecen hitos o núcleos narrativos en torno a los cuales se organiza el discurso y estos son las ciudades o pueblos transitados. Estos lugares son descritos a partir de un esquema procedente de la antigua tradición retórica y se repite en todos los relatos medievales estudiados por el referido investigador. En este sentido, la descripción atiende a aspectos como la antigüedad y fundadores de

la ciudad; situación y fortificaciones; fecundidad de sus campos; aguas; costumbres de sus habitantes; edificaciones, monumentos y personalidades. Este esquema se mantiene en la mayoría de los relatos referidos a Venezuela que son parte de este libro.

En torno a la descripción de la ciudad el relato puede adquirir un carácter introspectivo, que permite incorporar cavilaciones acerca de la política, los personajes importantes, las costumbres y los modos de vida. El marco de la ciudad también permite al viajero contar el mundo visto y experimentado. Los recibimientos por parte de los mandatarios del lugar; las fiestas y bailes, los vestidos, las comidas, los mercados. Ker Porter relata el agasajo en ocasión a su llegada a Caracas y la presentación a las personalidades:

Su excelencia se esmeraba en ver que yo comiese la mayor cantidad posible de viandas (...) Después de haber concedido el tiempo necesario para este nuevo arreglo, S. E. me condujo a la habitación donde había otra mesa no menos repleta de toda clase de frutas de la estación, así como de cualquier otra susceptible de ser conservada (pues la ciudad es célebre tanto por sus dulces como por sus patriotas.) (sic) (Porter, 1997: 56)

Para elaborar las descripciones, los viajeros recurren frecuentemente a la comparación, como lo hicieron los cronistas de Indias al reseñar la realidad americana al presenciarla por primera vez. Entre los muchos ejemplos que al respecto pueden mencionarse está la conocida la comparación que hace Humboldt del Camino de la Guaira a Caracas con los caminos de San Gotardo y de San Bernardo Mayor, en los Alpes Suizos. También Miguel Lisboa en su descripción de Caracas señala: "Caracas era una ciudad con una arquitectura muy modesta, comparada con otras capitales de Suramérica. No hay edificaciones monumentales ni obras de mayor complejidad, hasta bien avanzado el siglo XIX." Y en otro apartado dice: "Otros animales que se vendían en el mercado eran la tortuga y el jabuti (...) cuyo hígado se considera exquisito y es comparable al *foie-gras*."

En el caso del relato de Robert Ker Porter, al tratarse de un diario, el orden cronológico y espacial está determinado por las actividades cotidianas de su vida

en la ciudad, como lo que comía o las visitas que realizaba a algunas personalidades. La periodicidad en su escritura es generalmente diaria, por lo que las anotaciones temporales son muy precisas en cuanto a fechas y momentos del día y hasta el tedio de la cotidianidad caraqueña de entonces es registrado en sus anotaciones. Los núcleos narrativos los establecen precisamente los acontecimientos que rompen con la monotonía de su rutina, como los paseos a las zonas aledañas, los cuales describe con detalle y utilizando recursos retóricos que permiten recrear sus impresiones. Su encuentro con personajes de gran relevancia también se constituyen en hitos de la narración, es el caso de su encuentro con Bolívar, al que le dedica algunas de las más detalladas descripciones, además cargadas de emotividad, por su manifiesta admiración por el Libertador.

IV.4 Las Maravillas

Desde el “Libro de las cosas maravillosas” hasta las crónicas de Indias; los relatos de viajes se caracterizaron por incorporar descripciones de culturas remotas y cosas extraordinarias que excitaban la imaginación del lector europeo. Las crónicas que describían por primera vez la realidad americana están llenas de mitos que hablan de sirenas, monstruos y lugares fantásticos como El Paraíso Terrenal o El Dorado. Aún hoy en día la producción narrativa en torno al proceso de Conquista, aunque prometida a la veracidad, está sometida al albedrío entre la historia y la ficción.

Estas visiones contribuyeron a la prefiguración europea de una América mítica, que también era parte de ese continente “imaginado” por aquellos viajeros que llegaron a tierras venezolanas en el siglo XIX.

Apunta Colón en su relación: “Mostróles oro y perlas, y respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaron Bohío había infinito [...]. Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres...” (Colón, 2005: 48).

Aunque es en los relatos de viajes de ficción donde más abundan las semblanzas maravillosas; los viajeros “reales” buscaron también impresionar a sus destinatarios incorporando en sus relatos descripciones extraordinarias. Ellos, hombres de ciencia o diplomáticos, tenían la misión de dar a conocer en sus ámbitos una realidad fascinante y desconocida hasta ese momento para Europa.

Los viajeros que describieron el suelo americano por primera vez se encontraron con una realidad muchas veces inefable, que exaltaba su imaginación; tanto por su asombrosa naturaleza como por las particularidades de su cultura y el carácter de su gente. Decía Carpentier “¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real-maravilloso?”. Explica el escritor cubano lo “real maravilloso” como “...esa inesperada alteración de la realidad, una revelación privilegiada, una iluminación inhabitual, una fe creadora de cuanto necesitamos para vivir en libertad; una búsqueda, una tarea de otras dimensiones de la realidad, sueño y ejecución, ocurrencia y presencia...” (Carpentier, 2004). Se trata de un fenómeno característico de América, una perspectiva más de la historia y no necesariamente una ficción; y es que sólo en este continente se observan realidades y acontecimientos tan singulares que resultan maravillosos ante la mirada de un extraño.

Sin duda, la naturaleza venezolana generó en los viajeros extranjeros mucho más asombro y admiración que su gente y su cultura. Son numerosos los paisajes y entornos naturales descritos en sus diarios o inmortalizados por su pincel, en los que se evidencia un gran deslumbramiento.

IV.5 La forma de Presentación del Relato

El itinerario estructura la narración de manera lineal, esto conlleva a que en los relatos de viajes no suelen presentarse acciones paralelas que interrumpen el transcurrir de los acontecimientos relatados. El narrador es a la vez protagonista de las experiencias descritas, de modo que los testimonios se presentan en primera persona, lo que refuerza su verosimilitud. Las descripciones son relatadas en

tercera persona y en ocasiones se incluyen testimonios en discurso directo, que presentan la voz de otros personajes incluidos en la historia. Es el caso de un fragmento en el que Pal Rosti nos presenta a un personaje cuya elocuente anécdota da cuenta de la “holgazanería” adjudicada a los venezolanos por algunos viajeros extranjeros:

Dirijámonos a aquel mozo color café, que recostado indolentemente en la pared, parece no pensar sino en su cigarro que ahora mismo le ha preparado una joven mulata, y formulémosle la recién surgida pregunta:

¿Y por qué, señor? -responde, con los ojos entreabiertos y somnolientos-; ¿para qué, señor? ¿Para qué voy a trabajar?; el alimento necesario se da en todos los árboles; sólo debo estirar la mano para recogerlo, si me hace falta una cobija, o un machete o un poco de aguardiente, traigo al mercado algunos plátanos -u otras frutas- y obtengo abundantemente lo que deseo, ¿para qué más?, no la pasaría mejor ni que fuese tan rico como el señor X o Y.

Y así siente y opina cada peón de Venezuela... (Rosti, en Pino Iturrieta y Calzadilla, 1992: 110)

Es muy vivencial el relato de Appun, quien con nostalgia describe su paso por la región zuliana, donde pudo establecer lazos con familias alemanas establecidas allí:

Recuerdo con placer las bellas noches que con tanta alegría pasé en Los Haticos reunido con mis paisanos cultos y joviales, entre los cuales, en primer lugar brillaban las damas por su belleza y amabilidad... (Appun, citado por Pino Iturrieta y Calzadilla, 1992: 89)

Aunque la historia se narra principalmente en primera persona, es el mundo exterior el que se modela en el relato; sin embargo surgen en ocasiones profundas reflexiones del autor acerca de los acontecimientos que transcurren. Robert Ker Porter introduce en su diario constantes cavilaciones acerca del momento que vive la república. Refiriéndose a Bolívar, a quien le dedicó muchas de sus páginas, afirma: “...la corrupción de los gobernantes y sus satélites durante su ausencia es

la causa del descontento y la rebelión que actualmente aquejan a la República” (Porter, 1997:184)

Podríamos afirmar al revisar estas categorías, que hay un patrón que se repite en los relatos de viajeros. Como lo refiere Lorenzo Silva (citado por Ortega Román 2006), refiriéndose a la Epopeya Gilgamesh (2700 a. C.) “...contiene realizados o insinuados, muchos de los elementos que se repetirán más adelante en la literatura de viajes.”

V. Nosotros, los otros

Hay un elemento común en los viajeros cuyos relatos conforman este estudio y no es otro que la necesidad de observar, clasificar y guardar registro del entorno y la sociedad que transitan en sus viajes. La mirada desde la cual experimentan ese mundo es la mirada de un individuo ajeno al espacio observado. Por la imposibilidad de sustraernos a nuestra propia cultura, es desde los ojos ajenos que podemos percibir la diferencia y apreciar aquello que nos caracteriza entre muchos seres y culturas que pueblan este mundo. La percepción de ese otro, como la de nosotros, está condicionada por su tiempo y su entorno; por lo que todas las valoraciones que se hacen deben ser comprendidas a la luz de su tiempo histórico y su cultura.

En las miradas que se conjugan en este libro existen elementos coincidentes que forman parte de la apreciación que aquellos extranjeros tuvieron tanto del país, cuanto del ser humano que habitaba estas tierras. Algunos de esos elementos persisten, no sólo en la mirada de los otros, sino también en la visión que tenemos los venezolanos de nosotros mismos y de nuestra nación.

V.1 Retrato de Venezuela

El primer encuentro con tierras venezolanas produjo en los viajeros de todos los tiempos una suerte de fascinación. En su mayoría, estos extranjeros llegaron al país con una idea acerca de su geografía influenciada por descripciones previas; como las de Alejandro de Humboldt, cuyas referencias sobre Venezuela fueron el aliciente de muchos de aquellos aventureros para emprender sus viajes. Nuestro país era entonces un territorio de imponente naturaleza, que se abría ante la mirada acuciosa de los naturalistas.

La Venezuela descrita por Humboldt era un territorio fértil; con una belleza natural deslumbrante. La cordillera de montañas costaneras, los sembradíos y el camino que conducía desde La Guaira a Caracas, son particularmente exaltados en la narración del ilustre científico alemán. La Capitanía general de Caracas estaba

compuesta por siete provincias y poseía cerca de un millón de habitantes. A lo largo del litoral y cerca de la cordillera de la costa abundaban los terrenos cultivados. Más adentro las sabanas o dehesas y allende el Orinoco, la zona de los bosques, a la que sólo podía penetrarse atravesando sus ríos. Salvo porque los indígenas no vivían únicamente de la caza, el territorio de Venezuela podría dividirse en tres zonas equivalentes a los tres estados de la sociedad humana; sostiene Humboldt. De modo que la vida del salvaje cazador se ubicaría en los bosques del Orinoco; la vida pastoral en las sabanas y los llanos; y la vida del agricultor en los altos valles y al pie de los montes costaneros.

Aquella Caracas que recibió a Humboldt en 1879 ya no era la misma cuando viajeros como Bellermann o Goering cumplieron su sueño de seguir los pasos del maestro; pues en 1812 un catastrófico terremoto había devastado varias regiones del país, particularmente Caracas y Mérida, ciudades ampliamente descritas por estos aventureros. Los viajeros que llegaron a Caracas después de aquel fatídico suceso dejan testimonio de su impresión al presenciar los vestigios que aún después de varias décadas permanecían en la ciudad.

Venezuela en el pincel de Bellermann es un país lleno de luz. Por eso nuestros paisajes fueron deslumbrantes protagonistas de una extensa obra pictórica, en la que el pincel y el lápiz dejaron un testimonio de inmenso valor. Caracas es descrita por este pintor viajero como un pequeño poblado marcado por las cicatrices de las guerras y del terremoto acontecido treinta años atrás. Pero él, desde su mirada de artista, logró percibir la belleza de aquella ciudad sepulcral, semiderruida, triste y melancólica, como la describiría años más tarde Pal Rosti. Ciudad de perpetua primavera, por su clima privilegiado y la fertilidad de su tierra, tan propicia para el cultivo de diversos rubros.

Caracas, al igual que las otras ciudades del país tenía, según Lisboa, una arquitectura muy modesta, comparada con otras poblaciones de Suramérica. No poseía edificios monumentales ni obras de mayor complejidad, hasta bien avanzado el siglo XIX. Era una ciudad de aceras cómodas y sólidas.

Goering pudo ver en nuestro país una tierra bendecida por una eterna primavera. Venezuela fue para él “el más bello país del Trópico”, en el que paradójicamente sus habitantes, ocupados en sus luchas políticas, no tenían tiempo para la valoración de su majestuoso y rico entorno natural. Este viajero, al igual que otros, señala a la inestabilidad política y las constantes reyertas como causantes de la ruina de un país con tantas riquezas naturales.

Para Rosti Venezuela era una región privilegiada, donde la abundancia de la naturaleza le ofrecía al hombre todo lo que pudiera desear para su sustento. En gran parte de este país la naturaleza era tan pródiga que era casi imposible morir de hambre, cuestión que fomentaba la holgazanería. Territorio hermoso y fértil, favorable para la industria, el comercio, la artesanía y la agricultura; cuya pésima administración y constantes guerras no permitían desarrollarse.

Según el testimonio de Francisco Depons, Venezuela era una tierra de promisión, habitada por gente dominada por la pereza. No había región comparable en fertilidad, variedad y riqueza de productos, como ésta. El funcionario francés se lamenta de que una región en la que se reunían los elementos de mayor prosperidad, en la que la naturaleza era generosa en tesoros, la agricultura fuera vista como una actividad de poca importancia. Finalmente sentencia este viajero francés como nuestro primer defecto, no haberle dado al agricultor un puesto digno de toda estimación pública y no haber hecho de la agricultura el estado más honroso y favorecido. En este sentido, Pal Rosti lamenta que las mejores verduras y alimentos que llegaban a la mesa de los caraqueños provenían de Europa; lo que explicaba que la industria y la agricultura se encaminaran hacia la ruina año tras año.

V.2 Retrato de los venezolanos

La primera impresión sobre la gente que habitaba esta tierra que registra Humboldt en su obra es sobre los indios guaiqueríes. El científico alemán escribe “Después de los Caribes de la Guayana española es la raza humana más hermosa de Tierra Firme”. (De Humboldt, 1985: 272)

En su tránsito rumbo a Caracas, Humboldt pudo apreciar por primera vez el carácter de los caraqueños, cuando al entrar en una fonda del camino vio a unos hombres debatir acaloradamente acerca del movimiento por la independencia que había tenido efecto hacía poco tiempo.

Pal Rosti refiere que el fanatismo político mantenía al pueblo en la ignorancia. Para este viajero húngaro, la libertad era un arma de doble filo que se podía volver contra sí misma, y los venezolanos, como niños inexpertos, no estaban preparados para ser libres. En sus escritos cuestionó además el nepotismo, la corruptela en el manejo de los fondos públicos y las prácticas nefastas de los funcionarios del gobierno. Por su parte Miguel Lisboa advertía el carácter demagógico del venezolano, como impedimento para el progreso en la educación y Goering señalaba que en Venezuela había pocos asesinatos por robo, pero muchos por causas políticas, porque era la política lo único que subvertía el sosiego de los venezolanos. También Appun en su testimonio describe cómo la política provocaba la exaltación de las muchedumbres.

Para el diplomático inglés, Ker Porter, los venezolanos eran ignorantes y salvajes, por lo que no estaban preparados para obtener su independencia. Denunciaba la apatía e indolencia que se extendía a las instituciones; la avaricia, el egoísmo y la rapacidad pecuniaria de los empleados del gobierno, que no dudaban en robar si estaban en condiciones de hacerlo.

Miguel María Lisboa señala que el pueblo venezolano no poseía esa ferocidad que le habían atribuido algunos “observadores apasionados”. Y aunque engañado o seducido hiciera bulla y vociferara, el pueblo era más bien dócil y fácil

de manipular. Afirmaba además que más de un compromiso de casamiento había sido roto por la novia debido a las opiniones políticas de su prometido.

Son numerosas las referencias al carácter hospitalario y generoso de los venezolanos cuya cortesía era dadivosa. Era fácil la hospitalidad, según señala Humboldt, en un territorio donde abundaba la alimentación; donde los vegetales suministraban remedios saludables y donde el enfermo encuentra el abrigo que necesitaba.

Depons, advertía que ante un venezolano había que cuidarse de las expresiones de elogio, pues en estas tierras respondían “es suyo” a todo cuanto se halagaba. Bellermann llegó a afirmar que un europeo recién llegado a Venezuela, sin recomendación y sin recursos, podía estar casi seguro de hallar socorro. Appun describe a los venezolanos como personas corteses y hospitalarias con los extranjeros; práctica que contrastaba con el carácter horriblemente rígido y el severo espíritu de casta que era exigido sobre todo en Alemania.

Son marcadas las diferencias entre la apreciación que algunos de estos viajeros tienen acerca de los diversos grupos que conformaban la sociedad venezolana; por lo que podemos encontrar hacia unos los más entusiastas elogios y hacia otros un absoluto desprecio. Es el caso de Ferdinand Bellermann, cuando sobre su llegada a La Guaira refiere: “... en la puerta se podía ver una colección completa de los rostros más desagradables en todos los colores: tipos tirados por ahí escupiendo por entre los dientes, algunos tenían pájaros enjaulados, otros monos, que de haber sido del tamaño de los señores no se habrían visto muy diferentes (Bellermann, 2007: 43). Pero ese venezolano también fue motivo frecuente de la obra pictórica que el pintor dedicó a Venezuela. Llaneros, vendedores de gallinas o indios guajiros; siempre gente sencilla, realizando sus faenas, con sus atuendos característicos, inmersos en su entorno.

Por su parte Pal Rosti, refiriéndose a la milicia venezolana afirma: “Apenas se puede imaginar cosa más cómica que la milicia venezolana en estas

procesiones. La mayoría de los soldados rasos son mestizos de estúpida expresión en el rostro...” (Rosti, en Pino Iturrieta y Calzadilla, 1992: 113)

Son recurrentes las referencias a la supuesta holgazanería del venezolano, como lo muestra Depons al sentenciar que Venezuela era un pueblo oprimido por la pereza. En el mismo tono, Rosti afirma que la fuente de la pereza del venezolano y su dificultad para el progreso era su conformismo. Ilustra su juicio el científico húngaro con una anécdota acerca de un joven que veía siempre recostado en el mismo muro por muchas horas y que parecía estar sólo interesado en fumar tabaco. Éste, ante la pregunta del viajero sobre a qué se dedicaba, le respondió que no necesitaba trabajar, pues el alimento necesario se daba en los árboles y sólo debía estirar la mano para recogerlo.

Son muy reiteradas las alusiones a la belleza de las mujeres venezolanas y su preocupación por la apariencia. Lisboa destaca en su relato el aseo y el cuidado en la vestimenta de las mujeres de las clases bajas en la sociedad caraqueña. Las venezolanas de las clases acomodadas seguían la moda europea, aunque no fuera la más conveniente para el clima del país, y algunas veces preferían someterse a privaciones, antes que renunciar a lucir los más elaborados atuendos.

Depons señala que los españoles que habitaban esta región eran gente de costumbres sedentarias, que una vez llegaban a América se arraigaban, procurando formar familia antes de asegurarse la subsistencia. Aunque los catalanes y los vascos mantenían un poco más de estima por la tierra que los vio nacer, los criollos apenas recordaban su origen peninsular. Los descendientes de españoles nacidos en este lugar se sentían orgullosos de haber nacido en la que consideraban la comarca más afortunada de la tierra y más bien veían miseria en quienes llegaban de Europa.

Epílogo

Al contemplar este retrato de una identidad y de una nación que apenas se estaban gestando surge una pregunta: ¿Cuánto de aquellos venezolanos y de aquella Venezuela permanece en nuestro ADN cultural y social?

Son muy comunes las visiones estereotipadas en el discurso del otro, porque éste no puede sustraerse de su propia visión del mundo y de su cultura; sin embargo resaltamos como características identitarias, aquellas que se repiten en los diversos relatos contenidos en este libro. Es posible que los venezolanos hayamos construido la imagen que tenemos de nosotros mismos, reproduciendo los patrones expresados en los discursos de la alteridad. Pero también es posible que muchas de las características que nos adjudican como parte de nuestra identidad, no sean sólo la expresión de prejuicios simplistas, sino que estén fundamentadas en un comportamiento repetido por generaciones que no hayamos sido capaces de advertir y concientizar como sociedad. En todo caso no estamos destinados a repetir los mismos errores si sabemos que nos han llevado a constantes fracasos y ahí está la historia para recordárnoslo.

En esos relatos están expuestos, desde la perspectiva de quienes nos observaron, aun con sus prejuicios e incomprensiones, nuestras virtudes y nuestros vicios. Podemos reconocer que las dificultades que históricamente han frenado el florecimiento de nuestra nación ya estaban presentes desde su propia gestación, y peor aún, que sean acrecentado. Pero existen en la historia contemporánea y antigua suficientes evidencias de que el cambio cultural es posible y en muchos casos deseable.

De lo que no cabe duda es de que nuestra sociedad no cambiará si desconoce su huella cultural. Si no podemos determinar desde cuándo somos y por qué somos como somos. Después de vernos en los ojos del otro, sin restringirnos únicamente a la vanagloria, podemos comenzar a planificar los cambios que nuestra nación demanda.

Hace más de un siglo, el filósofo francés Ernest Renan afirmaba en la conferencia que pronunciara en la Sorbona de París: *Una nación es un alma, un principio espiritual (...) La nación, como el individuo, es el resultado de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de desvelos...* (Renan, 2007: 10).

Mientras ese principio espiritual del que habla Renan se mantenga seguiremos siendo una nación, aunque hoy estemos desperdigados por todo el mundo. Compartimos un rico legado de recuerdos y la voluntad de hacer valer la herencia que hemos recibido. Sin lugar a dudas, hemos construido juntos grandes hazañas y necesitamos seguir construyéndolas. Venezuela no es un territorio. Es el resultado de una conciencia moral, de un pasado común conformado por recuerdos, olvidos, glorias y sacrificios. De un presente dramático; pero sobre todo es, en su esencia, el deseo de seguir viviendo juntos.

Fuentes

- Bellermann, Ferdinand (2007). *Diarios venezolanos*. Caracas: Galería de Arte Nacional.
- Bernal, Manuel (1997). *La crónica periodística. Tres aproximaciones a su estudio*. Sevilla: Padilla Libros Editores & Libreros.
- Bertetti, María Virginia (2010). *Periodismo Nómade. Relatos de viaje en Argentina*. Trabajo final integrador: Universidad del Rosario.
- Biermann, Kurt-R e Ingo Schwartz (2007). “Los compañeros de viaje indios de Alejandro de Humboldt en América”. En: *Revista Internacional de Estudios Humboldtianos*. VIII, 14.
- Browne, Janet (2007). *La historia del origen de las especies de Charles Darwin*. Buenos Aires: Debate.
- Cassirer, Ernst (1993). *Filosofía de la Ilustración*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Carpentier, Alejo (2004). *América, la imagen de una conjunción*. Barcelona: Anthropos.
- Carrizo Rueda, Sofía (1997). *Poética del relato de viajes*. Erfurt: Kassel.
- Colón, Cristóbal (2005). *Relaciones de cartas y otros documentos, concernientes a los cuatro viajes*. Valladolid: Maxtor.
- Colón, Cristóbal (1991). *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Cortés Arrese, Miguel (2008). *Acerca de algunos viajeros del Salterio JIúdv*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- De Humboldt, Alejandro (1985). *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Caracas: Monte Ávila.

- Depons, Francisco (1930). *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Forneas Fernández, María Celia (2004). "Periodismo o Literatura de viajes". En: *Estudios sobre el mensaje periodístico*, Nº 10. Madrid: Universidad Complutense.
- Galán, Ángel María (1919). Las legiones británica e irlandesa. El Nuevo Tiempo: Bogotá.
- García, Lavi Catherine (2010). *Estampitas merideñas*. Caracas: Ministerio de la Cultura.
- García-Castro, Álvaro (2001). Estudio Preliminar a Diario de Auguste Morisot 1886-1887: Exploración de dos franceses a las fuentes del Orinoco. Bogotá: Planeta.
- Goering, Anton (1993). *Venezuela, el más bello país del Trópico*. Caracas: Playco.
- Krispin, Karl (2013). Alemania y Venezuela, 20 testimonios. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Lancini, Abdel (2008). *Alejandro de Humboldt, el viajero del Orinoco*. Caracas: El Perro y la Rana.
- Löschner, Renate (1977). *Bellermann y el paisaje venezolano 1842-1845*. Caracas: Arte.
- Mendible, Alejandro (2000). "Brasil: su original independencia nacional y particular evolución dentro del contexto latinoamericano". En: *Procesos Históricos: Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Nº 20.
- Morisot, Auguste (2002). Diario de Auguste Morisot 1886-1887: Exploración de dos franceses a las fuentes del Orinoco. Bogotá: Planeta.
- Nazoa, Aquiles (2004). *Caracas física y espiritual*. Caracas: Panapo.

- Pérez Priego, Miguel Ángel (1984) "Estudio literario de los viajes medievales". En: Epos, I. Madrid UNED.
- _____ (2002). *Viajeros y libros de viajes en la España Medieval*. Madrid: UNED.
- Picón Salas, Mariano (1966). Miranda. Caracas: Ministerio de Educación.
- Pimentel, Juan (2003). *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Madrid: Marcial Pons.
- Pino Iturrieta, Elías y Pedro Calzadilla (1992). *La mirada del otro. Viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX*. Caracas: Fundación Bigott.
- Porter, Robert Ker (1997). *Diario de un diplomático británico en Venezuela*. Caracas: Fundación Polar.
- Quintero, Inés (1998). *Mirar tras la ventana*. Caracas: UCV.
- Rojas, Arístides (1942). *Humboldtianas*. Caracas: Cecilio Acosta.
- Sánchez, Manuel Segundo (1914). *Biografía venezolanista (contribución al conocimiento de los libros extranjeros relativos a Venezuela y sus grandes hombres, publicados o reimpresos desde el siglo XIX)*
- Rappaille, Clotaire (2015). *El verbo de las culturas*. Madrid: Santillana.
- Renan, Ernest (2007). *¿Qué es una nación?* Madrid: Sequitur.
- Rohl, Eduardo (1985). Prólogo de Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente. Caracas: Monte Ávila.
- Todorov, Tzvetan (2003). *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- Urbani, Franco. "Miguel María Lisboa, Barón de Japura (1809-1881)". En: Vida y obra de los iniciadores de la espeleología en Venezuela, parte 4. Autores diversos 1855-1896. G. A. Gardiner y M. M. Lisboa. Boletín de Historia de las Geociencias en Venezuela. N° 21, 1986.

Venegas Filardo, Pascual (1983). *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX*. Caracas: Monte Ávila.

Vivas, Fabricio (1994). "La Compañía de los Welser: Expansión y Concesiones en el Caribe y Venezuela 1526-1529". En: Centenario Colegio Humboldt. Caracas: Asociación de antiguos amigos y alumnos del Colegio Humboldt.

Zea, Leopoldo (2007). Prólogo a: *La mentalidad venezolana de la emancipación 1810-1812*. Caracas: bid & co.

Zugasti, Miguel (2005). *La alegoría de América en el Barroco Hispánico: del Arte Efímero al Teatro*. Valencia: Fundación Amado Alonso.

Fuentes de Internet

Heródoto de Halicarnaso (2014). Los nueve libros de la historia. e-artnow sro.
<https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=YkdCBAAAQBAJ&oi=fnd&pg=PR1&dq=herodoto&ots=jolUV2a8Kf&sig=ryTpNmZ4ZOZoahhiQoSHBDiOOLQ#v=onepage&q=herodoto&f=false> Revisado el 17-03-2017

Krispin, Karl (sf). "Los alemanes en Venezuela".
<https://es.scribd.com/doc/15994627/Los-Alemanes-en-Venezuela>
Consultado el 8-02-2017

Krotz, Esteban (1994). Alteridad y pregunta antropológica. Alteridades [en línea] 1994, 4 : [Fecha de consulta: 17 de enero de 2018] Disponible en:<<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74711353001>> ISSN 0188-7017

Morisot, Auguste. Diario 1886-1887: exploración de dos franceses a las fuentes del Orinoco. <http://www.bdigital.unal.edu.co/25788/1/23263-80926-1-PB.pdf>

Rodríguez, José Ángel (2001). Viajeros alemanes en el siglo XIX. Böhlau Köln/Weimar/Wien. [www-gewi.uni-graz.at/jbla/JBLA_Band_38-2001/233_244.pdf] Consultado el 08-02-2017

Weissgärber, Helga (2011). "Datos sobre el pintor Ferdinand Bellermann".
<http://www.gramscimania.info.ve/2011/02/datos-sobre-el-pintor-ferdinand.html> Consultado el 9-2-2017